LA PATRONA DE LA ISLA

Una comedia romántica de

ARIADNA BAKER



LA PATRONA DE LA ISLA

Una comedia romántica de

ARIADNA BAKER

LA PATRONA DE LA ISLA

Una comedia romántica de

ARIADNA BAKER

Primera edición.

La patrona de la isla

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©julio, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

La patrona de la isla

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©julio, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
RRSS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



El comandante del vuelo anunció que nos aproximábamos a nuestro destino, así como que apenas faltaban cinco minutos para el inicio de la maniobra de aterrizaje. Suspiré y casi tuve que contenerme de derramar unas lagrimillas.

Cerré la mesita y coloqué el bolso debajo del asiento delantero antes de mirar por la ventanilla y observar cómo cada vez quedaba menos, dejando la vista fija en el magnífico paisaje que aparecía ante mí, a la vez que me encontraba pensativa.

Todo me resultaba novedoso al mismo tiempo que apasionante. A mis veinticinco años, era la primera vez que me subía a un avión y para colmo lo hacía en un vuelo que cubría el trayecto entre España y México, con una duración aproximada de diez horas. ¡Casi nada! Eso era coger el toro por los cuernos.

Durante los últimos años, me costó muchísimo no solo tratar de conseguir respuestas a esas preguntas que rodeaban al que fue el mayor trauma de mi vida, sino que tuve que ingeniármelas de una y mil maneras para que me aceptaran como trabajadora en la isla del señor Eric Fraser, uno de los hombres más ricos del mundo, el cual vivía en un ambiente muy selecto en el que se miraba con lupa a todo el que pretendía acceder a él.

Aterricé en Cancún y al bajar del avión me recibió una bofetada de calor que provocó que me apresurase hacia la terminal, en busca del frescor del aire acondicionado, pues hasta me costaba respirar. Mientras lo hacía, me di cuenta de que no era la única que apretaba el paso, ya que muchas personas me adelantaban tanto por la derecha como por la izquierda, sin duda con la misma sensación de sofoco total.

El agente que me atendió revisó mi visado laboral junto con mi pasaporte. Sonrió devolviéndomelo mientras me indicaba con la cabeza que podía proseguir mi camino. Con alivio, me fui flechada a por mis dos maletas. En el exterior me esperaba un chófer que me llevó directa al puerto de Cancún, donde me acompañó hasta la lancha que ya me esperaba para trasladarme a la isla.

Un joven muy sonriente se acercó para preguntarme qué deseaba beber durante el trayecto. Estuve a punto de pedirle un tequila, al tratarse de una bebida muy típica del país, y dado que yo necesitaba olvidarme de todo, pero no me pareció la mejor idea en un momento en el que por fin había conseguido mi cometido: que me contratasen en la isla. Así que me decanté por un refresco de cola sin azúcar que consiguiera mitigar la sensación de sed que los nervios me provocaban.

Miraba hacia el mar, sentada a un lado. El agua se veía tan cristalina y turquesa que asombraba por su belleza, esa belleza que siempre se asocia a toda la costa caribeña. Al contemplar un paraíso así con mis propios ojos, no me extrañaba en absoluto que oleadas de turistas lo eligieran cada año para pasar allí sus vacaciones.

Un joven de la tripulación de la lancha se me quedó mirando descaradamente, parecía que me estaba haciendo una radiografía, pero esa, me la podía hacer yo solita.

Morena y de ojos claros, según decían mis padres, heredado de mi abuela paterna, y razón no les faltaba porque había visto fotos suyas cuando tenía mi edad y, si no fuera porque había una diferencia de años considerable entre ambas, podría decirse que la de una y otra foto era la misma mujer.

Me consideraba calmada y sensata, pero divertida, prueba de ello era que solía sonreír hasta en esos días grises en los que mirarse al espejo apetecía poco y más por lo que llevaba soportando a mis espaldas.

Y luego estaba mi figura, esa que me encargaba de mantener llevando una vida saludable, lo que no quitaba que de vez en cuando me diera algún que otro caprichito dulce, mi perdición por excelencia.

Esbelta, así era como me describían quienes me conocían. Proporcionada decía yo, con la cantidad justa de busto y caderas.

Cogí una bocanada de aire, de ese tan caliente del que ya he hablado, y lo solté con toda mi fuerza. ¿Estaba preparada para aquello? «No lo sé», me contestó mi voz interior, pero me daba igual el precio que más tarde tuviera que pagar por algo que debía hacer, sí o sí. Yo solo pretendía luchar por permanecer en ese lugar el máximo tiempo posible. Y haría cuanto estuviese en mis manos para conseguir mi propósito.

La isla, como bien he dicho, pertenecía al señor Eric Fraser. Y allí vivía junto a su esposa Anne y Alessandra, la hija de ambos que pronto cumpliría los seis añitos. Dado su poder económico, se trataba de una familia de lo más conocida y respetada por los medios internacionales.

Debido a que podían poseer todo lo que les viniera en gana, reservaron una punta de la isla para destinarla a su propia vivienda, embarcadero y playa privada. Ni que decir tiene, que todo cercado para proporcionarles la intimidad y seguridad que necesitaban.

En cuanto al resto de la paradisíaca isla, también les pertenecía, si bien estaba destinada a tres hoteles, dos resorts, varios restaurantes, tiendas, bares, discotecas, hospital y locales de alquiler de motos y actividades acuáticas.

Los trabajadores vivían en diversos edificios repartidos a lo largo y ancho de toda la isla y que, cómo no, también eran propiedad de ese señor. Incluso la seguridad de la isla había sido contratada por él y, por tanto, se encontraba a su total disposición, al ser privada.

Solté el refresco antes de disponerme a bajarme de la lancha que acababa de atracar. Ante mis asombrados ojos, la isla se veía de lo más animada y cuidada hasta el último de los detalles. Un chico bajó mis maletas y otro hombre que nos esperaba a la salida se me presentó.

—Hola, soy Ernesto. Un gusto conocerla, señorita Marta. —Extendió su mano.

—Hola. Igualmente. —Se la apreté mientras le sonreía, porque podía mostrarme de cualquier manera menos antipática.

Colocó el equipaje detrás del carrito eléctrico y me invitó a subir con él en los asientos delanteros para dirigirnos al que se convertiría en mi alojamiento, al menos, por una temporada que esperaba que fuese más larga que corta. Ese también era parte de mi cometido y para ello lucharía con uñas y dientes. No había hecho tantos esfuerzos para nada.

Podía apreciar una isla colorida rodeada de hermosas playas y frondosa vegetación. Debía tratarse de una de las más idílicas de la zona y me llamó la atención que estuviese salpicada de caminos muy cuidados, de esos que te permitían moverte a cualquier lado de ella, incluso a los tres pueblos más habitados. La belleza de la que ya he hablado se dejaba notar en cada uno de sus rincones y el estilo colonial de sus construcciones contribuía mucho a hacer de aquel rincón tropical un verdadero paraíso.

Yo estaba boquiabierta y es que ni uno solo de los lugares por los que pasamos me dejó indiferente. Todo me impresionaba y siempre con el marco de fondo de unas playas cuyas cristalinas aguas eran de postal, lo mismo que sus arenas, tan finas y blancas que parecían irreales.

Ernesto paró ante un hombre que estaba preparando unos cocos debajo de un cocotero y le pidió uno. Para mi sorpresa, me lo regaló, dibujando una sonrisa en mi rostro, ya que en él la amabilidad saltaba a la vista.

—Disfrútalo, Marta —dijo de un modo muy afectuoso, tanto, que esperé que la sonrisa con la que lo recibí fuese suficiente para indicarle lo agradecida que le estaba.

Ernesto debía de tener en torno a los cincuenta y cinco años. Aparentemente simpático, educado, correcto y enamorado de su familia, de la que me fue hablando todo el camino. Se le llenaba la boca contándome cómo eran cada uno de sus miembros y los ojos le brillaban de un modo muy particular, y más bajo aquel sol de justicia que nos perseguía sin darnos tregua.

Me contó que tenía dos hijas, de cinco y nueve años, así como un hijo ya mayor, que había cumplido los veinte y que ya trabajaba en un resort de la isla, lo mismo que su mujer Fernanda, que era camarera de pisos.

En cuanto a él, ejercía de chófer allí, aunque se dejó caer contándome sin ningún problema que lo tenían para todo, hasta para hacer los recados. Eso no parecía molestarle en lo más mínimo, sino que se mostraba agradecido de poder trabajar en un lugar tan bello y tranquilo, lo cual le proporcionaba mucha calidad de vida, lo mismo que los suyos.

Se le notaba un hombre de lo más honesto y trabajador, orgulloso de su tierra y con una ligera preocupación por la corrupción que se venía dando en su país fuera de la isla.

Me llevó hasta el edificio en el que vivían algunos trabajadores de la isla. En cada pasillo había como unas quince puertas que conducían a departamentos de pocos metros. En cada uno de ellos, la cocina se encontraba integrada en una sala de estar con un sofá. Eso sí, también contaban con su propio baño y con una pequeña, pero coqueta, terraza con unas magníficas vistas al mar.

Con una sonrisa en los labios, me entregó la llave, mi documentación de trabajo y la tarjeta que me identificaba como personal de la isla. Con ella, podría pagar en las tiendas, bares y supermercados, a lo largo del mes, obteniendo un cincuenta por ciento de descuento. Esos pagos serían descontados de mi nómina cada mes.

Pretendí darle una pequeña propina a Ernesto, la cual no aceptó, ya que decía que los habitantes de la isla debíamos ayudarnos desinteresadamente los unos a los otros. Me pareció un gesto muy bonito por su parte, pues los valores siempre han de prevalecer por encima de todo.

Cerré la puerta y miré sonriendo al habitáculo minúsculo que se iba a convertir en mi casa. Me llamó la atención el frigorífico, que era de lo más pequeñito, aunque estaba segura de que su tamaño sería suficiente si me organizaba bien, y eso sabía hacerlo.

Respiré hondo, porque por fin estaba en ese lugar que tanto ansié y no quise perder tiempo. Coloqué mi ropa en un armario también de tamaño mini, como todo allí. Una cómoda que había en la habitación me sirvió también para colocar encima todos mis productos de cuidado personal, esos que me resultaban indispensables en mi día a día, dado que en el baño solo se encontraban un espejo, el lavamanos, la ducha y el inodoro. No había ni un solo lugar en el que acomodar mis enseres.

Lo dejé todo listo y salí a buscar un supermercado para comprar algo de comida que tener en la cocina, además de agua, que era lo primordial. Lo mejor de todo fue que contábamos con privilegios y también, a la hora de pagar, me llevé la sorpresa de que los precios no resultaban nada abusivos en los supermercados, a lo que había que sumar aquel generoso descuento.

Realmente es que el turismo no se concentraba en esa parte, ni tampoco los visitantes de la isla solían acudir al supermercado, ya que comían en sus alojamientos o en los restaurantes de la playa o de los pueblos.

—Eres nueva en la zona, bienvenida —me dijo la joven cajera con una sonrisa preciosa mientras pasaba mi tarjeta. Qué amables parecían todos y qué alegría me daba comprobarlo.

—Gracias, me llamo Marta. ¿Y tú? —le pregunté igualando su sonrisa.

—Paulina —me respondió recordándome a la cantante mexicana.

—Un nombre muy bonito.

—Gracias. —Sonreía muy simpática.

Era mexicana, muy finita y con la cara redondita, una preciosidad con un tono de piel que se notaba que era suyo y no bronceado. Debía de medir un metro sesenta y era muy guapa.

Salí con tres bolsas bien cargadas y al cambio apenas habían sido veinticinco euros, algo muy de agradecer. Toda la vida miré mucho por no malgastar y me gustaba hacer encajes de bolillos para conseguir las cosas al mejor precio.

Dos botellas de agua, una de refresco de cola sin azúcar, espaguetis, huevos, tomate frito, queso rallado, pan, mantequilla, galletas, leche, café, cuatro filetes de pollo, dos filetes de res, dos kilos de patatas, verdura y fruta… Ni tan mal, una buena compra y a un precio muy razonable. Eso me contentó.

Lo coloqué todo y quedó perfecto. A continuación, me premié sirviéndome un vaso de refresco que me tomé en la terracita antes de meterme en la ducha. Menudas vistas, eran para perderse en ellas…

Una vez salí de la ducha, mucho más aliviada tras dejar correr el agua tibia por mi cuerpo, me preparé una ensalada fresquita y me senté en la terraza a comérmela. Iba por el primer bocado cuando justo me entró un mensaje de mi madre que intuí, antes de abrirlo, que me enviaba con el propósito de amenazarme, como siempre hacía. Esa mujer ni siquiera sabía dónde estaba yo y por nada del mundo se lo desvelaría.

Mamá: *Eso de que te hayas ido llevándote tres mil euros míos, sin mi permiso, es motivo suficiente para denunciarte y que termines dando con tus huesos en la cárcel. Dios te llevará al infierno.*

Marta: *Te recuerdo que ese Dios del que hablas te tiene reservado, en el mismo lugar que a mí, un terrenito para cuando llegue el momento. Denúnciame, te invito a hacerlo, sabes que terminarás teniendo hasta que vender la casa.*

Le di a enviar y acto seguido la bloqueé para siempre, porque eso era lo que deseaba. Cuánto valor al acusarme de robar ese dinero cuando yo tenía derecho a una parte de los veinte mil euros que quedaron en la cuenta cuando mi padre murió, así como a una parte de la casa en la que ella vivía. Que le diera gracias a su Dios por no haberme llevado la mitad del dinero que había en la cuenta y por solo coger lo indispensable para el vuelo y comenzar humildemente una vida en aquella isla. Por no hablar de ese otro dinero que me daba asco y del que no quería un euro ni regalado. Vergüenza debería darle echarme en cara el coger una cantidad insignificante de lo que me pertenecía.

La odiaba con todo mi corazón, con todas mis fuerzas… Todo lo relacionado con esa mujer me provocaba náusea y dolor de cabeza. En la vida no había hecho más que ponerme la zancadilla.

Siempre imaginé que una mamá era aquella que te cogía de la mano y cuidaba de ti en cada aspecto de tu vida, y no una persona capaz de vender su alma al diablo e incluso la de su hija. Bien visto, mi madre era el mismo diablo y una especie de piedra en mi camino a la que ese día reuní las fuerzas para darle definitivamente una buena patada y perderla de vista.

Mejor ni pensar el dolor que me había causado ese ser, era tan grande que iba a ser imposible repararlo. Hay cosas en la vida que no tienen arreglo y los malvados actos de esa mujer que se llamaba madre sin haber actuado como tal, no lo tenían. Yo debía mirar hacia delante y olvidarme de un doloroso pasado que no podía permitirme el lujo de que me dejase paralizada. Todo menos eso. Y por tal razón tomé la decisión de bloquearla para los restos, lo cual me proporcionó paz.

Siempre imaginé que una mamá era aquella que te cogía de la mano y cuidaba de ti en cada aspecto de tu vida, y no una persona capaz de vender su alma al diablo e incluso la de su hija. Bien visto, mi madre era el mismo diablo y una especie de piedra en mi camino a la que ese día reuní las fuerzas para darle definitivamente una buena patada y perderla de vista.

Mejor ni pensar el dolor que me había causado ese ser, era tan grande que iba a ser imposible repararlo. Hay cosas en la vida que no tienen arreglo y los malvados actos de esa mujer que se llamaba madre sin haber actuado como tal, no lo tenían. Yo debía mirar hacia delante y olvidarme de un doloroso pasado que no podía permitirme el lujo de que me dejase paralizada. Todo menos eso. Y por tal razón tomé la decisión de bloquearla para los restos, lo cual me proporcionó paz.

Capítulo 2



Apenas eran las seis de la mañana y ya tenía los ojos como un búho. El famoso *jet lag* relacionado con el cambio de horario había hecho estragos en mí.

Qué mala noche, en la que vi pasar una hora tras otra sin apenas poder descansar, con lo bien que me habría venido poder hacerlo para reponer fuerzas, aunque yo tenía clarísimo que esas no me podían faltar en ningún momento. Y menos cuando, por fin, estaba en esta isla.

Me senté con un café en la mano en la terracita que apenas daba lugar a mucho movimiento, dado su diminuto tamaño, pero suficiente como para tener mi rinconcito en el que disfrutar de unas vistas inigualables, de esas que dan vida.

Dicen que el mar todo lo cura y yo necesitaba una cura para mi corazón, que aspiraba a encontrar en una isla aquello que esperaba que me devolviera la paz.

Me sentía inquieta, eso no puedo negarlo, ya que comenzar de cero sola y sin tener un hombro en el que apoyarme no resultaba precisamente fácil, pero era lo que tocaba, y tenía que hacer frente a todas las vicisitudes que la vida me pusiera por delante.

No era la primera vez que esa vida de la que hablo me echaba un pulso. Y yo no era de las que se dan por vencida sin luchar, eso lo llevaba marcado a fuego en mi cabecita, la cual no paraba de dar vueltas y vueltas, con la vista puesta en esas impresionantes aguas azules que te invitaban a sumergirte en ellas.

Mi padre había fallecido dos años atrás y ni siquiera asistí a su entierro, lo cual desató una guerra de descalificaciones hacía mí en la familia, pero ¿qué sabían ellos de lo que se escondía detrás de las puertas de mi casa? Solo lo sabía mi madre, cómplice en todo momento, y quien fue tan perversa que, cuando mis tíos preguntaron por mi ausencia, se hizo la víctima contándoles que yo no quería a nadie. En cierto modo tenía razón, pero no porque yo fuera una mala persona, eso lo era ella, sino debido a una serie de dolorosos hechos que mi madre no tenía ovarios de contar, puesto que de haberlo hecho se habría desenmascarado ella solita, poniéndose a todos en su contra. Pérfida sí era, pero de tonta no tenía un pelo.

Con el dorso de mi mano apartaba esas lágrimas que caían al compás de cada uno de mis pensamientos, a la vez que intentaba dar un sorbo al café.

—Te han partido el corazón y eres nueva en la isla. —Escuché una voz a un lado de mí y giré el cuello, topándome con un chico de color con acento dominicano en la terraza contigua.

—Hola. —Sonreí mirándolo aún con las lágrimas en mis ojos.

—Mi nombre es Carlos Manuel, pero puedes llamarme mi amor. —Me hizo un guiño y se me escapó una risa. Notaba que estaba bromeando y que hacía un intento por animarme que le agradecí cantidad, porque podía estar sola, claro que podía estarlo, pero no era agradable.

—Me llamo Marta. —Me levanté y extendí mi mano, ya que estaban las terrazas completamente pegadas y separadas únicamente por una barandilla, como si estuviésemos casi en la misma.

—Así que te vienes a trabajar al sector B.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los que estamos en este edificio y en el de al lado, pertenecemos a ese sector. No hay mayor misterio. —Se encogió de hombros con gracia.

—Mira, ya sé una cosa más. —Apreté los dientes sonriendo.

—Pues claro, y yo podría enseñarte otras—añadió con mucho desparpajo, causando mi rubor.

El sector B se trataba de un lugar de la isla que albergaba una gran parte de la costa este y en el que se ubicaban algunos clubes de playa con restaurantes de ensueño, donde se concentraban un buen número de turistas que estaban alojados en la isla. Además, en él podías encontrar innumerables actividades acuáticas y tiendas de lo más coloridas. Todo lo sabía porque había buscado muchas imágenes y foros del lugar. Vamos, que hasta allí llegué con la lección bien aprendida.

Yo comenzaría a trabajar en un restaurante como camarera de playa, tanto para atender a los turistas que se encontraran en las camas balinesas como para los que se dispersaran por los acomodados rincones que se extendían por toda la arena. Calor iba a pasar un rato, eso ya lo tenía más que asimilado, pero no había otra.

Carlos Manuel era miembro del equipo de animación del sector B, con lo cual me lo encontraría por allí a menudo cuando coincidiésemos en turnos, que se dividían en dos e iban rotando para que unos días nos tocase trabajar de mañana y otros de tarde. En principio, aquel día yo comenzaba en el turno de tarde, el cual era de las cuatro de la tarde a las doce de la noche, al igual que él. En el turno de mañana se entraba a las ocho.

Me resultó muy alegre y dicharachero, justo lo que me hacía falta. Hablaba bastante y lo hizo sobre el buen rollo que se respiraba en la isla, en la que ya llevaba tres años, y a la que llegó al cumplir los veintisiete años. Lo hizo

buscando la manera de conseguir ahorrar para disfrutar de un futuro mejor y, según me contó, lo estaba consiguiendo. Algo que me alegró mucho.

Aquel hombre era un bombón dominicano de esos que, de seguro, si probabas una vez querrías volver a saborear.

Tenía un cuerpo fibroso y tonificado, su piel era color café con leche, más café que leche debía aclarar, y en su mirada, cuyos ojos eran de un bonito color marrón chocolate, se veía que era una buena persona y con el alma limpia, o, al menos, esa era mi percepción.

Carlos Manuel era un encanto, y cuando sonreía se veía que lo hacía de verdad y con sinceridad, no solo para quedar bien y gustar, como podrían hacer otras personas.

En él veía un hombre con las ideas claras, de esos que, aunque dudara, porque todos podíamos tener dudas en algún momento de nuestras vidas, se lanzaría a la piscina sin pensar.

Estuvimos charlando un rato y hasta le planteé la posibilidad de preparar un par de cafés. Me resultaba simpático tomarlos estando cada uno en su terraza, pero es que eran tan pequeñas que no sería posible ofrecerle que se viniese a la mía ni yo a la suya. ¡No habríamos podido movernos!

Me gustó mucho charlar con él y saber que le tendría así de cerca. Ver una cara conocida al lado y tan ideal me daba seguridad. No era fácil llegar hasta un lugar recóndito y en las condiciones en las que yo lo hice.

Nos despedimos y salí a la calle a comprar pan recién hecho, ya que almorzaría en casa. Los días que trabajara de tarde cenaría en el club de la playa y los días que trabajara por la mañana almorzaría allí también, así que cada día haría una comida en el trabajo y otra en el departamento. Todo estaba pensado y bien repartido.

¡Una vez que estuve en la calle, y que superé el inicial sofoco al salir, me dirigí a la panadería. Me gustaba comprobar que toda la gente de la isla parecía muy amable y que el hecho de que fuera nueva no hacía, sino que quisieran echarme una mano.

Las variedades de pan eran muy ricas, la isla estaba bien surtida, y me terminé decantando por uno de semillas que me recomendó otra chica que lo estaba comprando y que incluso me acompañó un poco de camino al departamento, charlando sin parar, pues íbamos en la misma dirección. Era como si todos quisieran agradar y yo procuraba corresponder a tanta amabilidad con una sonrisa.

Me quedaba comida del día anterior y me decanté por prepararme otra fresca ensalada, que allí entraba muy bien, junto con esos deliciosos filetes de res. Me gustaba comprobar que la comida no solo tenía un precio asequible, sino también muy buena calidad.

Mientras lo preparaba todo, contoneé un poco mis caderas al ritmo de la música que provenía del departamento de Carlos Manuel, a quien ya me imaginaba con mucho arte bailoteando por esos pocos metros que componían

nuestras viviendas.

Cuando por fin me senté a almorzar, comencé a pensar que ojalá me adaptase bien a mi puesto de trabajo. Desde luego que haría todo lo posible porque fuese así, ya que a mí no se me caían los anillos por currar, y mucho menos en aquel lugar al que tanto esfuerzo me costó llegar.

Degusté lentamente el almuerzo imaginando que debía cargarme de energía. De hecho, también tomé un par de piezas de deliciosa fruta que no solo estaba dulce, sino que me resultó muy refrescante, porque el frigorífico sería chiquitito, pero enfriaba como una fiera.

Terminé de almorzar y tras fregar lo poco que había ensuciado, me lavé los dientes. Mientras lo hacía, miraba al espejo del lavabo y me animaba a mí mismo diciéndome: «Marta, tú puedes».

Claro que podría. Yo no había llegado hasta allí para nada. Y pensé que ojalá que todo fuera genial y que no llamase la atención, para mal, en un primer día de trabajo en el que pondría el alma y la vida para hacerlo lo mejor que pudiera.

nuestras viviendas.

Cuando por fin me senté a almorzar, comencé a pensar que ojalá me adaptase bien a mi puesto de trabajo. Desde luego que haría todo lo posible porque fuese así, ya que a mí no se me caían los anillos por currar, y mucho menos en aquel lugar al que tanto esfuerzo me costó llegar.

Degusté lentamente el almuerzo imaginando que debía cargarme de energía. De hecho, también tomé un par de piezas de deliciosa fruta que no solo estaba dulce, sino que me resultó muy refrescante, porque el frigorífico sería chiquitito, pero enfriaba como una fiera.

Terminé de almorzar y tras fregar lo poco que había ensuciado, me lavé los dientes. Mientras lo hacía, miraba al espejo del lavabo y me animaba a mí mismo diciéndome: «Marta, tú puedes».

Claro que podría. Yo no había llegado hasta allí para nada. Y pensé que ojalá que todo fuera genial y que no llamase la atención, para mal, en un primer día de trabajo en el que pondría el alma y la vida para hacerlo lo mejor que pudiera.

Capítulo 3



Un buen número de personas esperaban a los carritos que nos recogía a las cuatro menos cuarto para llevarnos al sector B a trabajar. Saludé en general con una sonrisa y todos respondieron de la misma manera. Había muchas nacionalidades, pero predominaba la mexicana.

Los carros traían atrás un cajón donde entrábamos siete personas y delante, con el conductor, dos más. Me sentía haciendo malabarismos de pie entre tanta gente aguantando por no desestabilizarme. En cierto modo tenía su punto, pero imaginaba que después de una jornada laboral esto debía ser aún más agotador.

Cuando me bajé solté el aire con tanta fuerza que tres de los que estaban a mi alrededor se rieron entendiendo el momento.

Todos íbamos vestidos igual, polo con pantalón corto las mujeres y en la de los chicos pantalón largo muy fino. Cada departamento tenía el polo en un color diferente: rojo los animadores, blanco los camareros, negro los encargados y celeste los dependientes de las numerosas tiendas.

Me acerqué al club de la terraza del restaurante de la zona en la que yo iba a trabajar, ya que el sector B se dividía en cuatro partes. Rápidamente se me acercó el encargado que acababa de entrar en el turno de tarde.

—Hola, debes de ser la española, Marta, si mal no recuerdo. Soy tu jefe, Marcelo y como ya te habrás dado cuenta soy mexicano.

—Hola, encantada. —Sonreí observando lo simpático que era y con la amabilidad que pronunciaba sus palabras.

—¿Con ganas de comenzar?

—Muchísimas. Deseando que me digas cómo hacerlo y ponerme manos a la obra.

—Me gusta tu actitud. —Sonreía.

Me presentó a los chicos del turno y una simpática Maddie me saludó efusivamente. Tenía como veinticinco años y era escocesa. Me contaba un poco de su vida mientras yo la acompañaba a tomar nota de las comandas y servir

los platos. El primer día tenía que ser su grano en el culo para aprender todo lo que se ofrecía allí tanto en cócteles como en platos y postres.

Lo mejor de Maddie era su alegría, esa que desprendía a cada momento y que era de lo más contagiosa, como su bonita sonrisa.

Aquella pelirroja de ojos azules era un encanto de mujer, un amor, ese soplo de aire fresco que todos deberían tener en sus vidas.

Era preciosa, y no solo por fuera, que tenía un cuerpo de esos que hacían que quien la veía pasar se girara para admirarla una segunda vez.

En el poco rato que llevaba conociéndola, me daba la sensación de que el corazón de Maddie era tan grande que por mucho rencor o ira que pudiera tener hacia una persona, no le deseaba el mal a nadie, al menos no mucho, porque en algunos momentos tenía una mirada de esas que era mejor alejarse lentamente y sin hacer ruido, no fuera a ser que te hiciera desaparecer en apenas un segundo.

—Es asombroso que todo lo que se mueve aquí vaya para la misma familia —murmuré a Maddie alucinando por las elevadas cuentas que pagaban los clientes y todo el movimiento que se veía en la isla.

—Y luego ves a Eric por aquí y es de lo más cercano. No pasa lo mismo con su mujer, que es altiva y siempre mira por encima del hombro.

—¿Suelen venir juntos?

—Con la niña que tienen, pero la mayoría de las veces viene el solo. ¿Nos lo ligamos y salimos de pobres? —bromeó causándome una carcajada.

—No, gracias, no es mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo? Porque Eric es un hombre impresionante.

—Sí, es guapo y tiene buen físico, pero no es lo que quiero ni necesito en mi vida. —Sonreí con tristeza recordando todo mi pasado, hoy más presente que nunca en esta isla.

—Pues yo solo con la cartera que tiene, me lo comía día sí, día también.

—Buen provecho —contesté bromeando mientras dejábamos las cosas sobre la barra. Se había terminado nuestro turno y estaba entrando el de la noche, que era fijo.

—Ya quisiera yo. Él solo tiene ojos para esa mujer que no le pega para nada. Por cierto, ¿te apetece que nos

s tomemos algo en el chiringuito ilegal?

—¿¡Ilegal!?

—Tranquila, que no nos van a llevar presas. Es un chiringuito en una playa poco transitada en el que había una caseta que comenzaron a usar los habitantes de la isla para tomar unos tragos en la noche, convirtiéndose en un lugar de encuentro. Cada uno compra su bebida y la lleva.

—Venga. Ya me causa curiosidad el conocerla. ¿Dónde vamos a comprar las cosas?

—Allí mismo hay una tienda para el pueblo que tiene de todo. Vamos a pedir un traslado.

—¿Cómo que vas a pedir el traslado?

—Tienes que bajarte esta aplicación. —Me la enseñó —Es como un servicio de traslado por si no coges el carro que te lleva a tu alojamiento o lo haces en otro momento. Por cada viaje te cobran al cambio unos treinta céntimos.

—Está muy bien. —Me sorprendió mucho.

Un carrito no tardó ni cinco minutos en recogernos y llevarnos a esa parte de la isla que ya se veía de lo más animada y sin nada de turismo. Maddie era de lo más divertida y hablaba el español genial, requisito indispensabl en la isla, ya que era el idioma oficial del país. Al igual que la mayoría hablaba el inglés, sobre todo los que venían de países de esa lengua.

Nos decantamos por un vaso de medio litro de ron con cola que compramos para compartir, antes de dirigirnos a la zona donde estaba la caseta desde donde tenían la música puesta. Sonaba Morat con su tema *Como te atreves a volver*. Levanté una mano mientras que con la otra sujetaba el gran vaso, y me puse a cantarla a la vez que andaba Maddie me lo quitó de la mano y eso me dio mayor libertad para dejarme llevar por un tema que me parecía increíblemente bueno.

—¿Un desengaño amoroso? —me preguntó cuando terminó el tema.

—No, viví una traición, pero no de la manera que te imaginas. La vida… —Volví a bailar cuando sonaba esta vez Maluma. De todas formas, no sería yo quien contase jamás mi gran secreto.

—Por todas las mujeres que fuimos traicionadas —dijo levantando el vaso e imitándome, bailando.

—Eso mismo —le dije siguiéndole la corriente.

—¡Roberto, Juan! —gritaba a dos jóvenes que reían mirándola y que se notaba que la conocían.

—Nuestra escocesa favorita —dijo uno de los chicos en ese tono tan mexicano que era ideal para los oídos, al menos a mí me lo parecía.

—Son un encanto, pertenecen al equipo de animación de nuestro sector.

Me los presentó y nos sentamos con ellos en la arena de la playa. Eran dos chavales de Cancún que ya llevaban ur año en la isla y estaban de lo más felices. Era algo que me impresionaba y es que todos parecían estar muy contentos en este lugar.

Descargué la aplicación de los traslados para tenerla a mano por si en cualquier momento la necesitaba. Me había gustado a mí que existiera eso en la isla y así poderme mover con la libertad que deseara.

Maddie era lo más gracioso que me había echado a la cara, parecía de mi tierra en vez de Escocia, tenía un humor tan andaluz que me identificaba mucho con ella, y los chicos, tenían también esa parte pizpereta que resaltaba al momento.

Estaba cómoda y disfrutando de una noche caribeña fuera del ambiente de lujo de la isla, pero no menos idílico. Era todo tan perfecto que hasta el ruido del mar parecía una melodía de fondo, ya que la música prevalecía.

Roberto nos invitó a otra ronda de ron con cola que fue a comprar junto a Juan. Me reía con Maddie porque yo le decía que a esos vasos de plástico con bebida se les llamaban macetas en España y a ella le sonaba eso para poner las flores.

Aquí, en esta isla estaba mi vida y en ella me sentía mucho más cerca de lo que mi corazón tanto amaba y a la vez tanto daño le hacía por las circunstancias de lo sucedido.

—¿Sabéis que Tatiana está embarazada de su encargado? —preguntó Juan y yo me encogí de hombros, ya que no sabía quién era.

—Es la chica que está en la tienda de ropa de surf de nuestro sector —me aclaró Maddie.

—Ah sí, que vino a por un zumo —recordé.

—Esa misma, está con el encargado de las tiendas del sector B. Yo me enteré ayer de su embarazo —dijo resolviendo la pregunta de Juan.

—El problema es que él tiene mujer e hijos en Cancún.

—Eso no lo sabía —le contestó boquiabierta a Roberto.

—Sí, sí la tiene —confirmó Juan —Es más, Tatiana lo sabía, era consciente de que Anuel estaba viviendo dos relaciones paralelas y claro, si juegas a los médicos, pasa lo que pasa.

—Pero su mujer no lo sabe, ¿verdad? —pregunté intrigada.

—No —respondió Juan —. Y por lo visto, no tiene previsto decírselo.

—Es una putada para su familia, con perdón —dijo Maddie y yo afirmé—. Al fin y al cabo, si Tatiana sabía que tenía mujer e hijos, no puede ahora venir con lamentaciones.

—La gente no piensa el daño que le pueden hacer a otros, pero cuando se lo hacen a uno, sí que se lamentan —protestó Juan.

—Sí, vivimos en una época que por desgracia todo vale —murmuré dando un suspiro.

—Venga, arriba los ánimos que parece que nos hemos cargado a la nueva —dijo Maddie refiriéndose a mí y sacándome una risilla.

—No, es que esos temas me tocan mucho. El amor parece que está sobrevalorado y que nadie está dispuesto a pagar el precio del respeto.

—Lo dicho, dale un buen trago. —Me puso el vaso en las manos.

—Por el amor, por las personas que tenemos valores y por mí la primera, que me lo merezco —dije un poco entonada por todo lo que había bebido que para mí era mucho. Se rieron por mi comentario y hasta aplaudieron.

—Yo el día que te tenga por novia te voy a respetar siempre —bromeó Roberto dirigiéndose a mí.

—¿A mí por novia? No te duro ni veinticuatro horas. —Solté una carcajada—. Hazme caso, no soy buena chica para un buen hombre.

—¿Infiel?

—No. —Volví a reírme—. Soy de esas personas que los valores están por encima de todo, pero tengo más sombras que luces —suspiré perdiendo la mirada en el vaso y Maddie me acarició la espalda.

—Puedes desahogarte y confesarte —bromeó Juan.

—No, no tengo nada por lo que confesarme, eso lo dejo para otros —volví a suspirar.

—Está enamorada —murmuró Roberto.

—¿Yo? ¿De quién?

—Por tus comentarios…

—Por mis comentarios tengo dos copas de más y no sé ni lo que me digo. Olvidar lo hablado.

—No, no, a mí no me dejes con la intriga —insistió Roberto.

—A ti y a toda la isla. —Le hice un guiño que le provocó esbozar una gran sonrisa.

Estuvimos hasta las dos de la mañana, momento en que pedimos un carro, ya que todos íbamos para el mismo sector. La verdad es que me lo había pasado bien con ellos y tenía la sensación de encontrarme un poco menos sola en este lugar al que había llegado de nuevas.

—¿Yo? ¿De quién?

—Por tus comentarios…

—Por mis comentarios tengo dos copas de más y no sé ni lo que me digo. Olvidar lo hablado.

—No, no, a mí no me dejes con la intriga —insistió Roberto.

—A ti y a toda la isla. —Le hice un guiño que le provocó esbozar una gran sonrisa.

Estuvimos hasta las dos de la mañana, momento en que pedimos un carro, ya que todos íbamos para el mismo sector. La verdad es que me lo había pasado bien con ellos y tenía la sensación de encontrarme un poco menos sola en este lugar al que había llegado de nuevas.

Capítulo 4



La mañana la había pasado en la playa junto a Maddie, incluso comimos en un chiringuito turístico, pero de los más económicos, ya que era en plan hamburguesas, tacos y nachos. A pesar de que disfrutábamos del cincuenta por ciento de descuento, nos regaló un platito con patatas fritas que no anotó en nuestras tarjetas.

Nada más acabar de comer, nos fuimos a nuestros departamentos con el tiempo justo para empezar nuestros turnos. Me di una ducha rápida antes de ponerme el uniforme y bajar a coger el carrito que me llevaría al restaurante. En la fila me encontré a Maddie que también se había duchado a la velocidad de la luz y, como yo, ib con el pelo húmedo y estirado en una coleta dejando la raya en medio. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo.

—Una cerveza, por favor.

—Claro, ahora mismo —dije desde detrás de la barra, hoy me había tocado estar allí sirviendo bebida. Levanté la cabeza y me di cuenta de que tenía ante mí a Eric, el dueño de la isla, uno de los más ricos del mundo. Sonreí.

De él decían que era atractivo, pero al tenerle delante, esa palabra se quedaba corta.

Su cabello castaño, casi rubio, alborotado le daba un aire al más puro estilo James Dean, rebelde y sexy, enmarcando unos ojos verdes que te miraban con intensidad y de un modo que era difícil no ponerse nerviosa.

El mentón era de lo más varonil, cuadrado y con un hoyuelo en la barbilla que no pasaba desapercibido, ni siquiera bajo esa perilla de varios días que llevaba.

Y volvía a fijarme en su cabello, ese que parecía llamarme pidiéndome que enredara los dedos y jugara con él, qu sintiera lo suave que sin duda alguna era.

La ropa se amoldaba a su figura dejando ver unos brazos definidos, no exagerados, ni mucho menos, solo definidos y trabajados en el gimnasio para mantenerse en forma, porque ese cuerpo, además de por genética, estaba como esculpido por los dioses.

Elegante, sensual y seductor nato, así era Eric, ese simpático millonario del que hablaban en muchas de las

revistas del corazón y en la que lo nombran año tras año, como el hombre más sexi del planeta.

No, no podía seguir pensando así, no podía. ¡Maldita sea! ¿En qué estaba pensando cuando aquí estaba por una lucha en la que él era lo que menos me interesaba como hombre?

—Nueva cara.

—Sí, es mi segundo día en el restaurante. Acabo de llegar a la isla.

—¿Y qué tal tu primera impresión?

—La verdad es que la belleza de este lugar no tiene precedentes, es indescriptible porque habla por sí sola. A lo que hay que sumar el compañerismo y familiaridad que se vive entre los habitantes. —Le puse por delante la cerveza sobre la barra.

—Me gusta tu percepción.
a

—Tienes mucha suerte de poder vivir permanentemente en un lugar como este.

—Sí, la verdad es que soy muy afortunado. No veo mejor lugar en el mundo donde poder criar a mi hija.

—En eso estoy totalmente de acuerdo.

—Además de que ella disfruta en la escuela con los niños de la isla. —Me sorprendió ese dato que no sabía y que me gustaba, que no la tuviera aislada del mundo exterior por el simple hecho de ser la hija de un multimillonario.

—Genial, su mamá debe estar muy contenta —dije y se le escapó una risilla.

—Bueno, digamos que vive cómoda. —Me sorprendió con esa respuesta, que era como si quisiera echar balones fuera y no decir la realidad.

—Perdón —me disculpé para atender a una pareja que se había acercado a la barra.

e
—Hombre, don Eric —le dijo Maddie.

—Llámame Eric —le respondió él causándome una risilla que eché mirando hacia otro lado para que no me vieran.

—Si le llamo por su nombre delante de su mujer, al día siguiente estoy de nuevo en Escocia —le contestó con el arte que tenía y hasta él se echó a reír. Yo disimulaba terminando de atender a los clientes.

—No será para tanto, pero bueno, puedo entender tu temor. —Carraspeó—. Mientras no esté delante, puedes tutearme.

—Eso lo veo más lógico —dijo haciendo un gesto de ir a atender a las mesas.

—¿Y cómo me has dicho que te llamas? —Esa pregunta tenía trampa, dado que en ningún momento lo había dicho.

—Me llamo Marta, señor —dije para picarlo.

—Eric, llámame, Eric; menos cuando esté mi esposa delante —recalcó riendo por la conversación que había tenido momentos antes con Maddie.

—Vale, lo intentaré, aunque lo cierto es que causas mucho respeto.

—Tutear a alguien no es faltarle el respeto.

—Bueno, en eso tienes razón. —Sonreí.

—¿Y por qué te interesó trabajar en esta isla?

—La vi en un reportaje y fue amor a primera vista, en ese preciso instante supe que este era el lugar en el que quería pasar una temporada —mentí, porque si le llego a decir la verdad, me deportaba sin dejar siquiera que recogiese mi equipaje.

—Lo mismo hasta decides quedarte para siempre.

—Quién sabe, no me importaría, no tengo más arraigo que en el lugar donde me siento en conexión y ahora mismo, te reconozco que jamás tuve tanta en mi vida como la que tengo en estos momentos con esta isla.

—Pues bienvenida y que la disfrutes todo lo que desees. Se te ve buena persona.

—Gracias. —Sonreí pensando que ni que me conociera, pero bueno, mala no era, la realidad era esa.

Se tomó la cerveza y se marchó despidiéndose sonriente. Me había sorprendido la cercanía con la que trataba a su empleados y lo amable que era. La verdad es que el trato había sido inmejorable.

—Qué, ¿está *buenorro* o no, el jefe?

—Me ha impactado lo cercano que es.

—Ya te lo dije, sobre todo cuando no viene con la mujer. Es una persona muy tratable.

—Ya, ya, ya me he dado cuenta.

—Sal del *shock*, que te veo que ahora te lo quieres tirar.

—¿¡Qué dices!? —Me reí—. Nada que ver con la realidad —negué volteando los ojos.

Y nada tenía que ver con la realidad, pero era mucho menos frío de lo que me había imaginado. Realmente, era tan cercano que podía pasar por uno de los encargados que tan amablemente nos trataban.

La tarde la terminé agotada y no hubo forma humana de que Maddie me convenciera para salir a tomar algo, eso sí, nos dirigimos hacia el alojamiento ya que justo al lado había una heladería, y nos íbamos a tomar uno sentadas al fresquito. Lo bueno era que cerraba a la una de la mañana y teníamos tiempo suficiente.

—¿Ves aquel mulato que va por allí? —Señaló con la vista cuando estábamos comiendo el helado.

—Sí, por cierto, muy guapo.

—Es Anderson, cubano, del equipo de animación y se ha tirado a media isla, la otra media está en lista de espera.

—¿Y tú en qué lado estás?

—En las que ya se comió el bombón. —Se echó a reír.

—A mí no me mires, porque ni lo probé, ni pienso estar en la lista de espera.

—Ya veremos.

—No me conoces —dije con seguridad.

—Ni tú a él. —Señaló hacia su lengua como recalcando de que el tío tenía mucha labia.

—Imagino que aquí en la isla debe de haber cada historia…
s

—Muchas, aunque según quién pues te habla más descarado o no, pero aquí hay algunos jefes que se las traen. Antes teníamos un encargado en el restaurante que estaba liado con la jefa de cocina, que, a su vez, estaba casada con uno de los camareros. Toda una historia que terminó tan mal, que fueron todos expulsados de la isla, por la de piñas que se metieron el marido y el jefe una noche delante de todos.

—¿Los descubrió?

—Los pilló besándose en el pasillo de la cocina. —Carraspeó y volteó los ojos.

—Madre mía, pues sí que hay historias en esta isla.

—Para escribir una novela tras otra —contestó causándome una carcajada.

Terminamos el helado y me acompañó hasta la puerta de mi casa, ella estaba alojada justo en la planta superior a la mía. Quedamos en vernos por la mañana e irnos a la playa a disfrutar de esas horas de descanso que teníamos.

Me sentía feliz en la isla, era el lugar en el que quería estar desde hacía mucho tiempo, lo que no me esperaba es que iba a toparme con gente increíble que me ayudaría en mi día a día, sin que ellos lo supieran.

Salí a la terraza a fumarme un cigarrillo de un paquete que había comprado a medias con Maddie, ya que ambas apenas fumábamos más que cuando tomábamos una copa o un café, pero no éramos empedernidas.

Miré hacia el lado, pero obviamente sabía que no vería a Carlos Manuel, ya que trabajaba de noche. Por la mañana lo vería y saludaría. Me parecía un tipo increíble y un buen aliado para tener como vecino. Nada más allá de eso.

El mar tenía el reflejo de la luna y lo hacía de lo más bonito. Cogí el aire y lo solté queriendo quitar tantos recuerdos feos de mi vida, pero por desgracia esas cosas eran las que me llevaban a estar aquí, sin poder olvidar algo que me tenía marcada para siempre.

Me lavé los dientes observando los ojos un poco hinchados por el cansancio, así que me eché las cremas en la cara y sobre todo masajeé el contorno para aliviar un poco las bolsas que tenía.

Puse dos cojines bajo mis pies cuando me tumbé en la cama, con la intención de tenerlos un poco en alto y aliviar así el cansancio que tenía acumulado en las piernas.

La vida estaba llena de personas muy crueles, como era el caso de mis padres, pero, sin embargo, por suerte, no todo el mundo era así, quería pensar que Maddie era de corazón, como muchas de las personas que estaba conociendo en la isla.

Abracé la almohada y me dije a mí misma que esto no podría conmigo, que una vez aquí, la vida comenzaría a compensarme de alguna manera.

—Los pilló besándose en el pasillo de la cocina. —Carraspeó y volteó los ojos.

—Madre mía, pues sí que hay historias en esta isla.

—Para escribir una novela tras otra —contestó causándome una carcajada.

Terminamos el helado y me acompañó hasta la puerta de mi casa, ella estaba alojada justo en la planta superior a la mía. Quedamos en vernos por la mañana e irnos a la playa a disfrutar de esas horas de descanso que teníamos.

Me sentía feliz en la isla, era el lugar en el que quería estar desde hacía mucho tiempo, lo que no me esperaba es que iba a toparme con gente increíble que me ayudaría en mi día a día, sin que ellos lo supieran.

Salí a la terraza a fumarme un cigarrillo de un paquete que había comprado a medias con Maddie, ya que ambas apenas fumábamos más que cuando tomábamos una copa o un café, pero no éramos empedernidas.

Miré hacia el lado, pero obviamente sabía que no vería a Carlos Manuel, ya que trabajaba de noche. Por la mañana lo vería y saludaría. Me parecía un tipo increíble y un buen aliado para tener como vecino. Nada más allá de eso.

El mar tenía el reflejo de la luna y lo hacía de lo más bonito. Cogí el aire y lo solté queriendo quitar tantos recuerdos feos de mi vida, pero por desgracia esas cosas eran las que me llevaban a estar aquí, sin poder olvidar algo que me tenía marcada para siempre.

Me lavé los dientes observando los ojos un poco hinchados por el cansancio, así que me eché las cremas en la cara y sobre todo masajeé el contorno para aliviar un poco las bolsas que tenía.

Puse dos cojines bajo mis pies cuando me tumbé en la cama, con la intención de tenerlos un poco en alto y aliviar así el cansancio que tenía acumulado en las piernas.

La vida estaba llena de personas muy crueles, como era el caso de mis padres, pero, sin embargo, por suerte, no todo el mundo era así, quería pensar que Maddie era de corazón, como muchas de las personas que estaba conociendo en la isla.

Abracé la almohada y me dije a mí misma que esto no podría conmigo, que una vez aquí, la vida comenzaría a compensarme de alguna manera.

Capítulo 5



—¡Vecina! —Escuché gritar a Carlos Manuel—. ¡El cafecito! —decía pidiendo el mío que tanto le gustaba. Me alegraba mucho la vitalidad que ese chico tenía y lo menos sola que me hacía sentir al tenerlo cerquita, aunque también con Maddie, que la tenía arriba.

—¡Ya voy! —Estaba terminándolo de hacer, parecía que lo había olido. Aunque perfectamente podía haber escuchado la cafetera. El caso es que tomaba de nuevo mi café charlando y riendo con él.

Cogí las dos tazas y salí a la terraza encontrándomelo con una peluca y los labios rojos.

—¿Qué haces? —Me reí mientras le daba por encima de la barandilla el café.

—No me digas que no parezco una Kardashian. —Sacó morritos.

—¿Has dormido esta noche? ¿Estás bebido?

—Estoy enamorado y ayer me comí la mejor langosta del mundo. —Me tiró un beso al aire.

—A ver, lo de la langosta me deja serias dudas. —De él no me lo esperaba, pero tampoco tenía que ir con un cartel en la frente el muchacho, ya que con su vida podía hacer lo que quisiera, pero como antes parecía que me había tirado la caña, pues por eso tenía esas dudas.

—No, no, no me comí la que viene directa del mar…

—Creo que te estoy entendiendo, no hace falta que entres en detalles. —Me reí.

—Es el jefe de animación, esta noche me ha puesto como loco y nos hemos dado la del pulpo.

—Y sigue. —Me reía y hasta me ruborizaba, pensando en ellos dos dándose el revolcón del siglo.

—Ya verás como tú en esta isla, terminas tirándote hasta a los turistas.

—¡Calla! Por favor, de buena mañana tanta información no es precisa. —Volteé los ojos.

—Vale, vale, pero te pongo en contexto.

—Tú veras… —Volví a revolver los ojos.

—Él casado, cuatro hijos y le gusta un churro más que a mi madre el picante.

—A tomar por saco la fidelidad y el amor.

—Eso es de antiguos.

—Carlos Manuel, que aún existen personas con valores.

—En el sexo no hay valor, hay pasión. —Levantó su dedo haciendo gestos que hasta ahora no le había visto.

—Me voy a la playa con Maddie, ¿te apuntas?

—No, no, demasiado calor, prefiero quedarme aquí bajo mi ventilador.

—Venga, vente, no seas flojo.

—¿Flojo? ¿Te explico bien mi nochecita?

—No hace falta, quédate aquí. —Me reí.

—Pues ahora voy a ir, verás como a Maddie le encantará escuchar mi relato…

—No puedo contigo, me han cambiado a mi Carlos Manuel.

—No, no te lo han cambiado, pero no era plan de asustarte el primer día.

—¿Y por qué me ibas a asustar? Que no soy tan santa como piensas, que mi mentalidad es abierta —suspiré—. Y deja de poner morritos. —Reí.

En ese momento llamaron a la puerta y era Maddie. Salió a la terraza a saludar a Carlos Manuel y yo me quedé un poco fuera, ya que no había espacio suficiente.

Al final se animó a venirse con nosotras a la playa y pedimos un carrito que nos llevara al mismo sitio que el día anterior.

—No vayas a ir con esos morros de rojo —le advirtió Maddie cuando lo vio salir con un amplio bolso al hombro y los labios tan llamativos. Yo me tuve que echar a reír.

—¿Os avergüenzo? —Comenzó a hacerse el dramático.

—No me vengas con esas que son golpes fáciles. Solo te digo que un poco más de discreción, que vamos a la playa no a una fiesta nocturna —le dijo ella resoplando mientras bajaba las escaleras.

—No le hagas caso, si te sientes bien, es lo que cuenta.

—Te he escuchado, sor penitas —me dijo Maddie a chillidos.

—Pues nada que os habéis propuesto todos que me vuelva una monja. —Me reí negando.

—Ya te veo con el hábito y la liga debajo —me dijo Carlos Manuel dándome un golpe en el hombro que por poco ruedo por las escaleras.

Nos montamos en el carrito y, sorprendentemente, se puso a cantar por Andy y Lucas, dos artistas andaluces de mi tierra. Me quedé asombrada ya que era dominicano, pero se veía que esos dos artistas habían atravesado todas las fronteras mundiales y es que no era para menos, lo hacían muy bonito. Maddie, en su caso, lo miraba sin comprender qué hacía cantando ese tipo de música y le expliqué de dónde venía.

Nos tiramos en la playa en unas hamacas que alquilamos a bajo coste, ya que era una zona para los trabajadores y habitantes de la isla.

—Yo me voy a pedir una cerveza —dijo Carlos Manuel.

—Claro, tú como trabajas de noche… —le recriminó Maddie.

—Envidiosa, tú a zumitos.

—Yo me pido un refresco —intervine riendo.

—Y yo otro. —Puso cara de perro enfadado y nos echamos a reír.

Carlos Manuel se notaba que le gustaba buscar mucho la lengua, pero era en plan gracioso, solo que Maddie no se callaba una y terminaban los dos en unos debates, en los que yo solo prefería ver, oír y callar.

De repente escuché una carcajada de una niña que se escuchaba de lo más graciosa y al mirar me topé con que era Alessandra, la hija de Eric que iba de su mano.

yLa primera impresión que me dio al verla en persona fue que tenía una mirada triste, su rostro era serio, pero estaba segura de que aquella preciosa niña de cabello rubio y ojos azules como el cielo en una mañana de verano, escondía la más bonita de las sonrisas. Y su voz, su tierna voz infantil que hacía que te aflorara la sonrisa sola, era de lo más tierna. Una princesa, así veía a esa pequeña que, para qué mentirnos, me había cautivado y enamorado a partes iguales.

—Papi, es Carlos Manuel con los labios pintados —dijo acercándose a este feliz. Yo quería taparme con la toalla, pero iba a dar mucho el cante.

—Sí, muñeca, Maddie me dio un beso en los labios y me transfirió todo el labial —se excusó.

—Mira qué listo —contestó Maddie riendo y negando.

—Buenos días, chicos —murmuró Eric parándose ante nosotros.

—¿Y tú, que haces por aquí? —le preguntó Carlos Manuel a la pequeña con una voz muy graciosa.

¡—Mi papi me ha traído a ver a mi amiga Candela que está malita de la tripa y le regalé una muñeca.

—Oh, qué bonito —murmuré sin poder evitarlo.

—Es mi amiga del cole y de jugar. Algunas veces viene a mi casa a merendar y nos bañamos en mi piscina —contestó dirigiéndose a mí—. Papi, ¿nos podemos sentar con ellos a tomar algo?

—Claro, preciosa —dijo Maddie echándose hacia atrás para dejarle un sitito en la hamaca.

El padre se sentó en otra que había libre y el camarero se apresuró a atenderlos. Pidió que nos pusiera otra ronda a nosotros de lo que estábamos tomando.

—¿Y su esposa qué tal está?

—Mi madre está feliz solita, descansando de nosotros. —Se apresuró a contestar la pequeña a Carlos Manuel, causando una risa en todos—. ¿A qué sí, papi?

—Sí, sí, tu madre cuanto más lejos estemos mejor. —Reía dándole la razón.

—Bueno, pero ¿y lo bonito que es encontrarte con el mejor animador de la isla?

—Sí —decía ella riendo a carcajadas ante las vocecitas que le ponía Carlos Manuel.

Eric se quitó la camiseta y dejó sus zapatillas debajo de la hamaca. Fue a darse un baño dejando a la pequeña con

nosotros y antes de tomarse el vino que se había pedido.

—Me encanta tu bañador de florecitas en color rosa —le dije sacándole una sonrisilla.

—Me lo regaló mi prima Bella cuando vino de Miami a verme.

—Así que tienes una prima llamada Bella.

—Sí, es la hija de la hermana de mi madre, de mi tía Susane.

—Ah, bueno, pues tuvieron mucho gusto con este regalo.

—Mi color favorito es el rosa, como este —señaló a las florecitas bordadas— y el blanco, como este. —Marcó el fondo de su bañador—. Y tu pulsera es muy bonita.

—¿La quieres?

—¿Y no te vas a poner triste?

—No, cariño, me voy a poner alegre porque una princesa como tú la llevará puesta.

—No eres pelota tú, ¿verdad? —soltó Carlos Manuel causándonos una carcajada que por poco se cae Maddie de la tumbona.

Le pulse a la pequeña mi pulsera de hilo, que era trenzada en blanco y rosa, como su bañador. Por ese motivo le había llamado la atención.

—¡Papi, papi! Mira lo que me ha regalado Marta. —Le enseñaba su muñeca.

—Es muy bonita cariño, va a juego con el bañador.

—Dile a mami que me la has comprado tú, que ya sabes que ella no quiere que me ponga nada de extraños.

—Tranquila, yo lo resuelvo. —Le hizo un guiño—. Gracias por el detalle, ama el color rosa y blanco —se dirigió a mí.

—Es una pulsera de nada, se lo merece, es un encanto de niña.

La pequeña me miraba todo el tiempo con una sonrisa y acariciaba mi mano. Buscaba llamar mi atención y se la veía de lo más cariñosa. Daban ganas de comerla a bocaditos chicos, porque más guapa era imposible que fuera.

Se quedaron con nosotros un buen rato y debo reconocer que Eric imponía como hombre, mucho, y que me ruborizaba cuando se dirigía a mí para hablarme. No, no iba buscando en él nada, mi historia no me podría llevar a eso, pero, que inesperadamente me causara algo dentro de mí, era evidente dado a la timidez que me provocaba.

Se quedaron como una hora. Justo cuando se fueron, Carlos Manuel y Maddie comenzaron a bromear diciendo que yo le había gustado al jefe de los jefes.

Se quedaron con nosotros un buen rato y debo reconocer que Eric imponía como hombre, mucho, y que me ruborizaba cuando se dirigía a mí para hablarme. No, no iba buscando en él nada, mi historia no me podría llevar a eso, pero, que inesperadamente me causara algo dentro de mí, era evidente dado a la timidez que me provocaba.

Se quedaron como una hora. Justo cuando se fueron, Carlos Manuel y Maddie comenzaron a bromear diciendo que yo le había gustado al jefe de los jefes.

Capítulo 6



Mientras me duchaba, no podía dejar de llorar desgarrada por el dolor. Mi niña tenía en su muñeca la pulsera, esa que esperaba que le transmitiera toda la energía positiva del mundo.

Sí, era mi niña, nacida de mis entrañas y producto del acto más maquiavélico que unos padres podían hacerle a su propia hija, o sea, a mí.

El caso es que me hicieron una «jugada maestra», por llamarlo de algún modo, algo que unos seres sin escrúpulos orquestaron como su mayor ópera prima.

Tenía dieciocho años recién cumplidos cuando asombrosamente se descubrió que estaba embarazada, sí, pero lo más sorprendente es que yo no había tenido relaciones sexuales con nadie.

Una clínica me hizo lo que se suponía que era una operación de vesícula, pero nada que ver con la realidad, me habían transferido el semen de un donante, que en este caso se iba a quedar con el bebé, y que no era otro que Eric.

Todo esto sin nadie saber la realidad, y es que mi tío Fermín, en su lecho de muerte, se desahogó conmigo contándome todo, y me desveló el mayor y más doloroso de los secretos.

Al principio me negaba a aceptar lo del embarazo y los médicos, que también estaban dentro de la trama, me decían que todo podía haber sucedido en una noche en la que hubiera bebido más de lo normal y por eso no recordara nada. ¡Y una mierda para ellos! Jamás me emborraché, bebí, pero no para traspasar esos límites.

Un embarazo en el que ni siquiera mis padres, conscientes de la realidad, me apoyaron, solo sabían echarme en cara que les había fallado como hija.

En cada revisión a la que fui, siempre me decían que había un problema, que algo iba mal, pero no hablaban claro solo decían que tenía los latidos flojos, cosa que yo los escuchaba bien, pero claro, no entendía como ellos.

Pasé un embarazo que a nadie se lo deseo, solo sabía que un ser crecía en mi interior y que yo no tenía unas explicaciones convincentes para saber de qué manera se había formado. Pensé hasta que me estaba volviendo

loca, incluso mis padres me llevaron al psicólogo, psicólogo que era de la misma clínica.

Otra cosa curiosa es que nunca veían el sexo, siempre pasaba algo para que ellos no lo tuvieran claro y eso a mí me hacía volverme más loca. Todo era surrealista, pero yo lo estaba viviendo en mis propias carnes.

Y nació mi bebé, asombrosamente lo sacaron rápidamente del paritorio sin que yo pudiese verlo y no solo eso, el médico apareció un rato después certificando su muerte, teniendo a mis padres como testigos antes de mandarlo a incinerar. Me puse como loca, pero nadie me lo enseñó.

Tanto la lie durante los siguientes días, que a mis padres no se le ocurrió otra cosa que decirme que había tenido un embarazo psicológico y por la gravedad en la que estaba, me habían seguido el rollo. ¿Embarazo psicológico con la barriga tan grande y unas patadas que me daba el bebé que me iba a romper en pedazos?

Todo fue una locura, por lo que caí en una depresión que no me dejaba levantar cabeza, momento que aprovecharon mis padres para tenerme de lo más medicada, hasta que me di cuenta de que había gato encerrado y algo se me iba de las manos, así que comencé a pensar mal de ellos. Dejé de ingerir las pastillas; cuando ellos no me veían, las escupía.

Ni siquiera pude ir a la universidad y eso que cuando me quedé embarazada había acabado mis estudios de bachillerato y era una gran estudiante.

Comencé a indagar sobre la clínica, los médicos que eran especialistas en fecundación y un montón de cosas que me llevaron a pensar que aquí había no solo gato encerrado, sino un plan orquestado por mis propios padres.

A mi tío Fermín le detectaron un cáncer y le dieron muy poco tiempo de vida, momento que aprovechó para hacerme la confesión y no llevársela a su tumba.

Mi padre había vendido mediante un pacto a través de sus abogados a mi hija, había nacido una niña y, no solo eso, todo esto venía a través de un primo de mi padre que tenía empresas en Estados Unidos y que falleció, casualmente, también un año atrás.

Me trataron como un vientre de alquiler y era para el señor Fraser, o sea, Eric. Él fue el donante de esperma, ya que la que era estéril era Anne, su mujer. El caso es que mi tío me recalcó en todo momento que fue ella quién lo movió todo.

Y todo formaba parte de una trama que ni en las mejores películas, en la que entró mi tío, el primo de mi padre, mis padres, la clínica y el despacho de abogados de aquí de España con el de Estados Unidos. Habían cobrado la friolera de cien mil euros por vender a mi hija, porque esa era mía.

Mi tío me dejó claro que pasara lo que pasase no la iba a recuperar, porque estaba todo hecho como si la que hubiera parido fuese la mujer de Eric. Cosa que luego descubrí que era cierta porque en ningún lado constaba ni

mi embarazo ni posterior parto.

En ese momento sí que pensé que me volvería loca, pero no me quedó otra que luchar por estar lo más cerca posible de mi hija y esperar a que esta fuera mayor de edad y que de algún modo yo consiguiera que se hiciese un prueba de ADN y descubriera la verdad, esa que a las dos nos habían ocultado.

Tanto Eric como su mujer no sabían nada de mí, por lo que mi presencia en la isla no levantaba ni la más mínima sospecha, así que mi prioridad era estar al lado de mi princesa Alessandra, aunque fuera viéndola de lejos o como cuando pasó hoy, pudiera disfrutar de un ratito a su lado.

Y lo de hoy para mí había sido un regalo del cielo, por eso no dudé en ningún momento en darle la pulsera, porqu la llevaba a sabiendas de que eran sus colores favoritos ya que la seguía por las revistas en las que salía con «sus padres».

Todo era muy doloroso y había mucho trasfondo que prefería ni recordar, pero los días, meses y años de presión que había sentido en mi pecho tan desgarradora, no se los iba a perdonar en la vida.

Terminé de prepararme y secarme las lágrimas que no dejaban de caerme. Maddie me esperaba en la puerta para irnos juntas en uno de los carros que venían a recogernos para llevarnos al sector B a los del turno de tarde.

Sonreí sin aparentar nada del dolor que sentía y nos montamos en el carro, al cual ya le había cogido el truco para no tambalearme y estar aguantando el equilibrio todo el trayecto.

Hicimos el cambio de turno despidiéndonos del anterior y poniéndonos a trabajar. No podía quitarme de la cabeza ese ratito con mi hija, mi gran secreto de la isla.

El principio de turno se me hizo pesado por el calor y la humedad, pero luego fue entrando como una mágica brisa fresquita que hizo más liviana la tarde.

Eran las once y cuarto cuando apareció Eric. Iba guapísimo con una camisa blanca remangada hasta los codos y un pantalón corto celeste.

—Hola, Eric.

—Hola, Marta. —Sonrió amablemente.

—¿Qué deseas?

—Bueno, muchas cosas, pero con un ron Bacardí con cola, me doy por satisfecho. —Carraspeó sonriendo de medio lado.

—Seguro que todas esas cosas las puedes conseguir, si alguien como tú no lo hace ¿qué sería del resto de los humanos?

—No te creas, es más lo que parece que lo que es. ¿Qué tal se presenta la noche? —No sabía cómo interpretar esa pregunta, pero la tomé como algo normal para entablar una conversación.

—Pues después de la mañana de playa, en cuanto termine el turno, creo que voy directa a hacer el Supermán en la cama. —Nos reímos.

—Te quería preguntar si te apetecería tomar luego algo en el sector VIP, hay una terraza al aire libre que tiene las emejores vistas de la zona.

—¿Y si nos ve tu mujer? Se puede pensar algo raro. —No entendía a que venía su atrevimiento y su manera precipitada de invitarme a algo tan íntimo como tomar algo.

—Mi mujer se fue a Miami.

—¿Con la niña? —pregunté preocupada, ya que me daba pena no tener la esperanza de cruzármela por la isla estos días.

—No, para nada. Ella se ha quedado aquí, está con mi mamá que vino a pasar unos días en la isla. De todas maneras, mi mujer no va con una lupa siguiendo mis pasos, todo lo contrario, ella va a lo suyo.

—Parece como si hubiera una brecha entre vosotros…

—Si quieres saber un poco más, en el sector VIP podemos hablarlo. —Carraspeó aguantando la risita.

—Está bien, quiero ver esas vistas de las que me hablas, aunque imagino que por la noche serán un poco menos vistas —bromeé haciendo un juego de palabras.

—Te equivocas, hay unas luces que convierten el horizonte en único.

—Me has convencido.

No entendía cómo la vida era tan caprichosa de hacer que él quisiera ir a tomar algo conmigo, cosa que por otro lado me venía de perlas para tener más información de primera mano. Pero algo me decía que él iba por otro lado, lo curioso es que nadie me había hablado de su alma mujeriega y si eso fuera conocido, ya me hubieran dado la información, pero no, no había sido así. Todo me sonaba de lo más misterioso.

Capítulo 7



Maddie se quedó a cuadros cuando le dije que se marchara y que por la mañana nos veríamos. No me preguntó nada porque estaba Eric delante, pero ya sabía que se había ido con la mayor de las intrigas. La verdad es que todo era de lo más surrealista, al menos desde mi perspectiva.

Yo me preguntaba si hacía bien aceptando, o si eso podía poner en peligro mi estancia en la isla, la verdad es que era un querer, pero a la vez no, como si cualquier acercamiento pudiera condicionar mi futuro y lo que me había traído hasta aquí.

Salimos del restaurante y para mi sorpresa, tenía aparcado un carrito de su propiedad personal para moverse por la isla. Me monté delante con él y comenzó a dirigirse hacia la sección VIP.

—No te escondas —me dijo riendo cuando me puse de espaldas a un grupo de trabajadores del hotel al pasar por delante de ellos.

—Me da pavor que se lo digan a tu mujer y que se piense algo que no es.

—Nadie tendría valor de ir a ella con semejante chisme, saben que irían directamente a la calle.

—Bueno, oremos porque nadie salga damnificado. —Apreté los dientes y esbozó una amplia sonrisa.

Iba explicándome todo lo referente a esta sección y la verdad es que se veía de lo más privada e íntima. Subió por un caminito hasta arriba del todo, donde había como un velador con una mesa y un columpio delante de ella mirando hacia el mar.

—Hay muchos más veladores, pero todos están estratégicamente colocados para que entre uno y otros no se vean y no pierdan la intimidad.

—Esto parece un lugar de esos a los que los novios traen a sus prometidas para pedirles matrimonio —bromeé nerviosa por mi comentario.

—Tranquila, que con una vez ya me fue suficiente, a la segunda no voy ni, aunque me lleven a rastras. ¿Qué te

apetece tomar?

—Muy buena esa. —Me reí—. Una cola cero.

—Dos Bacardí con cola, por favor —habló por el interfono que daba al servicio de pedidos.

—Creo que no me has entendido —murmuré aguantando la sonrisilla.

—Ni tú a mí tampoco. —Me hizo un guiño que me hizo soltar una carcajada nerviosa.

—Me estoy poniendo nerviosa… —Carraspeé.

—Tranquila que no muerdo. —Movió el balancín donde estábamos sentados y casi me parto en dos contra la mes —. Perdón. —Arqueó la ceja mientras apretaba los dientes.

—Nada, sigo entera. —Rebufé al darme cuenta de que mis respuestas eran contraproducentes, al menos a mí así me lo parecía.

No tardaron en traernos las bebidas y yo me sentía ligeramente incómoda. Tenía una información de la que él carecía, por lo cual tenía la sensación de que todo lo que yo hacía o decía iba con sentido y lo de él como si fuerar disparos al aire. Tampoco entendía qué hacía con él en esta situación, que no es que estuviéramos haciendo nada malo, pero Eric tenía lo que más amaba en mi vida y me habían arrebatado, y aunque él no fuera consciente de la historia que había atrás, la había, y a mí me habían hundido la vida.

Me dolía que hubiera personas usando esas técnicas para tener hijos que al fin y al cabo no son suyos biológicamente al cien por cien, y menos en el caso de su mujer, que no había puesto ni óvulos ni nada. ¿Por qué lo hacían con la cantidad de niños que había en el mundo deseando ser adoptados y tener una familia? Que respetaba todo, sí, pero si al final los dos no son aptos para tenerlos ¿no es más fácil darle ese amor a una criaturit que ya está en el mundo? Imagino que lo pensaba desde mi rabia, pero lo que habían hecho conmigo no tenía nombre y me refería a mis padres porque como digo, no sabía si Eric era consciente, que según mi tío no, pero su mujer sí que lo era y a esa la odiaba con toda mi alma.

Escuchaba el sonido del mar a pesar de estar como un plato de liso, pero las olas rompían en la orilla y desde aquí en el silencio de la noche, era como una melodía que intentaba relajarme, aunque eso era imposible.

—¿En qué piensas? —preguntó cuando se marchó el chico que nos había traído la bebida.

—Pues pensaba en la tranquilidad que da esta isla —mentí saliendo de mis pensamientos anteriores.

—¿Por qué mientes?

—¿Y qué te hace pensar que lo estoy haciendo? —pregunté protestando a la vez que negaba y volteaba los ojos.

—Sabes que eso no es lo que estabas pensando y no solo te da la isla la tranquilidad porque hayas conectado con ella. Llevas mucho tiempo luchando por estar aquí. —Sus palabras hicieron que me pusiera en alerta y casi contener el aire. ¿Qué sabía él que a mí se me escapaba?

—Bueno, es verdad que he mandado el currículum unas sesenta y tres veces, pero es que este lugar desde que lo v en fotos me llamaba mucho.

—Sigues mintiendo. —Sonrió de medio lado.

—A ver Eric. ¿A dónde quieres llegar?

—Fui yo el que acepté tu solicitud para que esta vez te llamaran.

—¿¡Cómo!?

—No es que me encargue de revisarlas a través de los currículums, ya que para eso tengo un departamento al que delego esas funciones, pero ese precisamente fue el que me alertó de que una persona había mandado treinta correos, que era los que llevabas en ese momento, así que me dediqué a investigar tu vida…

—Vaya por Dios. —Apreté los dientes—. Cómo verás soy una persona muy normalita. —Quise creer que no le había llevado a nada.

—Y la que ha sido engañada de la manera más inhumana del mundo. Conseguí hablar con tu tío antes de morir y fue después de que él ya hubiese hablado contigo —me confesó consiguiendo que se me erizara la piel—. Hoy fui a buscarte con la niña para que pudieseis pasar un rato juntas. —Noté que se le quebraba la voz y se emocionaba —. Siento mucho lo que has tenido que vivir.

—¿Y por qué me has traído a sabiendas de que mi objetivo es estar al lado de ella?

—Porque tienes derecho. —Se me erizó la piel mucho más—. No, no soy una persona injusta y siempre trato de ponerme en el lugar del otro. Si a mí me lo hubiera hecho, yo ya hubiera acudido a los tribunales y hasta a la prensa.

—¿Con qué pruebas? Si ni siquiera para el sistema he dado a luz —dije llorando y su mano se vino a mi mejilla y con su dedo pulgar comenzó a intentar secar mis lágrimas—Y si hubiera tenido que pedir una prueba de ADN al haber dos países de por medio el trámite era muy jodido y costoso. ¿Y con qué abogado me iba a presentar a luchar contra alguien como vosotros, con el poder que tenéis? —dije con rabia.

—Te juro que te entiendo. No te he traído antes porque tenía que pensar mucho las cosas antes de hacerlas. Si alg

tenía claro era que tu intención no era más que verla y estar cerca de ella. Lo que no sabía era cómo hacerlo con Anne, ella se volvería loca y jamás permitiría que te acercaras a su hija ni a la isla.

—Lo sé; me lo imagino, vamos.

—Te quiero ayudar, pero ahora mismo tengo temas muy delicados que me atan a Anne y que no es momento de ricontar.

—No te he pedido explicaciones.

—Lo sé, pero no estés a la defensiva que, si te he traído hasta aquí y me he sincerado, es porque estoy de tu lado.

—¿Y al de tu mujer? —pregunté para no parecer tonta, porque de dos lados en la vida se puede estar. O te posicionas, o es que todo te importa una mierda y solo miras por tu interés.

—Como te he dicho, a ella me atan algunas cosas que debo solucionar, ya que estamos abocados al divorcio. Entre nosotros no hay nada más allá del interés de unas empresas que tenemos en Miami. Esta isla es mía por herencia y todo lo que se ha invertido en ella fue de mi patrimonio.

—Si os divorciáis y se va, se llevará a la niña —dije con un nudo en la garganta y poniéndome en el peor de los escenarios.

—No te preocupes, me negocia hasta por la niña, te recuerdo que no lleva sus genes y para ella es como una moneda de cambio, por muy triste y cruel que suene.

—Me voy a cagar en su puta madre —dije en voz alta y es que no pude reprimir soltar eso, que era poco para la barbaridad que esa mujer estaba haciendo con mi niña.

—Necesito que te tranquilices y que no cuentes nada a nadie.

—¿¡Yo!? No lo he contado antes, no lo voy a hacer ahora.

—Solo te pido que confíes en mí.

—No me queda otra, me has pillado con el carrito de los helados.

—No lo digas con esa tristeza y esa rabia. ¿No entiendes que estoy mirando por ti y que empatizo contigo?

—Lo sé, perdón, pero es que no sabes lo mal que lo he pasado este tiempo en el que me han hecho creer hasta que estoy loca.

—Ven. —Me cogió de lado y abrazó—. La realidad es que los dos tenemos una preciosa hija que es la que está por encima de todo. Y que, ni yo sabía de la manera tan macabra que se estaba haciendo todo con el fin de ella asegurarse que su madre no aparecería nunca, ni tú por haber tenido que sufrir las consecuencias de un acto tan malvado como el que cometieron, tanto Anne como tus padres.

»Las cosas le han salido mal y, no solo eso, desde que descubrí la verdad, nuestra relación se ha visto gravemente afectada, y eso que ya llevábamos un tiempo de desgaste porque los dos somos de dos mundos totalmente diferentes. A ella le gusta la fama y a mí me gusta más la privacidad, entre otras cosas. La cuestión es que hay una niña de por medio, que es lo que más debe preocuparnos ahora, por lo que voy a esforzarme al máximo para hacer las cosas de la mejor manera posible y que todo se resuelva de la forma más pacifica que se pueda.

—Gracias, Eric.

Era evidente que tenía que creerle sí o sí, pero es que tenía muchas dudas de todo. ¿Tan fácil me lo iba a poner? Me sentía esperanzada, pero a la vez desconcertada. Obviamente a él no le iba a exponer mis serias dudas ni someter a un interrogatorio.

Realmente lo notaba un tipo cercano y con buen corazón, de esas personas que tienen más valores de los que se puede ver aparentemente, pero claro, mis serias dudas no me dejaban terminar de creerme todo, o había algo que se me escapaba.

Estuvimos un rato charlando sobre la niña ya que me contaba muchas cositas de ella, lo más asombroso es que aú no había cumplido los seis años y ya hablaba dos idiomas fluidos.

—Gracias, por todo.

—¿Quieres dejar de darme las gracias?

—No, no puedo. —Me reí bajándome del vehículo—. Buenas noches, Eric.

—Buenas noches, Marta. —Sonrió y dio marcha atrás para salir de allí.

—Ven. —Me cogió de lado y abrazó—. La realidad es que los dos tenemos una preciosa hija que es la que está por encima de todo. Y que, ni yo sabía de la manera tan macabra que se estaba haciendo todo con el fin de ella asegurarse que su madre no aparecería nunca, ni tú por haber tenido que sufrir las consecuencias de un acto tan malvado como el que cometieron, tanto Anne como tus padres.

»Las cosas le han salido mal y, no solo eso, desde que descubrí la verdad, nuestra relación se ha visto gravemente afectada, y eso que ya llevábamos un tiempo de desgaste porque los dos somos de dos mundos totalmente diferentes. A ella le gusta la fama y a mí me gusta más la privacidad, entre otras cosas. La cuestión es que hay una niña de por medio, que es lo que más debe preocuparnos ahora, por lo que voy a esforzarme al máximo para hacer las cosas de la mejor manera posible y que todo se resuelva de la forma más pacifica que se pueda.

—Gracias, Eric.

Era evidente que tenía que creerle sí o sí, pero es que tenía muchas dudas de todo. ¿Tan fácil me lo iba a poner? Me sentía esperanzada, pero a la vez desconcertada. Obviamente a él no le iba a exponer mis serias dudas ni someter a un interrogatorio.

Realmente lo notaba un tipo cercano y con buen corazón, de esas personas que tienen más valores de los que se puede ver aparentemente, pero claro, mis serias dudas no me dejaban terminar de creerme todo, o había algo que se me escapaba.

Estuvimos un rato charlando sobre la niña ya que me contaba muchas cositas de ella, lo más asombroso es que aún no había cumplido los seis años y ya hablaba dos idiomas fluidos.

—Gracias, por todo.

—¿Quieres dejar de darme las gracias?

—No, no puedo. —Me reí bajándome del vehículo—. Buenas noches, Eric.

—Buenas noches, Marta. —Sonrió y dio marcha atrás para salir de allí.

Capítulo 8



Me levanté escuchando como Maddie aporreaba la puerta a la vez que gritaba mi nombre.

—¿Te han echado de la cama? —le pregunté volteando los ojos cuando abrí.

—No, pero que no he pegado ojo. ¡Ya me puedes contar! —Movía la mano poniéndose ante mí en el centro de la habitación e impaciente por escuchar eso que ella creía.

—No hay nada que contar, solo que quería comentarme una cosa acerca de mi visado, ya que había rellenado algo mal y como le he caído bien, pues quería ayudarme a que no perdiera mi visa.

—Ah, bueno, pensé que habías tenido una noche de pasión.

—Desde luego. —Me reí volteando los ojos. Lo que menos quería es dar norte ni pincelada de nada.

—¡Vecina, mi café! —Escuchamos gritar a Carlos Manuel y nos echamos a reír.

—Déjame a este a mí y tú ve haciéndolos —ordenó dirigiéndose a la terraza de manera directa.

—Muy lista, sí señorita. —Rebufé riendo y me puse a preparar los cafés.

Los escuché decirse burradas mientras bromeaban, parecían Romeo y Julieta en la versión futurista. ¡Vaya dos patas para un banco!

Lo que más me gustaba de Maddie es que era de las que, sin esperártelo, te soltaba una reprimenda por algo para hacerte ver que te equivocabas o que espabilaras, era de esas personas que te decían todo claro y de frente, lo podía presenciar con Carlos Manuel, que intentaba ponerlo derecho diciéndole verdades como puños, pero claro, él todo se lo tomaba a broma y le contestaba con un disparate acompañado de una carcajada como diciéndole que le podía decir misa, que por un oído le entraba y por otro le salía.

—¿Ya estáis discutiendo? —Les di el café.

—No se entera, él no se entera, se cree que está actuando bien con Jaime y lo que está haciendo es penoso, porque es su amigo de verdad y lo que no puede ser es que, porque le gastase una broma, que vale, era de mal gusto y en eso estamos todos de acuerdo, pero por eso no se puede mandar a la mierda todos estos años de amistad y tirar por la borda todo lo que han hecho el uno por el otro.

»Que sí, que Jaime es muy pesadito y debió pensar antes de esconderle el móvil dos horas sabiendo cómo se iba a poner él, pero repito y reitero que eso no es motivo suficiente para no mirarlo a la cara y encima siendo conocedor y consciente de que Jaime lo está pasando fatal. Que eso no es ser un amigo, es ser un traicionero. Amigo es aquel que cuando te equivocas, te lo dice a la cara, pero jamás suelta tu mano.

—Cuidadito con lo que me dices —le dijo Carlos Manuel riendo y señalándole con el dedo.

—Mal amigo, eso te digo, que eres un mal amigo.

—Pues no lo seré tanto cuando tú estás aquí hablando conmigo.

—No, no te equivoques, si no lo estuviera haciendo dejaría entrever que soy igual que tú.

—¡Tiempo muerto! —grité poniéndome entre ellos y llevando hacia la habitación a Maddie para que me dejara a mí en la terraza, y se frenase un poco ese debate que tenían y que veía por dónde iba a salir.

—No, no, déjala, que voy a poner a la escocesa en su lugar.

—¿A mí tú con esa cara?

—¿Me puedo tomar el puñetero café tranquila? —grité sacando mi genio y los dos me miraron sorprendidos por mi reacción— Es que parecéis niños pequeños tan temprano. —Resoplé.

—No veas cómo hablas idiomas —me dijo Carlos Manuel causando una risa en los tres.

—Me tocáis mucho las narices. Eso es mucha intensidad para ser tan temprano. —Solté el aire.

—Venga, hoy tengo ganas de playa —dijo él juntando sus manos— ¿A que parezco un angelito?

—Por tu color, pareces más el mismísimo demonio —le soltó Maddie en broma, causando que yo escupiese el café por todo el suelo.

—¿Lo ves? Es ella, es ella.

—Recojo esto y me preparo, cuanto antes salgamos para la playa mejor —advertí.

—Venga, voy a cambiarme —respondió Maddie a la vez que le hacía una peineta a Carlos Manuel, sin mirarlo.

Un carrito nos recogió poco después de pedirlo por la aplicación y nos llevó al mismo lugar que el día anterior, donde de nuevo cogimos unas hamacas.

Carlos Manuel se fue a charlar con un amigo que había visto y las dos nos quedamos tumbadas.

—Mierda, me he dejado el tabaco en la habitación —dije cuando me apeteció uno y recordé que no lo había cogido.

—Yo tengo que comprar, pero ahora no tengo ganas moverme —respondió Maddie—. De todas maneras, nos podemos fumar uno de Carlos Manuel, lo único que él es de liar.

—Bueno, no pasa nada, a falta de pan buenas son tortas.

—Qué gracioso refrán —dijo ella mientras le cogía la pitillera a Carlos Manuel y me daba uno y ella se cogía otro

—Joder, qué fuerte está el tabaco que este fuma. —Tosí, ya que me había llegado al ombligo.

—Ya te digo. —Tosía ella también.

—Y tiene un olor peculiar —dije cuando di otra calada.

—Primero y último, ahora vamos a comprar una cajetilla cuando nos lo fumemos.

Un rato después me daba cuenta de que el cigarrillo nos estaba durando un mundo, momento que aproveché para decirle mi reflexión.

—Sí, sí. —Soltó una carcajada de lo más grande.

—Ya te digo. —Me reí también como si hubiéramos contado el chiste más divertido del mundo.

Estaba apagando el cigarrillo un buen rato después, cuando apareció Carlos Manuel.

—No veas lo que duran tus cigarros —le dije riendo.

—¿Qué cigarros?

—Los de tu pitillera. Te hemos cogido uno cada una, pero ahora compramos para los tres.

—¿De qué pitillera?

—De la única que tienes —le dijo Maddie a carcajadas sueltas intentando levantarse de la hamaca, pero no podía.

—Tengo dos, la negra y la roja.

—De la negra —le dije sin entender que tanto le jodiera que le hubiéramos cogido un cigarrillo.

—No, chicas, no, la habéis liado.

—¿Qué pasa? —Notaba que me pesaba el cuerpo y no podía parar la carcajada.

—Os habéis fumado unos cigarrillos de crema de hierba de marihuana y encima enteros —dijo eso y comencé a notar más síntomas aún— ¡La que habéis liado! ¿No lo habéis olido? ¿No lo habéis notado raro? —nos decía de lo más ofuscado.

—Yo quiero otro —dijo Maddie girándose hacia un lado de la hamaca y cayendo en la arena de boca.

—La habéis liado bien. —La ayudaba a levantarse nervioso.

—¿Y qué haces tú con cigarrillos de esos? —le pregunté extrañada.

—Vendérselos a los clientes y sacarme unos dólares de más. —Su tono era enfadado mientras ayudaba a colocarse bien a Maddie sobre la hamaca, que no dejaba de reír y tenía el cuerpo laxo, como yo.

—Necesito un pastel, una tarta, dulces, chuches. —Tenía ansiedad por comer azúcar.

—No me extraña —contestó rebufando.

—Yo también —dijo Maddie intentando levantar la mano para pedirlo.

—No os mováis de aquí, voy a por unos refrescos de cola fríos y os traigo algo de comer.

—Movernos dice —solté llorando de la risa, y las carcajadas de Maddie llegaban a cualquier lado de la isla.

—Hola, chicas. —Escuchamos una voz masculina que no era la de Carlos Manuel, que ya se había ido al quiosco.

—Hola, jefe —dijo Maddie y acto seguido se le escapó una tremenda carcajada más fuerte que la anterior.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó riéndose.

—Que la hemos liado, jefe —contestó Maddie riendo más aún y este me miró a mí, que se me habían cortado todas las clases de risas, pero intentaba mantenerme firme.

—No sé de qué habla. —Al final se me escapó la gran carcajada.

—¿Habéis bebido?

—Ya estoy aquí —dijo Carlos Manuel dándonos unos helados de chocolate y nata en sándwich y un refresco a cada una—. Señor Eric, ahora mismo le doy todas las explicaciones necesarias, el tiempo de que las atiendan, porque han sufrido un incidente con unos turistas que las han engañado y en lugar de darles unos cigarros normales, por lo visto eran de marihuana.

—Ay, Dios. —Se llevó la mano a la cara y comenzó a reírse. Muy hábil lo de Carlos Manuel.

Escuché hablar por teléfono a Eric y pedir que trajesen un pastel de algo, no lo entendí del todo, pero todo lo que comiésemos era bueno, ya que tenía un hambre infinita.

Lo miraba y me provocaba reír más fuerte, era como si no pudiera contenerme frente a Eric y mucho menos ante su expresión, ya que me daba la sensación de estar escuchando el mejor chiste y todo eso, sin necesidad de que dijera una palabra. Negaba riendo sin dejar de mirarme, suerte que no se había puesto de mal humor.

—Voy a hablar con su encargado para que las ponga como reserva por si alguien no va, pero sin necesidad de que vayan.

—¡Bien! —gritó Maddie levantando las manos feliz y a mí se me escapó otra carcajada.

—No tienen vergüenza —dijo Carlos Manuel llevándose la mano a la cara y haciendo el papel de su vida para salir ileso de la situación, pero a nosotras nos ocasionó más risas. Me dolía el lado de tanto reír.

Eric sonrió con su comentario y llamó por teléfono ordenando las reservas para cubrirnos. Ni dio explicaciones, bueno, es que nadie se atrevería a pedírselas, pero mi encargado se iba a quedar toda la tarde con la mayor de las intrigas. ¿Qué hacía el dueño de la isla ordenando un cambio de turno? Pues eso debía estar pensando: ¿Qué demonios pasaba aquí? La tarde la iba a tener animada.

Se apartó para hacer otra llamada y fue el momento en el que Carlos Manuel nos recriminó que nos había salvado de una buena y encima íbamos a tener las dos la tarde libre menos él.

—¿Tú a nosotras de una buena? —preguntó Maddie antes de echar una carcajada que hizo hasta volverse a Eric y mirar hacia nosotras—Tú que le has echado la culpa al turismo, ¿tú eres el que nos has salvado? —Reía más y yo también lo hacía— ¡Qué gracioso ese es el tío!

—Anda, tomaros el refresco y controlaros un poco, que al final nos buscamos la ruina.

—¿Y tú qué haces vendiendo eso a los turistas? —le pregunté en modo reprimenda.

—¿Te lo explico otra vez? —Carraspeó viendo que de nuevo Eric se acercaba a nosotros.

—Si identificáis a los chicos que os dieron esos cigarrillos, por favor hacédmelo saber, jamás me he reído con la intensidad que lo estáis haciendo vosotras, y me encantaría tener esa sensación —dijo aguantando la risa, y los tres nos echamos a reír a carcajadas, lo que provocó que él también estallara de risa al contagiarse por completo.

Un carrito llegó hasta nosotros, ya que había un caminito de tarima flotante. Le entregó a Eric el pastel que venía cortado en varias porciones individuales en un cartoncito. Nos dio uno a cada una y también a Carlos Manuel antes de comerse el otro.

—Eh, eh, que aquí las que hemos fumado somos esta —me señaló a mí—y yo. —Se señaló a ella.

No sé en qué momento, pero tanto Maddie como yo nos quedamos dormidas.

—¿Y tú qué haces vendiendo eso a los turistas? —le pregunté en modo reprimenda.

—¿Te lo explico otra vez? —Carraspeó viendo que de nuevo Eric se acercaba a nosotros.

—Si identificáis a los chicos que os dieron esos cigarrillos, por favor hacédmelo saber, jamás me he reído con la intensidad que lo estáis haciendo vosotras, y me encantaría tener esa sensación —dijo aguantando la risa, y los tres nos echamos a reír a carcajadas, lo que provocó que él también estallara de risa al contagiarse por completo.

Un carrito llegó hasta nosotros, ya que había un caminito de tarima flotante. Le entregó a Eric el pastel que venía cortado en varias porciones individuales en un cartoncito. Nos dio uno a cada una y también a Carlos Manuel antes de comerse el otro.

—Eh, eh, que aquí las que hemos fumado somos esta —me señaló a mí—y yo. —Se señaló a ella.

No sé en qué momento, pero tanto Maddie como yo nos quedamos dormidas.

Capítulo 9



Abrí los ojos casi sincronizadamente con Maddie. Me costó incorporarme, pero ya se me había pasado el subidón ese de la risa, aunque me encontraba un poco floja aún.

—¿Cuánto tiempo hemos dormido? —pregunté a Carlos Manuel, mirando hacia Eric que estaba en la barra del chiringuito tomando un café.

—Una hora, y menos mal, porque no veas el descaro vuestro.

—Oye, Carlos Manuel —le dijo Maddie— ¿Me das para llevarme un cigarrillo de esos para otro momento? Me lo he pasado pipa.

—Te voy a dar una piña que te voy a mandar a Escocia como si fueras un cohete, eso es lo que te voy a dar —le dijo riendo y negando de manera incrédula por lo que acababa de escuchar.

—Te lo pienso pagar, no te lo estoy pidiendo de gratis —le decía ella insistente—. Necesito reír en algunos momentos como lo hice hoy, por primera vez en mucho tiempo sentí que estaba realmente viviendo, y no simplemente sobreviviendo como lo hago, con mi corazoncito roto.

—¿Y qué le pasa a tu corazón? —le pregunté mirándola extrañada.
—Algún día cuando esté preparada te lo contaré…

—Eso suena a que tienes guardado el secreto de tu vida —le dijo Carlos Manuel.

—Echaría a arder la isla…

—Eso, déjanos con la intriga.

—Carlos Manuel, eres muy chismoso —le decía ella poniéndose una camiseta en la cara para no ver la luz del sol

Eric miró hacia nosotras y al vernos despiertas me hizo un gesto de que fuera hasta donde estaba él.

—Eres su niña preferida —murmuró Maddie mientras me levantaba.

—Y tú una celosa sin motivos.

—Y yo un envidioso de primera. —Escuché decir a Carlos Manuel ocasionándole una risita a Maddie.

Me dirigí hasta él y esperaba que a solas no me fuera a decir algo feo del momento que había vivido encontrándonos fumadas.

—Hola, perdón por lo de… —Señalé hacia a las hamacas.

—Hola, bonita, no pidas perdón. ¿Quién no se ha fumado un cigarrillo de la risa en algún momento de su vida? —Me sorprendía lo empático que era y lo bien que aceptaba todo.

—Gracias, Eric.

—No las des. ¿Un café?

—Sí, por favor —dije y él le hizo un gesto al camarero de que me pusiera uno como el de él.

—Quiero que vengas a comer a un sitio, ahora me traen a la pequeña y vendrá con nosotros.

—¿De verdad? —pregunté emocionada.

—Claro, hay que aprovechar que esta tarde no trabajarás. Quiero hablar contigo algunas cosas. —Me hizo un guiño que me tranquilizó un poco después de decirme eso.

—Vale.

No tardó en aparecer Alessandra corriendo hacia los brazos de su padre después de darle un beso de despedida a su cuidadora, que la había traído en un carrito.

—Hola, Marta —dijo rodeando mi cintura y acordándose de mi nombre. Me tuve que contener de no llorar.

—Hola, princesa, qué guapa estás con esa faldita y top blanco.

—Me lo regaló mi abuelita que está aquí.

—Qué bien, se ve que tiene mucho gusto.

—Es la mami de mi papi —dijo sacándome una sonrisilla.

Eric me indicó que fuera a despedirme de los chicos y a coger mis cosas, que me esperaba en el carrito. La niña le preguntó si podía venir conmigo y él afirmó con una sonrisa. Me tomó la mano y nos dirigimos a los chicos a los que les dije que iba a comer con la pequeña y ellos me miraron con cara de sorprendidos. Carlos Manuel me dijo que no me preocupara que cuidaría de Maddie y esta lo miró con la ceja arqueada.

Sabía que la próxima vez que viese a Maddie, no se iba a creer cualquier excusa, así que tendría que pensar algo bien creíble.

Me monté detrás del carrito, ya que este tenía un sillón largo donde la pequeña se sentó a mi lado y le abroché el cinturón que, aunque nadie lo usaba en la isla, ella era pequeña y me daba miedo que un bote o algo la lanzara fuera del carro.

—¿Cómoda? —le pregunté después de abrocharla.

—Sí. —Cogió mi mano y la agarró. Era de lo más cariñosa.

Llegamos a un lugar que daba a una villa privada pequeñita que tenía una puerta mecánica para acceder a su interior con el carro. Me quedé boquiabierta a ver una coqueta villa que tenía unas impresionantes puertas traseras desde donde se veía toda la playa, ya que las delanteras también estaban abiertas, aunque eran de cristal.

Atravesamos la villa que tenía un dormitorio, cocina grande y salón todo diáfano y acristalado, menos un baño que había privado.

En la parte delantera había un gran porche con un buen tejado, hamacas, mesa de madera, balancines, piscina y el trozo de playa privada. Una locura de rincón, que estaba disponible para huéspedes de alto nivel adquisitivo, pero como habían terminado de hacerle una remodelación, aún no lo tenían disponible para reservas y, sobre todo, lo que más me sorprendió saber es que trajo un día a la niña para ver las obras y se convirtió en su lugar favorito de la isla, era donde ambos se escapaban cuando no tenían ganas de estar con Anne. La pequeña, me daba mí, que a esa mujer la quería demasiado lejos.

—Así que por ahora la vamos a disfrutar y no la vamos a poner a disposición de nadie, ¿verdad, mi vida?

—Sí, papi, es nuestro lugar bonito, favorito y secreto. —Sonreía mirándolo con un amor infinito que desprendía en sus ojos.

Eric abrió una botella de vino y sirvió dos copas, a la pequeña, en su caso, le había echado un agua de coco que tanto le gustaba.

—Gracias por estar con nosotros —dijo Eric chocando su copa con la mía y la de la niña.

—No, no, gracias a ti por dejarme estar con vosotros —contesté emocionada y con un nudo en la garganta.

—Alessandra, ve con ella a la cocina y preparad unos cuencos con patatas chips, tortas fritas y trae los envases de guacamole y nachos. Yo voy preparando la barbacoa para hacer unos costillares que tengo en el frigo y unos filetes.

—Ahora mismo —le dijo ella y me hizo un gesto con la carita para que la siguiera. A mí se me esbozó una sonrisa que pudo ver Eric.

Preparamos todo en unos preciosos cuencos en tonos rosas y blancos, como le gustaba a la niña, se notaba que el papá le había comprado todo para que ella lo viera bien bonito. Llevamos todo a la mesa y salí con la bandeja de carne para ponérsela a un lado de la barbacoa a Eric.

—Gracias. —Sonrió.

—Gracias de nuevo a ti por dejarme estar presente.

La pequeña se subió a un tobogán que desembocaba en un pequeño lago que se notaba que estaba especialmente hecho para ella. Me emocionaba verla feliz y jugando. A pesar de ser tan pequeña, se la veía una niña muy madura, pero su parte infantil no podía perderla de ningún modo.

—Esta mañana estuve una hora hablando por videollamada con Anne —murmuró dejando entrever que había nuevas noticias—. Pensé que volvería a la isla, pero no tiene intención ninguna, se llevó todo lo que más valor tenía para ella y lo fue haciendo poco a poco en cada viaje que hacía a Miami.

»Hoy me pidió que le metiera en cajas todo lo suyo y se las enviara, que se metió en un proyecto y no tendrá tiempo para venir. Le pregunté que qué pasaba con la niña y su respuesta fue que ese es mi problema, que es mío y no de ella.

—Qué fuerte me parece.

—Voy a ceder en todo para comenzar de cero. Hoy me pidió que le mande a su bufete de abogados un acuerdo de divorcio amistoso, donde conste que ella se queda con las propiedades de Miami además de las dos empresas que tenemos allí. A cambio, ella firma la renuncia de la niña. El dinero es algo sin valor, por suerte con lo que tengo en la isla y lo que he ganado, puedo vivir cinco vidas a cuerpo de rey, no voy a pelear por tener más, no lo necesito, solo quiero mi paz y la de nuestra hija —dijo refiriéndose a mí.

—No sé qué decir, me parece todo tan loco y desmesurado. Lo que más me duele es que esté negociando con ella. —La miré como seguía jugando y tuve que contenerme de llorar.

—Esa mujer me ha estafado más de lo que imaginas, me di cuenta muy tarde, se llevó mucho para Miami y se fue montando un imperio, no solo con eso quedó contenta, quiere todo lo de allí, incluida mi parte. Si lo he luchado

hasta ahora es porque me sentí engañado con esa estafa que me fue haciendo, pero no, no quiero pelear más, son muchas cosas las que hay detrás que no quiero ni contar porque me dan vergüenza ajena. Es hora de dejar el orgullo a un lado y disfrutar de lo que más quiero en el mundo. —Miró a Alessandra.

—No te pongas triste, Eric. No sabes lo afortunada que es tu hija al tenerte como padre y que no seas como ese ser, de lo contrario, ella sería toda su vida una víctima. Siéntete orgulloso de ponerla por encima de todo. Se nota lo que te ama.

—A ti también te amará mucho. —Acarició mi mejilla en un acto de afecto.

—Ojalá, lo deseo con todo mi corazón.

—Le has caído muy bien. ¿Sabes?, fue ella la que me pidió verte.

—¿En serio?

—Sí. —Sonreía feliz de verme emocionada.

Nos sentamos a comer la carne que tenía una pinta deliciosa, además había para acompañarla una salsa barbacoa casera, que era la más rica que había probado en mi vida.

La pequeña se puso a hablar de sus amiguitas y de la fiesta a la que la habían invitado al día siguiente. Estaba de lo más emocionada, ya que todas iban a ir disfrazadas e iban a hacer incluso una piñata.

Eric recibió una llamada y se apartó a hablar, estuvo un buen rato.

—Me han leído el contrato y lo han enviado a mi correo para que pueda revisarlo, y si estoy conforme, enviarlo ya al otro bufete —decía revisando todo lo que le habían dicho.

Se hizo un silencio y él, después de unos minutos leyéndolo, llamó y dijo que, de acuerdo, que estaba conforme en que se enviara tal cual.

Iba a sentenciar todo lo que había conseguido fuera de la isla por la estabilidad de su hija, eso era con lo que me quedaba, que, como padre, era todo un ejemplo, solo había que ver lo que estaba haciendo conmigo.

Estuve jugando con la pequeña después de comer mientras Eric estuvo en constantes llamadas, porque quería cerrar todo hoy mismo y que ella lo firmara. Se pasó la tarde cerca de la orilla hablando continuamente por el móvil. Todo ese tiempo lo aproveché para pasarlo con Alessandra.

—Te quería preguntar que si te apetece quedarte aquí a cenar. Tengo que llevar a la niña junto a mi madre, que está aquí en la isla como te dije, ya que vino a pasar una temporada. Puedo dejarte en tu departamento para que te

cambies y cojas lo que necesites, y al rato paso a recogerte. Me gustaría hablar contigo tranquilamente.

—Claro, cuenta con ello.

a

ı

cambies y cojas lo que necesites, y al rato paso a recogerte. Me gustaría hablar contigo tranquilamente.

—Claro, cuenta con ello.

Capítulo 10



Eric no tardó en recogerme después de dejar a la niña. Durante el rato que estuve en mi departamento, aproveché para ducharme y cambiarme de ropa, vistiéndome cómoda que era a lo que invitaba la isla.

Nos dirigimos hacia la villa donde nos acomodamos en el porche, momento que aprovechó para descorchar una botella de vino y advertirme de que nos iban a traer la mayor mariscada del mundo. Íbamos a celebrar que ella había firmado el acuerdo de divorcio que, entre otras cosas, había una fuerte cláusula de confidencialidad para que ninguno de los dos pudiera hablar de lo que pasó en su matrimonio, ni siquiera hablar el uno del otro.

—Por una vida de amor a Alessandra —me dijo para brindar con nuestras copas.

—Sí, por ella. —Chocamos las copas.

—Es increíble lo que puede cambiar la vida al tener un hijo. Sin ella, yo no hubiera conocido el amor más puro ni una clase de sentimientos que nada ni nadie te puede mover como lo hace un ser tan pequeñito.

—Qué bonito que digas eso.

—Estos dos últimos años aprendí dos lecciones de vida: uno, que no hay amor más grande que el de un hijo y otro, que no quiero volver a tener una pareja más. —Se reía negando—. Qué desastroso puede llegar a ser el amor y la de cosas que aprendes, sobre todo la maldad humana que puede llegar a tener una persona, aunque entiendo que todas no son así, pero el amor nos lleva a todos a comportarnos diferente.

—Estás muy tocado.

—Me dejó tocado de por vida —negaba riendo, pero se le notaba la rabia que sentía por los años vividos.

—Lo que necesites, aquí me tienes.

—Hablando de aquí… —Se le escapó una risilla mientras tenía su mirada perdida en el vaso—. Te traje hoy y ahora, para que te familiarices con este lugar. Quiero que sea tu nueva casa de aquí en adelante, en la que puedas estar con tu hija, ya que es su lugar favorito y además aquí estarás mucho más cómoda. Tómala como tuya.

—Pero vas a perder mucho dinero al no ponerla disponible para los huéspedes —murmuré asombrada por el gesto que estaba teniendo conmigo.

—¿Crees que lo voy a notar? —Me acarició la mejilla—. Llevo mucho tiempo desde que me enteré, sufriendo por ti y por todo, solo puedo hacer que tengas una vida mejor y compensarte por lo vivido. Por cierto, el carro que hay aparcado nuevo también es tuyo, para que te muevas libremente.

—Pero en la isla van a pensar…

—Me da igual lo que piensen, ya no me ata nada a nadie y no tengo que dar explicaciones en mi vida. Ahora solo tengo que luchar por mi hija, que ella te tenga como su confidente y que cuando llegue el momento sepa la verdad. Ahora no lo es, no le podemos contar, por mucho que ella no empatice con la que creía que era su madre, que la abandonó por completo y que tú, de repente, lo eres.

—Eso lo entiendo y no lo pretendía.

—Lo sé, pero deseo que creéis ese vínculo y que disfrutéis de los momentos que os habéis perdido. Por cierto, ya no trabajarás más en el restaurante.

—No, por favor, necesito el trabajo, quiero ganarme mi dinero.

—Sí, pero lo harás en otro departamento. Trabajarás con el ordenador que hay en el salón y que es nuevo, pero tiene todo instalado. Quiero que trabajes en control de calidad de la isla.

—¿Qué es eso?

—Es el departamento que investiga las valoraciones que dejan los huéspedes con respeto al hotel y las instalaciones de la isla, para descubrir posibles problemas que se puedan estar dando puntualmente y que se puedan cambiar para mejorar ese aspecto. Hay dos personas trabajando en ello, pero hace falta alguna más y debe ser alguien de confianza al que no sobornen para que pase por alto alguna advertencia.

—Gracias por confiar en mí.

—En el ordenador tienes un tutorial de cómo hacerlo y puedes ir cada día a recoger más valoraciones y luego entregarlas revisadas. O recoger muchas e ir a entregarlas cada tres días, te puedes organizar como quieras y, como verás, el proceso está muy bien explicado, solo tienes que leerlo tranquila dos veces y sabrás cómo hacerlo.

—A ver qué le digo yo a Maddie. —Sonreí negando, pensando que no solo tenía que decirle lo del nuevo trabajo, sino mi cambio de alojamiento.

—Pues que te he ofrecido cuidar a mi hija además de hacerlo para otro departamento, y que para que la pequeña esté más distraía, te he ofrecido que te instales aquí para que ella disfrute de este rincón que tanto le gusta. Puede venir a verte cuando quiera, siéntela como tu casa. Te voy a preparar un contrato indefinido con cláusulas que te beneficien para que te sientas protegida en todo momento.

—No quiero cláusulas, me haces el indefinido sin más, confío en ti y estás haciendo demasiado por mí.

—Quiero curar tus heridas, o, al menos, ayudar a sanarlas un poco.

—Lo estás haciendo, Eric, jamás imaginé lo que me está pasando —confesé derramando alguna lagrimilla.

—No llores, que yo estoy roto en mil pedazos y lloro también. —Acarició mi mejilla.

—Te mereces todo lo bonito que la vida te brinde, se ve que eres un hombre de los que ya no existen, pero para suerte mía, aún quedan y, además, eres el padre de mi hija.

Se notaba que se había quedado muy tocado con su matrimonio, que no quería saber nada de una mujer en concepto pareja en su vida y me daba pena, porque él no se merecía eso, se merecía que lo quisieran mucho y bonito.

Nos trajeron una mariscada que tenía una pinta de locura, para chuparse los dedos. No le faltaba detalle y venía preparada de tal manera, que daba pena desmontar toda esa obra de arte.

Todo esto me hacía sentir como si estuviera soñando. ¿Cómo era posible que todo fuese tan bonito y fácil? Eric se notaba que era un tipo muy educado y correcto, que todo lo hacía por su hija y porque sentía una gran empatía por las personas que en algún momento fuimos vulnerables ante alguna atrocidad. Había conocido en ese hombre el sentido de la palabra ángel. Y mira que en cierto modo lo odié por tener de esa manera algo que por derecho humano me pertenecía.

Nos despedimos en la puerta y salí con mi nuevo carro. Lo dejé aparcado debajo de mi puerta para al día siguiente trasladar mis cosas de lugar.

Me senté en el filo de la cama llorando como una niña pequeña sintiéndome la más feliz del mundo por ese regalo que me estaba dando la vida.

—Pues que te he ofrecido cuidar a mi hija además de hacerlo para otro departamento, y que para que la pequeña esté más distraía, te he ofrecido que te instales aquí para que ella disfrute de este rincón que tanto le gusta. Puede venir a verte cuando quiera, siéntela como tu casa. Te voy a preparar un contrato indefinido con cláusulas que te beneficien para que te sientas protegida en todo momento.

—No quiero cláusulas, me haces el indefinido sin más, confío en ti y estás haciendo demasiado por mí.

—Quiero curar tus heridas, o, al menos, ayudar a sanarlas un poco.

—Lo estás haciendo, Eric, jamás imaginé lo que me está pasando —confesé derramando alguna lagrimilla.

—No llores, que yo estoy roto en mil pedazos y lloro también. —Acarició mi mejilla.

—Te mereces todo lo bonito que la vida te brinde, se ve que eres un hombre de los que ya no existen, pero para suerte mía, aún quedan y, además, eres el padre de mi hija.

Se notaba que se había quedado muy tocado con su matrimonio, que no quería saber nada de una mujer en concepto pareja en su vida y me daba pena, porque él no se merecía eso, se merecía que lo quisieran mucho y bonito.

Nos trajeron una mariscada que tenía una pinta de locura, para chuparse los dedos. No le faltaba detalle y venía preparada de tal manera, que daba pena desmontar toda esa obra de arte.

Todo esto me hacía sentir como si estuviera soñando. ¿Cómo era posible que todo fuese tan bonito y fácil? Eric se notaba que era un tipo muy educado y correcto, que todo lo hacía por su hija y porque sentía una gran empatía por las personas que en algún momento fuimos vulnerables ante alguna atrocidad. Había conocido en ese hombre el sentido de la palabra ángel. Y mira que en cierto modo lo odié por tener de esa manera algo que por derecho humano me pertenecía.

Nos despedimos en la puerta y salí con mi nuevo carro. Lo dejé aparcado debajo de mi puerta para al día siguiente trasladar mis cosas de lugar.

Me senté en el filo de la cama llorando como una niña pequeña sintiéndome la más feliz del mundo por ese regalo que me estaba dando la vida.

Capítulo 11



Escuché llamar a la puerta a Maddie y sabía que venía dispuesta a hacerme un interrogatorio de esos que solo puede hacer el FBI.

—¿Has tenido otra reunión por problemas de visado? ¿Por eso te fuiste con él de nuevo ayer? —dijo entrando y parándose en seco para cruzarse de brazos— ¿Y esas maletas?

—Me voy a vivir mi vida junto a él…

—¿¡Cómo!? ¡Sí está casado! ¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Dime que no es en serio! ¡Marta!

—Espera, baja el genio, que es broma, resulta que me ha estado analizando y me vio mucho *feeling* con la niña.

—Para eso no hay que ser muy observador.

—Pues eso, la niña tiene un lugar favorito que es una villa en el ala oeste.

—Sí las conozco, no estuve dentro pero sí por allí.

—Me ha pedido que deje mi puesto en el restaurante y comience a trabajar desde la villa en el control de calidad y cuidando allí a la pequeña algunas horas al día.

—Vas a ir a la villa cada día. ¡Qué pasada!

—No, me voy a instalar allí. Dejo ahora el departamento para instalarme allí ya.

—¿Te vas de mi lado?

—Puedes ir cada vez que quieras, no tienes problema por eso, podemos pasar muchas mañanas y tardes de piscina y con la playita para nosotras solas.

—Te envidio, de verdad que sí, lo tuyo ha sido llegar y besar el santo, pero me da a mí que ese hombre se ha

encaprichado contigo.

—No, de verdad, no van los tiros por ahí.

—Hoy porque tengo que hacer unas cosas por la isla, pero mañana me tienes allí visitándote.

—¡Vecina, mi café! —gritó Carlos Manuel y nos echamos a reír.

—Ve, anda, voy a prepararlos —le dije girándome hacia la cafetera.

Escuché cómo le contaba Maddie a Carlos Manuel que me iba para la parte pija y que me habían ascendido. Él se notaba que se puso muy contento y cuando le llevé el café comenzó a decirme que era «**La patrona de la isla**», lo que me hizo reír fue poco. Les prometí que no los perdería de vista y que las puertas de la villa las tenían abiertas para que me fueran a ver cada vez que lo desearan.

Maddie y Carlos Manuel me acompañaron al carrito a llevar mis maletas y las cosas que tenía de comida en el frigo. No era una despedida porque nos íbamos a ver a menudo, ya que ellos podían ir por la villa o yo por el restaurante, si algo me había dejado claro Eric es que me podía mover libremente por cualquier lado como si de un huésped me tratase.

Entré en la villa y lo primero que hice fue descargar todo e irme a la cocina a dejar las cosas. En la nevera aún quedaban alimentos que me dijo que usara para que no se estropeasen, así como todo lo que había en la despensa. Lo que más me gustaron fueron la cafetera de Nespresso y un bote que había lleno de cápsulas. Me sentía tan bien en este lugar, que era como empezar unas vacaciones permanentes.

Dejé mi ropa colocada en un armario empotrado que era gigante y por fin, podía poner todo lo que era de baño en su sitio, ya que este tenía una encimera con doble lavabo y un mueble empotrado abierto con estanterías que cogía toda una esquina. Simplemente era perfecto.

Me preparé un café y salí al porche donde ya tenía el portátil preparado sobre la mesa, había una carpeta que contenía todas las explicaciones de las funciones que tenía que realizar con las valoraciones y comentarios que no dejaban los huéspedes al marchar sobre el alojamiento y los demás servicios que se prestaban en la isla.

Abrí la pantalla y cliqueé sobre la carpeta que se abrió rápidamente, y sobre la que puse especial atención a cada palabra que había escrita en ella.

Llevaba media hora, sin descanso, enganchada a todas las pautas que me estaban generando un gran entusiasmo por este puesto, ya que me atraía y me estaba sorprendiendo muchísimo, lo consideraba un trabajo de lo más ameno. Me preparé otro café y continué leyendo detenidamente para asimilarlo todo. No había frase que no releyera varias veces.

Escuché el timbre de la villa y me levanté a preguntar por el interfono. Era Eric. Le di a abrir a la puerta automática y entró con el carrito trayendo a la niña junto a él.

Alessandra corrió a mis brazos gritando la palabra amiga, para mí eso ya era mucho y la cogí para abrazarla.

—Papá me ha dicho que va a pedir unos menús completos de hamburguesas y patatas fritas para que nos los traigan para almorzar —dijo de lo más emocionada.

—Me encantan esos menús. —Puse cara de emoción.

—Vas a probar la mejor hamburguesa de la isla —dijo Eric acercándose hasta mí y enseñándome que traía un cubo con cervezas frescas que metió en el frigo dejando dos fuera para tomar ahora.

La pequeña se fue directa a la parte de la piscina que era para niños y que no le cubría más que por las caderas. Nosotros nos sentamos en el porche observándola y ella nos miraba sonriente.

—¿Te bañas conmigo, Marta?

—Claro, en cuanto me tome la cerveza.

—Puedes llevarla y ponerla en el filo.

—Gracias. —Sonreí y me quité la camiseta para quedarme en bikini y meterme junto a ella sentándome en un poyete que había.

—Amiga, sabes, le he dicho a mi papi que si me deja dormir algún día aquí contigo y me ha dicho que sí.

—Puedes quedarte cuando lo desees, cariño, siempre que a tu papá le parezca bien y de la aprobación.

—Yo me quiero quedar hoy. He traído ropita en la mochila para cambiarme y tengo un pijama. Mi papá me dijo que lo hablara contigo.

—Yo encantada. —Le di un beso en la mejilla y la abracé mientras ella sonreía feliz.

—¿Ya te ha convencido para dormir? —preguntó Eric en voz alta desde el porche.

—Ya me tiene en el bote, estoy feliz de que se quede conmigo —le respondí ante una pequeña que se la vía de lo más sonriente.

Eric se vino hacia la piscina poniéndose en la parte de adultos a la que terminamos cambiando las dos. Alessandra nadaba como pez en el agua, pero si no había a su lado un adulto, ella se metía solo en la pequeña.

—Papá, Marta me deja quedarme con ella —repitió para que no se le olvidara.

—¿De verdad? ¿Y a mí también me deja? —preguntó con voz infantil causándonos una carcajada.

—Marta, ¿tu dejas a mi papi quedarse?

—Claro. —Reí.

—Hoy os voy a dejar que hagáis una fiesta de pijamas de chicas, pero la próxima no os libráis de mí.

—Vale, papi —decía ella tan feliz y a mí se me caía la baba, pero también con el padre, por los gestos tan bonitos que estaba teniendo conmigo. Quién me lo iba a decir…

Era la una de la tarde cuando nos trajeron los menús recién hechos y de lo más bonito presentado. Las hamburguesas tenían una pinta espectacular y se notaba que estaban hechas con carne de primera calidad, por no hablar de las patatas que venían de lo más frititas y crujientes. Estaba deliciosa, tenía que darle la razón en que era la más rica de la isla, pero no solo eso, sino la más rica de todas las que había comido en mi vida.

Alessandra estaba disfrutando con su minihamburguesa y patatas. El kétchup y la mayonesa se le escurrían entre los dedos, pero a ella no le importaba en lo más mínimo.

Al padre se le caía la baba al suelo mirándola, ojalá, mi padre me hubiera mirado a mí una décima parte de como Eric miraba a nuestra hija.

Tras comer, la pequeña se metió hacia dentro y se tiró en el sofá a ver dibujitos hasta que se quedó dormida. Preparé dos cafés.

—Gracias por permitir que se quede conmigo.

—No me las vuelvas a dar, eres su madre, aunque para ser sincero, pareces más la hermana que la madre. —Me hizo un guiño que me causó una carcajada flojita.

—Yo con ser algo en su vida, ya soy feliz.

Eric tenía cuarenta años con lo que me sacaba unos catorce, de ahí a que me viera de esa manera. Pero él parecía mucho más joven y estaba muy cuidado.

Estuvimos un rato charlando y se marchó después de darle un beso a la pequeña. Quedó en que por la mañana pasaría a recogerla.

Me daba pena por un lado que se fuera, para qué voy a mentir, me sentía muy a gusto a su lado; pero por otro, me sentía muy feliz de poder estar a solas con ella y cuidarla. La amaba con todo mi corazón.

Cuando se despertó, preparé la merienda que tomamos en el porche mientras ella me contaba cosas de su día a día en la isla, pero también muchas otras refiriéndose a su madre y no con buenos momentos precisamente, sino a modo de reproche cuando no le dejaba hacer algo o que todo le molestaba. Se notaba que la niña tenía muy marcado eso.

La abracé muchas veces y ella me daba besitos con una sonrisa y un amor que marcaban esos momentos para que se quedaran para siempre en mi corazón.

Por la noche preparé una sopita con el pollo que tenía y un montón de verdura. Le gustó muchísimo y me dijo que quería comerla más días.

Estuvimos en el sofá viendo un par de pelis y luego nos acostamos juntas. Ella me echó su manita por la barriga y yo la abracé. En mí estaba viendo esa madre que le faltó en su día a día en lo que afectividad se refería, se notaba mucho. Mi niña, esta que se merecía todo el amor del mundo.

Me daba pena por un lado que se fuera, para qué voy a mentir, me sentía muy a gusto a su lado; pero por otro, me sentía muy feliz de poder estar a solas con ella y cuidarla. La amaba con todo mi corazón.

Cuando se despertó, preparé la merienda que tomamos en el porche mientras ella me contaba cosas de su día a día en la isla, pero también muchas otras refiriéndose a su madre y no con buenos momentos precisamente, sino a modo de reproche cuando no le dejaba hacer algo o que todo le molestaba. Se notaba que la niña tenía muy marcado eso.

La abracé muchas veces y ella me daba besitos con una sonrisa y un amor que marcaban esos momentos para que se quedaran para siempre en mi corazón.

Por la noche preparé una sopita con el pollo que tenía y un montón de verdura. Le gustó muchísimo y me dijo que quería comerla más días.

Estuvimos en el sofá viendo un par de pelis y luego nos acostamos juntas. Ella me echó su manita por la barriga y yo la abracé. En mí estaba viendo esa madre que le faltó en su día a día en lo que afectividad se refería, se notaba mucho. Mi niña, esta que se merecía todo el amor del mundo.

Capítulo 12



—Buenos días, princesa —murmuré cuando la vi con los ojitos abiertos y me pegué a ella para abrazarla.

—Buenos días, amiga. —Sonrió mirándome feliz.

—¿Desayunamos?

—Yo cada mañana tomo leche con cacao y unas galletitas.

—Te lo preparo en un momentito. Tu padre ha dejado de todo, pensaría que iba a invitar a toda la isla a una fiesta —dije provocándole risas.

Se levantó corriendo y me siguió a la cocina, sentándose en la mesa que daba al salón. No paró de hablar en ningún momento mientras yo me movía haciéndole el desayuno. Me encantó ver la vitalidad y la felicidad que transmitía desde bien temprano.

—¿Sabes? Hoy voy a pasar el día con la abuelita en la playa. Ella quiere dar paseos, pero yo quiero estar mucho tiempo en el agua. —Sonrió traviesa.

—Es un plan perfecto. —Le hice un guiño. En la ilusión que dejaba ver se notaba que la quería mucho.

Me dirigí a abrir la cancela al ver desde la distancia llegar a Eric y me apresuré a prepararle un café, al igual que me hice otro para mí.

—Estoy deslumbrado —dijo cuando apareció, uniéndose a nosotras.

—¿Por qué? —Quiso saber rápido la pequeña, intrigada.

—Porque veo muchas mujeres guapas en esta villa. —Rio él caminando hacia ella.

Alessandra se bajó corriendo de la silla, al igual que hizo yendo directa hacia su padre. Se lanzó a sus brazos y Eric la cogió al vuelo, dando varias vueltas con ella, llenándole la cara de besos y haciéndola reír. Yo miré la

escena emocionada y con un nudo en la garganta, queriendo formar parte de ella. Desvié la atención de ellos cuando Eric la dirigió a mí, sonriendo.

—Papá, ya tenemos el desayuno en la mesa. Para mí hay galletitas de las que me gustan. —Las señaló.

—Qué bien te cuidan, hija —dijo dándole un último beso, antes de bajarla al suelo.

La pequeña volvió a ocupar la silla y Eric se acercó a mí. Se inclinó y me dio un beso en la mejilla, sin perder la sonrisa en ningún instante. Se sentó con nosotras, agradeciéndome el café que le había preparado, a lo que le quité importancia verbalizándolo y con un gesto de la mano.

De vez en cuando notaba algo diferente en él, no sabía si raro, pero diferente, al fin y al cabo. Si mi percepción no estaba fallando, distinguí un poco de nerviosismo, lo que lo llevaba a aislarse por unos segundos, quedándose pensativo. Como si se fuera muy lejos de donde estaba.

—¿Me está esperando la abuela? —preguntó inquieta la pequeña, con ganas de irse ya.

—Sí, hija. —Le sonrió—. Ya sabes que es la reina en ser la primera en despertarse. Ha puesto las toallas en las hamacas y hasta ha dejado preparada la crema para las tortitas americanas que quiere hacer contigo después.

—¡Qué rico! Les voy a echar mucho chocolate y le voy a decir a la abuela que apartemos un poco de crema para traerle a mi amiga —se refirió a mí y no pude más que esbozar una gran sonrisa—. Porque si no lo hacemos, nos la comeremos toda. —Rio con ganas.

—Por supuesto y con respecto a comer mucho… Hazlo con calma, a ver si te va a doler la barriga —le advirtió con cariño.

—¿Cuándo voy a venir de nuevo, papi? Me lo he pasado muy bien.

—Si quieres venimos antes de que termine el día. Bueno si a Marta le parece bien y le apetece, claro.

—Hombre, por favor, me encantaría. Siempre me hace feliz que vengáis —intervine rápido, con ganas de que sucediera y de que llegara el momento.

—Pues esta noche traemos la crema. —Aplaudió emocionada—. ¿Y podremos quedarnos a cenar?

—Si queréis hago *pizzas*. Me salen riquísimas.

—Sí, papi, dile que sí.

—Claro. —Sonrió él—. Pero tampoco tienes que complicarte mucho.

—No es nada. —Le devolví el gesto—. Haré un repaso de los ingredientes y más tarde iré a comprar lo que me falte. —Le hice un guiño a la pequeña.

Bien merecía la pena cualquier esfuerzo por la amplia sonrisa que me dedicó, por los planes que acabábamos de hacer. Aunque no lo era, para nada. Me refiero a que no era ningún esfuerzo porque ojalá pudiera repetirlo habitualmente, me dije.

Estuvieron conmigo mientras Alessandra se terminaba el desayuno, luego se marcharon quedando en venir a las siete de la tarde. Justo cuando se estaban marchando llegó Maddie. Se saludaron y ella se quedó conmigo.

—¿Han desayunado contigo? —Se interesó poniéndose a mi lado.

—Sí, la pequeña se quedó a dormir anoche. Es lo que tiene ser la canguro. —Sonreí—. Pero yo feliz, es un encanto y me tiene enamorada por completo.

—No sé, pero me da la sensación de que hay algo que no me estás contando y que es importante. ¿Puede ser? —dijo muy pizpireta mientras se acercaba a la cafetera.

—¿Qué dices? ¿Piensas que me estoy tirando a Eric? ¿De verdad piensas que puede haber algo entre nosotros? Con los bombones de mujeres que hay en isla como para que se fije en mí —negué—. Y no, ninguno de los dos estamos en ese punto, ni siquiera hemos tenido un ápice de intento de entrever algo —dije seriamente para que se lo sacara de la cabeza si lo pensaba—. Tenemos una relación cordial, eso es todo.

—¿Por qué te has ido directamente a esa opción? ¿Y qué tiene que ver cuántos bombones hay? —Levantó una ceja con los brazos cruzados—. No te pongas a la defensiva. —Rio—. Vale, es cierto, ese es mi pensamiento. La verdad es que te creo, pero hay algo que me dice que todo esto contigo es por algo. No sé, de repente Eric pone en manos de alguien extraña a su hija, incluyendo una villa y un ascenso… Quieras o no suena a raro. —Se encogió de hombros dándome la espalda para preparar café para las dos—. Y ni se te ocurra excluirte de esos bombones de los que hablas porque no tienes nada que envidiarles.

—No envidio nada, solo faltaría. —Bufé—. Tiene que ser empatía. Sí, creo que es eso. Pero de verdad, él no tiene ni el más mínimo interés en mí. ¡Ya quisiera yo! —Intenté sonar despreocupada, dándole un toque de humor para salir del apuro que me creaba la conversación.

—Pues has tenido mucha suerte, una increíble —dijo concentrada en lo que hacía—. Vamos. —Caminó hacia mí cuando terminó los cafés, dándome el mío.

Cuando tuvo una mano libre me dio una palmada en el trasero, divertida, y salimos al porche a tomárnoslos. Nos sentamos a la mesa.

—Ahora en un ratito tengo que ir a recoger las encuestas y liarme con ellas. Ya sé cómo va todo y la verdad es que me gusta —dije moviendo la cucharilla.

—¿Eric te gusta? —preguntó desviando el tema, regresando a lo anterior.

—¿Otra vez? —solté un suspiro— A ver, lo que voy a decir es algo evidente porque tú también lo sabes. Solo hace falta tener ojos en la cara para darse cuenta de que es un hombre de lo más sensual y guapo. Es muy atractivo y sí, puede que me sienta atraída por él, pero es que es lo más normal. Hombres así no se ven todos los días, y el conocerlo, aunque no sea del todo, favorece. —Me sinceré—. Pero él no me mira con esos ojos que piensas, Maddie.

—Pero ¿te liarías con él? —insistió.

—Maddie por Dios, para hacer eso tendría que fijarse él en mí y no lo veo en esa línea.

—Creo que, o hablo o reviento.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada cuando la vi cambiar la expresión de la cara. La mueca que hizo me puso en alerta.

—Confío en ti, a pesar de que te conozco desde hace muy poco.

—Sabes que puedes hacerlo.

—Eric si se entera me mata —soltó un suspiro—. Me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, jamás.

—¿Qué te contó Eric? —hablé en tono bajo.

—No es contar, es que llevamos un mes liados. —Fue escuchar sus palabras y me puse en tensión, sintiendo un remolino interior que me costó gestionar delante de ella. Tuve la suerte de que no notó nada porque en ese instante tenía la vista enfocada hacia la playa—. Por eso mi insistencia para saber si os habéis liado.

—No te he mentido, puedes quedarte tranquila —aseguré sintiendo una presión en el pecho.

—Se está divorciando de su mujer y ella se va a llevar a la niña —continuó—. Cuando eso suceda y todo se cierre me iré a vivir a su casa.

Si pensaba que lo anterior me había afectado y que me había desmoronado al saber que estaban juntos… Esas emociones no tuvieron ni punto de comparación con lo que sentí al escuchar que iban a alejar a mi pequeña de mí otra vez. Noté que perdía las fuerzas y me mareaba. La tensión se me bajó y temblorosa cogí la taza y le di un sorbo al café, necesitando recomponerme. No lo conseguí, no pude controlar ni evitar el *shock* y el bloqueó que

me paralizaron.

—¡Marta! —Escuché gritar a Maddie, mientras notaba que me zarandeaba.

Los párpados me pesaban e hice esfuerzos por abrir los ojos, enfocándolos en ella en cuanto lo conseguí.

—¿Qué pasa? —susurré y fue en ese instante en el que me di cuenta de que estaba en el suelo, tumbada.

—Te has mareado y te has desplomado cayéndote de la silla. ¡Qué susto me has dado! —habló de carrerilla, preocupada y agobiada— ¿Te ves con fuerzas para moverte? —asentí despacio.

Me ayudó a levantarme y me llevó al interior, hasta el sofá. Antes de ir a la cocina para traerme un vaso de agua, me dejó sentada en él, sin fuerzas.

—No sé qué me ha pasado. He notado que perdía las fuerzas, será que el café se me ha cortado, hace mucho calor

—No vuelvas a darme un susto así. —Me abrazó.

—Tranquila, cariño. Ya voy mejorando —susurré—. Perdón, lo último que recuerdo es que me estabas contando que Eric se está divorciando y que su exmujer se llevará a la niña. —Necesité que retomara el tema, con urgencia.

—¿Quieres hablar de eso ahora? —asentí— Es correcto, se la llevará a Miami. Hasta que no suceda seguiremos como hasta ahora, manteniéndolo en secreto para que no le perjudique en el divorcio.

—No lo entiendo, ¿cómo puede ser que lo acepte sin más? ¿Tan tranquilo como se muestra? Se le ve muy unido a su hija, y ella a él. No me entra en la cabeza que pueda permitirlo.

—No digo que no le dé pena, pero no quiere tener una guerra con esa mujer. Anoche estuve con él y me aseguró que cada vez queda menos. —Interiormente maldecí porque Eric había aprovechado que yo me quedé con la pequeña para estar con ella—. Para tener más tiempo para nosotros te contrató de cuidadora, metiéndote aquí, en la villa. Me lo contó mientras cenábamos.

—Y sabiendo el motivo de mi presencia junto a él y la niña, aun así, me has preguntado… —susurré.

—No tenía ni idea de cómo empezar. Me ha salido así, lo siento.

Asentí conforme, fingiendo como si no pasara nada, cuando la realidad era que mi mundo acababa de desmoronarse, en todos los sentidos. Nos quedamos en silencio y bebí sorbos pequeños de agua, mientras mi cabeza iba por libre… ¿Qué cojones estaba haciendo Eric? ¿Me estaba engañando? ¿Se estaba aprovechando de mí? ¿Había sido toda una estrategia el traerme hasta aquí para mantenerme callada de algún modo? ¡Me quería morir!

Pero no, no lo iba a hacer, en absoluto. Había llegado muy lejos y quería descubrir la verdad. No iba a permitir que se jugara con mi hija siendo una moneda de cambio. ¡Maldito desgraciado!

Maddie se marchó un rato después, más tranquila porque me recompuse. Al menos eso quise que viera, porque cuando me quedé sola me estiré en el sofá y lloré. Me desahogué llorando desconsolada, como una niña indefensa a la que le han hecho el mayor daño de su vida. Solo de imaginar el dolor tan grande que iba a sufrir mi pequeña, sin poder oponerme para poner de mi parte alguna resistencia para que no sucediera…

Maddie estaba liada con él. Me parecía tan increíble… Eric me había vendido la moto bien vendida, diciéndome que no quería más mujeres en su vida, solo a su hija. Menudo elemento se escondía detrás de su fachada…

Me tomé todo el tiempo que necesité para tranquilizarme y recomponerme. Una vez conseguido salí de la casa para comprar los ingredientes que me faltaban para hacer las *pizzas* esa noche. Cuando pensaba que me había quedado sin lágrimas, mientras conducía con las gafas de sol, me asaltaron otra vez, provocando que se me nublara la vista. No pude contenerlas, ni hice nada para hacerlo. Volví a llorar y opté por desviarme, tomando otro camino para perderme por la isla un rato, hasta que me estabilizara.

Me dolía la cabeza por ello, y porque no dejaba de pensar en una salida válida al problema tan grande que me había encontrado sin verlo venir. ¿Cómo podía sacar a mi hija de la isla? ¿Y del país? Estaba atada de pies y manos. ¿Y cómo podría afrontar ver cómo se la llevaban y la alejaban de mí, separándome para siempre de ella? ¿Cómo mierda Eric podía ser tan cruel y mala persona como padre?

Tenía que pensar en frío, necesitaba enfocarme en lo único importante lo más serena posible. Y luchar, sobre todo luchar. Pero donde estaba, en la puñetera isla, ir contra Eric suponía cavarme mi propia tumba.

—Tengo que hacer lo posible por grabar algo de él… —susurré parada frente a la playa, con la vista desenfocada.

Era la única opción que veía viable. Si conseguía tener una grabación de él que me diera las pruebas que necesitaba, saldría cagando leches de la isla. Mi objetivo era hacerlo para llegar a España con el dinero suficiente para ponerle una demanda, para que me reconociera como la madre de Alessandra con todos los derechos que ello me otorgaba. La grabación me ayudaría en el proceso, me autoconvencí de ello.

Lo más importante en el momento en el que estaba, para llevarlo a cabo todo, era conseguir dinero. Necesitaba reunirlo en el menor tiempo posible, el máximo que pudiera así tuviera que vender mi alma al diablo y hacer cosas que no entraban en mis planes, todo con un propósito claro en el que no podía fallar.

Con la prueba de la grabación sí podía ganarle la batalla a Eric, o, al menos, iniciar un proceso en el que se le obligara para hacerle a la pequeña una prueba de ADN que corroborase mi historia. Por ella iba a luchar contra viento y marea…

Capítulo 13



Cuando estuve de regreso en la casa comencé a colocar toda la compra, y a preparar la masa para dejarla lista para la noche. No había podido apartar todos los sentimientos y sensaciones que me atormentaban, mi estado de ánimo era pésimo. Solo hacía que jurarme a mí misma que así tuviera que ir hasta las últimas consecuencias, incluso prostituyéndome, pero iba a conseguir el dinero que me faltaba para llevar a cabo mi plan. Se me pasaban tantas cosas por la mente… Y nada ni nadie me iba a frenar. Lo tenía todo perdido de antemano, así que me la pensaba jugar al todo o nada.

Y si solo hubiera sido ese tema el que me había dolido… Le sumaba también lo de Maddie, su relación sorpresa. No me esperaba para nada saber que estaba liada con Eric. A decir verdad, no me extrañaba, era preciosa y él era un bombón de hombre. Eso sí, llegados a este punto, relleno de mierda.

No almorcé ya que no me apetecía y, después de dejar todo listo para última hora del día, tomé la decisión de tumbarme en el sofá. Necesitaba poner la mente en blanco para mirarlo todo con la mayor frialdad posible. La noche estaba demasiado cerca y el que Eric y Alessandra vinieran también. No estaba para nada más, ni siquiera para lo de los cuestionarios, aunque sabía que tenía que hacerlos. Ya me pondría con ellos en otro momento.

Me dolía en el alma que Eric estuviera contándonos cosas diferentes a Maddie y a mí, actuando con cada una de una forma totalmente opuesta… Me había cambiado la visión de él, por completo. Se había convertido en un ogro como también lo era su mujer, o más bien exmujer. Ya no sabía ni lo que eran actualmente, lo que sí sabía es que ambos eran iguales, tal para cual. Lo peor de todo es que mi hija estaba en medio de los dos y me desgarraba interiormente la forma tan despiadada con la que la iban a tratar.

Las horas pasaron pesadas y lentas, hasta que el reloj marcó las siete de la tarde y el timbre exterior sonó. Me levanté sin ánimos, pero enseguida aparté todo de mi cabeza para disfrutar con Alessandra como nos merecíamos las dos. Abrí las puertas y la pequeña en cuanto me vio vino corriendo hasta mí, lanzándose a mis brazos.

—Amiga, mi papi me deja quedarme otra vez a dormir contigo —dijo feliz.

—No sabes la ilusión que me hace. ¡Qué suerte tenemos! —La abracé con fuerza mientras miraba a Eric sonriendo, mostrándome agradecida.

Fingí hacia él, mostrándome como siempre, a pesar de las ganas que tenía de abrirle la cabeza, directamente. No,

no iba a estropear nada que implicara compartir tiempo con mi hija, ella era lo único importante para mí. Lo primordial y el motor que me hacía seguir adelante.

—¿Vamos a cenar las *pizzas*?

—Por supuesto, princesa —aseguré—. Lo tengo todo preparado. ¿Cómo ha ido el día de playa? —Me interesé cuando me agarró de una mano.

—Muy bien. Al final casi todo el rato la abuela y yo hemos estado en el agua. —Le salió una risilla pícara.

—Lo daba por hecho. —Reí mirándola con amor.

Mientras Eric se acercaba a la nevera, entre Alessandra y yo cogimos las bebidas y unas patatas chips, ya que aún era temprano para la cena. Fuimos a la parte delantera los tres y la pequeña comió algunas patatas rápido, llenándose la boca, para no perder tiempo porque enseguida se fue hacia la piscina pequeña. Se metió sin pensarlo en el agua y se puso a jugar sola, entreteniéndose. Parecía que nunca tenía suficiente de estar en remojo.

—Ya he terminado de enviar todo lo de mi ex. No queda nada de ella en la casa —habló Eric.

—Bien, poquito a poco todo —dije tragándome los pensamientos, contestando falsamente.

—Bueno, intento ir rápido. Para mí cerrar esa etapa es fundamental, necesito seguir adelante con mi vida y la de Alessandra.

—Te entiendo. No hay amor en el mundo más grande que una hija.

—No lo hay, te lo garantizo —lo aseguró mirando hacia ella, sonriendo y fingiendo todo lo que realmente yo ya sabía. Continuaba haciendo el papel de su vida, lo único diferente es que yo estaba informada de todo sin él ser consciente—. ¿Qué tal tu día? —Se centró en mí.

—Bien. Salí a comprar después de que Maddie se fuera y cuando regresé, me puse a preparar todo el trabajo para mañana. Lo tengo todo organizado y lo haré rápido, he preferido primero hacerlo así y me ha venido bien para entenderlo todo.

—Cuando cojas el ritmo verás que todo irá de corrido —asintió satisfecho—. Te noto diferente a esta mañana, como con menos ánimos. —Me tocó el hombro.

—No, no, solo que hoy tengo las hormonas un poco revueltas y estoy muy sensible. Tengo el periodo y eso me deja por los suelos —medio mentí, porque la realidad es que lo de tenerlo, no era mentira.

—Ya decía yo que te notaba diferente. Quizás no deberíamos haber venido —dijo dudando.

—No —respondí rápido—. Es algo habitual y me hacía mucha ilusión.

—Está bien. —Sonrió—. Pues cuando cenemos nos tomamos los helados que he dejado en el congelador. Seguro que eso te anima un poco.

—Sí, los he visto cuando los guardabas. Tienen muy buena pinta.

—¡Amiga! —gritó la pequeña mientras venía hacia mí.

—¿Qué le pasa a mi princesa? —La abracé cuando se sentó en mis piernas mojándome por completo, pero me encantó que lo hiciera.

—He tenido una idea —dijo animada.

—Miedo me da —habló Eric y a ella se le escapó una risilla de lo más traviesa.

—Papi, que mi idea te va a gustar. Podemos ir un día al resort de los columpios, para pasarlo con mi amiga. Ella no sabe cuál es y le va a gustar mucho, como a mí —aclaró.

—Me gusta —asintió Eric—. Sí, podemos ir un día, pero vosotras también podéis ir cada vez que queráis. Tenéis derecho a todos los accesos. ¡Tenéis mucha suerte! —lo comentó con un tono que a Alessandra le sacaba una preciosa sonrisa.

Disfruté viéndola, su emoción y alegría eran contagiosas, pero a mí todo se me atravesaba en el corazón sabiendo cual era el propósito escondido de Eric, refiriéndome a mi pequeña.

—Marta, podemos ir alguno de los días que me deja mi papi aquí. Allí hay carritos bonitos de helados y de hamburguesas, y una piscina enorme que es la más bonita de toda la isla.

—Ya me muero de ganas. —La miré sonriendo.

—Ahora vengo. —Se levantó de un salto de mis piernas y volvió a correr hacia la piscina.

—Hoy ha saltado en todas las noticias de Florida que ya estoy divorciado, y que me he quedado con la tutela completa de la niña por el bienestar de ella, por la vinculación que tiene a la isla. Mi ex ha cumplido lo pactado, ha hecho llegar la información a la prensa y se terminó el tema, ya no pueden hablar sobre nosotros —comentó Eric, pensativo.

No entendía nada. Si lo que acababa de oír era verdad, porque yo no había encendido la tele en todo el día, y lo había confirmado esa mujer… ¿Cómo es que Maddie me había dicho que él se la iba a dar para no empezar una

guerra? ¡Me estaba volviendo loca!

Aproveché que Eric atendió una llamada y se levantó para caminar alrededor de la piscina, junto a Alessandra, y busqué la información en el móvil. Helada me quedé al ver y comprobar que me había dicho la verdad. La exmujer había vendido una exclusiva en la que hablaba del acuerdo judicial al que habían llegado, incluyendo el tema de Alessandra. Eric se quedaba con ella.

Por segunda vez sentí que perdía las fuerzas, pero no como la vez anterior, lo pude controlar. ¿Por qué le había dicho a Maddie lo contrario? ¿Por qué? ¿Había algo que no sabía y se me escapaba? ¿Eric tendría un as debajo de la manga? Eran tantas las dudas y preguntas... ¿Cómo enterarme de todo? ¿Cómo aclararme para saber cuál era la realidad? No podía preguntarle abiertamente a Eric porque se enteraría de lo que yo sabía y le hizo prometer a Maddie que mantendría el secreto de ellos. La cabeza me daba tantas vueltas que se me iba hacia todo tipo de pensamientos. La incertidumbre de estar en la ignorancia me dolió por el miedo que me provocaba. Un miedo que se intensificó.

No me di cuenta ni de que Eric se había alejado y apartado, hasta que lo vi caminar hacia mí. Di por hecho que había ido al coche porque traía consigo un sobre que no había visto hasta el momento. Lo dejó encima de la mesa, justo delante de mí.

—Es para ti, está certificado. Puedes comprobarlo en la página registral.

—¿Qué es esto? —Fruncí el gesto, desconcertada.

—Todo lo que puedo ofrecerte ahora mismo. Léelo.

La intriga, el miedo, la ansiedad y la curiosidad pudieron conmigo… Me froté la palma de las manos en la ropa, me sudaban porque no tenía ni idea a qué se refería. Temblorosa cogí el sobre y lo abrí.

Era un acta firmada en la notaría de Cancún, fechada de esta misma mañana. En ella dejaba constar que en caso de que a él le sucediera algo grave o falleciera, yo pasaría a ser la tutora legal de la niña y la administradora de la isla porque sería la herencia de su hija. Yo manejaría todo su patrimonio hasta que Alessandra tuviera la mayoría de edad. Más incrédula de lo que estaba me quedé, al leer que una parte de su herencia iba destinada a mí. También detallaba que en caso de que él tuviera que ausentarse por cualquier motivo, ya fuera por viajes, por hospitalización o por enfermedad, yo tendría la capacidad absoluta de decisión sobre la pequeña. En el papel que tenía entre las manos me daba toda la autoridad con respecto a ella, para mirar siempre por su bien.

—Eric… No entiendo nada —susurré con un nudo en la garganta cuando terminé de leerlo todo, por cuarta vez.

—Mientras no podamos hacer que reconozcas a la niña quiero asegurarme de que, ante cualquier situación imprevista o problema, tendrás potestad sin problema sobre ella. No hay nadie más en el mundo en la que confíe tanto como en ti.

—No sé si estoy metiendo la pata de mi vida, pero… —Tragué saliva— Si tanto confías en mí como dices, dime por favor porqué le dijiste a Maddie que le ibas a entregar a la pequeña a su madre, y que la ibas a alejar de ti sin luchar —confesé porque me estaba dando un pálpito de que nada era lo que parecía.

—¿A Maddie? —Se rio con ganas—. Ya decía yo… —negó—. Ahora lo entiendo y me duele hacerlo porque ya sé la respuesta del por qué hoy estás tan desanimada y cabizbaja. ¿Maddie te ha dicho eso? —asentí— ¿A cuento de qué? En todo el tiempo que hace que la conozco, no he hablado con ella más que un par de veces para preguntarle por algo muy concreto. Hasta que apareciste tú, que alguna vez que otra sí que hemos cruzado algunas palabras más.

—Según ella tenéis una relación… —susurré.

—Dime una cosa. —Su rostro cambió por completo, cubriéndose de seriedad—. ¿La has creído?

—Sí —afirmé sin dudarlo, siendo sincera.

—Acabo de darte un acta notarial en la que pongo la vida de mi mayor tesoro en tus manos, en los peores escenarios que se pueden dar para mí. Te he traído a la villa para que estés con ella y que, de algún modo, puedas ir recuperando una parte del tiempo que has perdido. Estoy moviendo muchos hilos para conseguir que, con la renuncia de mi exmujer a Alessandra, pueda sacarla del libro de nacimiento y meterte a ti.

»Jamás en la vida le he sido infiel, ni a ella ni hacia nadie más. Si algo me enseñaron en mi casa es a no perder el respeto y los valores jamás, y a cuidar de las cosas hasta que ya no tienen solución, hasta el final. He pasado po un puñetero infierno este último año y todo por proteger a nuestra hija, como para que alguien, que para mí no es nadie, se atreva a soltar a la ligera que se ha liado conmigo y que tenemos una relación. Conmigo —se señaló el pecho—, que ahora mismo lo único que se me pasa por la cabeza es estar todo el tiempo posible con mi hija, a la que estoy renunciando algunas noches para que la tengas tú.

»No te lo estoy echando en cara, me duele no estar con ella, pero lo entiendo y por esa parte me hace feliz. Un poco contradictorio, pero es así. Y con todo lo que he dicho, vas y dudas a la primera de cambio de mí, Marta… —Apretó la mandíbula—. Mañana vendré a por Alessandra para que pase otra vez el día con su abuela y conmigo por la noche si lo deseas la traeré. —Se levantó de golpe—. Pasadlo bien.

Me había quedado paralizada, sin poder reaccionar. Con la vista nublada vi cómo se dirigía a la pequeña, cómo le daba un beso y un abrazo diciéndole algo. Ella asintió y después de un último beso entre los dos, se fue. Se marchó sin mirarme y me sentí la más cruel del mundo.

Con movimientos lentos porque me temblaba todo el cuerpo, le dije a Alessandra que no tardaba nada. Entré en casa y fui directa hacia el móvil. Lo cogí con rabia y busqué el número de Maddie, marcándolo.

—Hola, bombón —respondió alegre en cuanto descolgó.

—¿De verdad Eric y tú estáis liados, Maddie? —Quise probar, tanteándola, para saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar porque después de lo que acababa de vivir, ya no tenía ninguna duda de cuál era la verdad.

Volví rápido sobre mis pasos para controlar a Alessandra, viéndola desde la distancia en el agua, sin salir de donde había estado hasta hacía poco sentada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás celosa? —habló divertida.

—¿¡Estáis liados!? —grité perdiendo la paciencia que ya no me quedaba.

—Eh, estás muy subidita con tantos privilegios.

—¡¡Qué mierda dices!! ¿¡De verdad Eric te dijo que le iba a dar la niña a su madre!?

—Tranquilízate. Todo lo que te he dicho esta mañana era una broma. Carlos Manuel me dijo que te la hiciera para sacarte si estabas liada con Eric.

—¡Vete a la mierda! Eres una desgraciada, tú y él…

—Marta, perdona…

—No, no te lo voy a perdonar. Ojalá el karma os ponga en vuestro sitio y recibáis lo que os merecéis. —Colgué con asco y más rabia.

Rompí a llorar desconsolada, sintiendo que había perdido algo demasiado importante y que no lo podría recuperar

—Amiga, ¿qué te pasa? —Vino corriendo Alessandra y me abrazó.

—Lo siento, cariño. No es nada, no te preocupes. Es que hoy me siento rara y estoy un poco triste, no sé por qué.

—Mi papá ha ido a cenar con la abuela, para que no lo haga solita.

—Sí, cariño, lo sé —susurré una mentirijilla.

—¡Hay helado! —dijo emocionada— Te pondrás contenta cuando te lo comas, yo lo hago siempre. —Tiró de mi mano y le sonreí con todo el amor que sentía por ella.

—Tienes razón, el helado siempre lo soluciona todo. —Le acaricié la mejilla—. ¿Qué te parece si sales del agua y me ayudas a preparar las *pizzas*?

—Síii… —Corrió hasta una toalla y no tardó en ponerse a mi lado otra vez.

Entre las dos sacamos todos los ingredientes y nos pusimos a trabajar. Mientras lo hacíamos, el nudo que se me había formado en la garganta no desapareció, como tampoco la presión que notaba en el pecho. Cuando tuvimos las dos *pizzas* preparadas las metí en el horno a fuego bajo.

Nos fuimos hacia el baño y la duché mientras se hacían. Gracias a los momentos que compartimos, mi ánimo cambió un poco, pero no lo suficiente como para dejar de torturarme en silencio. El pesar de haber sido la más imbécil del mundo me atormentaba, pero, sobre todo, la más egoísta con Eric. Con todo lo que había hecho por m y yo lo trataba como lo había hecho.

Me parecía increíble que Maddie culpara a Carlos Manuel de no hablarle a su amigo por la broma que le gastó cor el móvil, y sí que aceptara la broma hacia mí, de muy mal gusto y además cruel, que, según ella, él le había pedid que me hiciera. Todo por sacarme si estaba liada con Eric. ¡Panda de cotillas! ¡Eran un par de sinvergüenzas!

No me reconocía ni yo, de verdad. ¿Cómo le había podido hacer eso a Eric? ¿Cómo había desconfiado de esa forma de él? Mi respuesta estaba clara, por Alessandra y por el miedo que se había apoderado de mí. Pero por mucho que lo supiera no podía perdonármelo.

Solo recordar la seriedad en su voz, cómo me había mirado antes de irse para no volverlo a hacer… No podía borrarlo de mi recuerdo.

Entre las dos sacamos todos los ingredientes y nos pusimos a trabajar. Mientras lo hacíamos, el nudo que se me había formado en la garganta no desapareció, como tampoco la presión que notaba en el pecho. Cuando tuvimos las dos *pizzas* preparadas las metí en el horno a fuego bajo.

Nos fuimos hacia el baño y la duché mientras se hacían. Gracias a los momentos que compartimos, mi ánimo cambió un poco, pero no lo suficiente como para dejar de torturarme en silencio. El pesar de haber sido la más imbécil del mundo me atormentaba, pero, sobre todo, la más egoísta con Eric. Con todo lo que había hecho por mí y yo lo trataba como lo había hecho.

Me parecía increíble que Maddie culpara a Carlos Manuel de no hablarle a su amigo por la broma que le gastó con el móvil, y sí que aceptara la broma hacia mí, de muy mal gusto y además cruel, que, según ella, él le había pedido que me hiciera. Todo por sacarme si estaba liada con Eric. ¡Panda de cotillas! ¡Eran un par de sinvergüenzas!

No me reconocía ni yo, de verdad. ¿Cómo le había podido hacer eso a Eric? ¿Cómo había desconfiado de esa forma de él? Mi respuesta estaba clara, por Alessandra y por el miedo que se había apoderado de mí. Pero por mucho que lo supiera no podía perdonármelo.

Solo recordar la seriedad en su voz, cómo me había mirado antes de irse para no volverlo a hacer… No podía borrarlo de mi recuerdo.

Capítulo 14



Observaba a la pequeña que dormía plácidamente a mi lado. Le di un beso en la mejilla y me levanté de la cama l más silenciosa posible para prepararme un café. Había pasado casi toda la noche en vela y lo poco que había dormido había sido peor que quedarme despierta.

Me sentía culpable a más no poder y me dolía mucho, demasiado. Tenía un peso de conciencia que no había experimentado en mi vida.

Me preparé un café y fui al porche a tomármelo, sentada de cara hacia dentro por si veía a Alessandra despertarse. Sonreí sin apartar los ojos de ella. Era tan bonita que me daban ganas de ir a su lado otra vez y apretarla muy fuerte, comiéndomela a besos.

Cuando me había bebido la mitad del café empecé a resoplar. Fue algo que repetí hasta que me lo terminé. Por Eric, por lo que le había hecho y por cómo había debido sentirse por ello, y por lo gilipollas que había sido al confiar en Maddie, creyéndola sin ponerla en duda en ningún momento.

Que sí, en cierta forma, pensándolo en frío, podía llegar a entender que ella lo había hecho para sacarme información sin saber ni ser consciente de la historia que yo tenía a mi espalda, y el mal que podía causarme. Pero daba igual, porque aun entendiendo esa parte, las formas que había utilizado, su insistencia en continuar con las mentiras… Incluso después de mi desmayo.

No, no era algo para hacer una broma. A parte de que, si yo hubiera estado liada con Eric realmente y no se lo hubiera querido confesar, la que se podría haber liado hubiera sido monumental. No quería ver a ninguno de los dos. No tenían cabeza y la decepción que me había llevado con Carlos Manuel había sido tan grande como con Maddie.

Vi cómo Alessandra se incorporaba en la cama, quedándose sentada, y me levanté para ir a darle el primer abrazo del día. Lo recibió devolviéndomelo con fuerza y dedicándome una gran sonrisa cuando nos separamos, a la vez que me pedía el desayuno diciéndome que le sonaba la tripa.

La esperé cuando entró al baño y fuimos a la cocina donde nos pusimos a prepararlo juntas, yo me hice otro café. Salimos al porche para tomárnoslos porque era donde se estaba de lujo, frente al mar.

Un rato después apareció Eric y le ofrecí un café. Lo aceptó educadamente antes de llevarse a Alessandra, a pesar de notarlo serio y frío conmigo. Supe que aceptó por la pequeña, para que no notara nada raro entre nosotros, como también intentó disimular cada vez que ella se dirigía a los dos. Se lo bebió rápido, casi de un trago para no alargar el momento.

Cuando la pequeña le dijo que quería regresar por la noche, contuve la respiración, intranquila y expectante por cuál sería la respuesta de él, temiéndome que pudiera poner alguna excusa para no dejarla conmigo. No fue lo que sucedió, Eric le sonrió con cariño y le confirmó que sí, que la traería al final de la tarde. Sentí un inmenso alivio porque mi actitud del día anterior no hubiera interferido para que él siguiera deseando lo mejor para la pequeña y para mí, porque no solo estaba mirando por su bienestar, sino por el mío también.

—Eric, lo siento mucho —susurré cuando Alessandra se apartó de nosotros distraída, jugando con una muñeca.

—Tranquila. —Fue su corta y escueta respuesta, evitando una conversación.

Llamó la atención de Alessandra para marcharse y la pequeña corrió hacia su padre, agarrándolo de la mano con una sonrisa, después de venir a abrazarme a mí y decirme que a la tarde volvería.

Me senté despacio en la silla, viendo cómo se alejaban con un gran nudo en la garganta y con la impotencia de sentir que había cometido la mayor cagada de mi vida.

Tenía que trabajar, que mínimo que cumplir con mi obligación y dar la cara haciendo lo que me pertenecía. Y pensar que hasta se me pasó por la cabeza vender los cigarrillos de Carlos Manuel, pidiéndole a él que me ayudara a conseguirlos. ¡Para matarme! Por ideas no había sido, con tal de conseguir dinero para luchar por mi hija. Hasta que un ángel en forma de su padre me lo facilitó todo.

Era sobre la una de la tarde cuando recibí un mensaje.

Carlos Manuel: *Marta, lo siento mucho. Maddie me ha dicho lo que ha sucedido y que estás muy enfadada con nosotros.*

Marta: *No, no estoy enfadada con vosotros. Estoy decepcionada y muy arrepentida de haber depositado mi confianza en los dos.*

Carlos Manuel: *¿Puedo ir a verte para hablar?*

Marta: *No, déjalo estar. No sé si en algún momento cambiaré de pensamiento, pero ahora no quiero veros, y, ni mucho menos, me apetece.*

Carlos Manuel: *Me parece muy desorbitada e injusta tu decisión.*

Marta: *Como has dicho es la mía y la dirijo como a mí me da la gana. Como tú decidiste por tu cuenta proponerle y animar a Maddie a llevar la broma hasta las últimas consecuencias. No os parasteis a pensar ni un segundo en mí, por lo tanto, me importa tres pimientos tu opinión. ¿Te ha quedado claro?*

Carlos Manuel: *Las cosas se solucionan hablando.*

Marta: *Eso tendrías que haber hecho hacia mí, hablar como amigos, sin instigarme a confesar algo que estabais deseando saber porque ante todo está el respeto. ¿Y qué te hace pensar que quiero solucionarlo?*

Carlos Manuel: *Te crees la patrona de la isla.*

Marta: *¿Sabes qué te digo? Vete a dónde más te plazca, por no escribir realmente adónde te lanzaría yo. Me importa una mierda el lugar, pero bien lejos de mí. Déjame en paz.*

Salí de la conversación y lo bloqueé directamente, tanto a él como a Maddie. Pasaba de tener conversaciones sin sentido y llenas de tonterías. Demasiado educada había sido respondiendo cuando se merecían otra cosa.

Lo único que me preocupaba era la forma en la que me había cargado la confianza de Eric, demasiado. Necesitaba demostrarle como fuera que me había equivocado, para volver a ganármela. Me sentía tan mal…

Me centré en el trabajo y estuve hasta las seis de la tarde. Solo paré para comerme un sándwich rápido. Adelanté mucho, dejando los informes detallados, claros y precisos. Me gustaba mi nuevo departamento, pero no lo podía disfrutar bien por lo mal que me encontraba.

Cuando lo recogí todo fui hacia el baño para darme una ducha, para estar preparada cuando Eric trajera a Alessandra. Estuve un buen rato debajo del agua, intentando relajarme, pero fue inevitable que pensara, que llorara y que la tristeza se asentara cada vez más en mí. A lo único a lo que me aferré fue que en poco tiempo tendría a mi niña otra vez junto a mí.

Solté un suspiro al terminar de vestirme y salí para abrir la cancela, para que entraran. El timbre acababa de sonar. En cuanto Alessandra se bajó del coche vino corriendo hacia mí, con una gran sonrisa. Su padre lo hizo siguiéndola y caminando, con unas bolsas en las manos.

—Mi papá trae cena para los tres, se va a quedar con nosotras. Yo se lo he pedido —dijo feliz.

—Qué bien, cariño. —La abracé mirando lo guapísima que estaba—. No entiendo cómo no te duele la cara de ser tan bonita —dije provocando que riera.

—Hola, Marta. —Me incorporé despacio quedándome frente a él.

—Hola, Eric. Me alegro de verte —dije pareciendo tonta, nerviosa.

Él arqueó una ceja, pero con una sonrisa de medio lado. Dejé salir el aire despacio porque no se veía enfurecido, como se fue el día anterior, y distante y serio como esa misma mañana.

—Yo también, Marta. —Frunció los labios—. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias —mentí mientras él dejaba las bolsas sobre la mesa de la cocina.

—No suenas muy convincente. —Se cruzó de brazos, observándome con atención.

—Tengo remordimientos, siento mucho lo de ayer —dije en tono bajo.

—Tranquila. Reconozco que me afectó mucho, pero no voy a anteponer nada a la felicidad de la niña, y en esa ecuación estás tú.

—Gracias —murmuré tragando saliva, desviando la mirada hacia Alessandra. Había salido al porche y jugaba con un estuche de maquillaje que había traído—. No debí haber desconfiado de ti y sí haberte preguntado directamente. He bloqueado a Carlos Manuel y a Maddie, me gastaron una broma muy pesada y dolorosa.

—No entiendo cómo han tenido valor de meterme a mí de por medio, ni las intenciones que los llevaron a hacerlo

—Pensaban que tú y yo teníamos un lío, por eso Maddie me dijo que estaba liada contigo, para sacarme de algún modo si lo estábamos.

—Y por el mismo modo, metió a mi pequeña por medio, dejándome de mal padre —negó pensativo—. No he querido tomar medidas hacia ellos por ti, ya que me lo has contado confidencialmente, pero ganas no me han faltado para sacarlos de la isla. Por cierto, he traído un pollo ya troceado para hacerlo en el horno, con salsa barbacoa.

—¡Qué rico! Gracias, por todo, Eric.

Con una sonrisa de medio lado sacó una botella de una de las bolsas que había colocado en la mesa y la descorchó. Se movió por la cocina para coger dos copas y las llenó, ofreciéndome una. No me dejó ayudarlo cuando se puso a preparar la comida para meterla en el horno. Cuando la dejó haciéndose salimos al porche junto a la pequeña. Sonreímos al ver cómo se maquillaba de lo más graciosa.

Mis ojos no podían evitar dirigirse a Eric, mirándolo de reojo. Era un hombre con un corazón enorme, y con unos sentimientos recubiertos por unos grandes valores. Solo con ver cómo observaba a su hija, ya se notaba el profundo amor que sentía hacia ella.

—Mirad mi resultado —habló Alessandra, poniendo sus manitas debajo de la barbilla pareciendo de lo más

angelical.

—Impresionante, cariño. Ya me gustaría a mí saber maquillarme como lo haces tú.

—Si quieres te maquillo. —Se le agrandaron los ojos, emocionada.

—Pues no estaría mal para quitarme la mala cara que tengo —murmuré mientras observaba por el rabillo del ojo cómo Eric sonreía.

Me senté en el suelo para quedarme a su altura y así que lo hiciera cómoda. Con mucha gracia fue explicándome todo lo que fue haciéndome. Tuve que reírme, parecía una muchachita en el cuerpo de una niña.

Al terminar nos hicimos un selfi con mi móvil, cuando ella me lo pidió y el padre me hizo un gesto de que sin problema podía tomar la foto. Hasta ese momento no me había atrevido sin su permiso.

—No es por nada, pero estamos que lo rompemos. ¡Qué guapas! —dije emocionada.

—Si quieres te puedo maquillar todos los días.

—Cuando quieras, cariño.

Oye, ni tan mal que me había dejado con unas sombras rositas que, aunque no estaban muy igualadas, se veían bonitas. Eso sí, con el rubor se había pasado, pero viniendo de ella lo veía una obra de arte. Los labios se me veían brillosos con el labial líquido que había utilizado.

Después de la sesión de maquillaje nos fuimos a la cocina para freír unas patatas que acompañarían al pollo, el que por cierto tenía una pinta deliciosa. Nos sentamos a comerlo y a los pocos minutos de terminar, Alessandra estaba que se quedaba dormida en la silla y comía a duras penas. Hasta que no pudo aguantar más y me levanté, cogiéndola en brazos para llevarla a la cama. Eric le dio un beso de buenas noches y yo hice lo mismo cuando la tumbé cómoda, ya dormida. Dejé la puerta abierta y salí para continuar cenando.

—Lleva todo el día jugando, no ha parado.

—Lo imagino, se le ha notado el cansancio en la cara desde que ha llegado. —Sonreí.

—Mi madre tiene que irse mañana, a las nueve de la mañana hacia Cancún. Hoy la ha llamado mi primo diciéndole que mi tía, la hermana de mi madre, se ha caído. Tiene una escayola en la pierna. Pasará con ella el tiempo necesario hasta que se la quiten y recupere. Le he dicho que no se preocupe y que vaya donde tiene que estar.

—Pobre, vino a estar con su nieta.

—Regresará, no se acaba el mundo. —Sonrió—. Te lo digo porque traeré a Alessandra durante el día, para que esté contigo.

—Gracias. —Le sonreí demostrándole el agradecimiento que sentía.

—No me las des, que del padre no te deshaces, porque yo estaré yendo y viniendo. —Sonrió.

—Es tu villa, es tu isla, es tu hija… Nada puede impedirte que te muevas a tu aire.

—Hemos hablado de que mañana podríamos pasar el día juntos aquí. Podemos tomárnoslo de descanso para estar con la pequeña.

—Me parece perfecto, me hace mucha ilusión. Esta noche me quedaré hasta tarde para adelantar trabajo y me levantaré pronto.

—No te estreses por eso, no tienes la obligación de entregarlo en ninguna fecha. Solo quiero que trabajes cómoda y por mí no lo harías, pero sé que no aceptarías el salario sin trabajar.

—No, no, yo quiero ganarme el dinero, Eric, pero te lo agradezco de corazón.

—No sé qué te parece, he pensado en hacer una barbacoa. Y por la noche pedir algo de pescado o lo que nos apetezca.

—Lo veo perfecto todo —asentí.

—Bueno, pues me voy a ir ya. Quiero estar un poquito con mi madre antes de que se acueste y se vaya mañana.

—Perfecto. —Sonreí.

Nos levantamos de la mesa en silencio, el mismo que mantuvimos a intervalos mientras me ayudaba a dejarlo todo recogido porque se empeñó en hacerlo, obviando mi insistencia de que ya me encargaba yo. Cuando terminamos se fue, despidiéndose hasta el día siguiente.

Me senté en el sofá satisfecha por el cambio que se había dado en nosotros, sintiéndome muy diferente a cómo había empezado el día y cómo me quedé el anterior. Después de unos minutos me levanté animada y fui a buscar todo lo referente al trabajo. Sentada en la mesa clasifiqué las valoraciones. Era muy ameno y hasta divertido, porque me reí con algunos comentarios que dejaban los huéspedes, sin ningún sentido.

o

Capítulo 15



Abrí los ojos y me di cuenta de que la pequeña no estaba a mi lado. Me levanté rápido porque tampoco la escuché en el baño, sonreí y sentí un gran alivio al verla en la cocina, sentada tomando su vaso de leche.

—Mi vida, buenos días. ¿Por qué no me has despertado para que te prepare el desayuno?

—Buenos días, amiga. —Todavía tenía los ojos soñolientos—. No te voy a despertar para eso, yo puedo echarme la leche y tomar unas galletitas sola. —Me regaló una sonrisita que me deshizo por completo.

—Si es que eres una niña muy aplicada. —Me acerqué a ella y me agaché dándole un beso en la mejilla.

—¿Te preparas un café y desayunamos fuera?

—Ahora mismo. —Le removí el pelo.

Me puse a hacerlo bien cargado. Había dormido apenas cuatro horas porque me lie con el trabajo. No quise dejarl antes para adelantar lo máximo posible. ¿El resultado? Con las noches que hacía que no dormía bien, me encontraba como un zombi con la necesidad de mucha cafeína para espabilarme y afrontar el día.

Preparé también unas tostadas crujientes y salimos al porche. Al sentarnos unté mantequilla y mermelada en todas y cada una cogimos una, hasta que nos las terminamos todas entre las dos, más felices que todas las cosas, sobre todo, Alessandra que las disfrutó mucho.

—Mi mamá no va a venir más —murmuró, pero sin entristecerse.

—Vaya…

—Mis padres ya no están juntos y ella se ha ido a Miami, sin mí —continuó despreocupada, dándole sorbitos a su leche—. Menos mal —resopló aliviada y a mí se me escapó una carcajada al ver sus gestos graciosos y su mano en el pecho.

—Me alegra saber que no estás mal por ello, cariño. —Le acaricié el pelo, retirándoselo de la cara.

—Una noche yo estaba en mi habitación y escuché decir a mi papá, mientras discutían, que antes de que mi mamá me llevara de la isla, él era capaz de desaparecer por algún lugar del mundo conmigo. Que ella no me quería y que en sus manos no me iba a dejar.

—Tranquila pequeña. —La acerqué a mí, haciendo que se levantara. Se quedó sentada en mis piernas, pensativa —. Ya se ha ido y nadie te va a llevar, ni a separar de tu papá.

—Mi papá ha llorado mucho, durante mucho tiempo. Yo lo veía, pero él disimulaba siempre sonriendo para mí. Creo que ya es más feliz, desde que ella no está, porque no lo he vuelto a escuchar llorar —confesó contándome los secretos que se había guardado.

Digerí sorprendida el que hubiera sido consciente de que la situación familiar que había vivido no era buena.

—Y cada día lo verás más feliz, cariño. Estoy segurísima de ello porque tiene a su princesa a su lado, para él solo.

—Y para ti, mamá —murmuró.

Me quedé desorientada y en silencio por unos instantes, porque no supe a qué vinieron sus palabras.

—¿Me has llamado mamá? —Carraspeé y ella asintió, con una gran sonrisa, dejándome sin aliento.

—Hace tiempo escuché a mi papá hablando con sus abogados y les decía que mi verdadera mamá iba a venir a la isla, y que te había engañado mi otra mamá, la que yo conocía. —Se me saltaron las lágrimas y con sus manitas las retiró de mi cara—. No quiero ponerte triste. —Hizo una mueca.

—No, cariño. —La apreté contra mí—. Es solo emoción, son de felicidad. —Tragué saliva y sonreí al ver cómo asentía, satisfecha.

—Mi papá no sabe que yo escuchaba detrás la puerta, porque yo sabía que él no estaba bien. Nunca sonreía. —Un pellizco en mi estómago se agarró de repente—. No entendí muchas cosas, ¡soy una niña! —Hizo un gesto con las manos y amplié la sonrisa, emocionada—. Pero sé que eres mi mamá y que me alejaron de ti cuando yo era una bebé, y que tú querías recuperarme y venir a la isla sin que nadie lo supiera. —Tenía el vello de punta por la impresión de saber que ella conocía lo más importante de nuestra historia, mucho más de lo que podía haberme imaginado. La realidad era que no había imaginado nada, ¿cómo pensar que Alessandra era consciente de lo más importante? — . Yo te quiero mucho.

—Hija. —Ya no pude controlar las lágrimas, la emoción era demasiada. La abracé con fuerza, igual que recibí de sus pequeños brazos—. Veo que llevas mucho tiempo enterándote de cosas —susurré—. No quiero que te cree confusiones ni que lo pases mal —dije cuando nos separamos.

—Tú eres muy buena conmigo. Yo te quiero de mamá y eres mi mamá, tienes que ser mi mamá.

—Lo soy y lo seré siempre, cariño, porque, aunque nos separen una y mil veces, siempre iré a buscarte.

—Mamá y ¿por qué papá no quiere contarme la verdad? ¿Por qué me ha mentido? —Bajó el tono de voz, al igual que la cabeza, afectada y triste.

La agarré de la barbilla para que volviera a mirarme, para que le quedaran claras mis siguientes palabras.

—Porque los adultos siempre protegemos a los menores, tesoro. Así debe ser, y tu padre no te ha mentido, solo te ha ocultado información por tu bien. Los mayores si sabemos una información que puede afectaros y doleros, trabajamos en ello, pero con tiempo y poco a poco, para no haceros un daño irreparable. Él no sabía que tú tenías tanta información, pensaba que necesitabas tiempo, cariño.

»Todo pasó muy rápido. Tu otra mamá se fue y él no sabía si volvería, o podía hacerte daño de alguna forma. Solo quería protegerte, esa es la realidad y ten por seguro, que, llegado el momento, hubiera hablado contigo como lo estoy haciendo yo ahora. Tu padre te adora, eres su vida, y el no decírtelo es el resultado de serlo, para cuidarte lo máximo posible.

—No es mi mamá, no la quiero de mamá.

—Cariño. Anne no actuó bien, pero tienes un gran padre, con un corazón noble y enorme, además yo te quiero también hasta el infinito hija.

Nos volvimos a abrazar, emocionadas las dos. El sonido del timbre nos interrumpió. Nos levantamos para recibir a Eric, porque fue quien llamó. Mientras lo esperábamos la miré sonriendo, con una paz increíble. Ella ya se había recompuesto y esperaba inquieta a que su padre llegara, con una gran sonrisa.

Eric apareció cargando bolsas con bebida y comida para la barbacoa. En cuanto las dejé encima de la mesa Alessandra se lanzó a sus brazos. Terminó riendo por todos los besos efusivos que le dio Eric, más que encantada por ello.

—Papi, le he contado un secreto. —Me señaló.

—¿Cómo es eso? ¿Cuál? ¿Yo no lo sé? —le preguntó Eric, haciéndole cosquillas en sus brazos.

Las risas de la pequeña fueron todo lo que escuchamos durante unos minutos, hasta que consiguió bajar de los brazos de Eric y salió corriendo, alejándose de él sin poder parar de reír.

—No me has dejado terminar. —Se cruzó de brazos, haciéndose la ofendida, pero sin perder la sonrisa—. También te lo voy a contar.

Me quedé sobrecogida, con un remolino interior de sentimientos que me costó controlar. Se notaba que quería exteriorizar todo lo que había callado, sincerarse, como también quería saber en qué dirección iríamos los dos. Lo tuve claro cuando pasó la mirada de uno a otro, varias veces.

Preparamos unos cafés rápidos, mientras Eric me miraba de reojo intentando adelantar algo de lo que estaba a punto de contarle su hija. Yo me hice la despistada porque le correspondía a ella hacerlo. Tampoco es que pudiera hacerle saber algo por gestos porque Alessandra no se separó de nosotros, se quedó en medio de los dos, atenta a todo lo que hacíamos.

Cuando salimos al porche y nos sentamos, la pequeña empezó a contarle lo mismo que a mí, sin dejarse ningún detalle. Le dijo que lo había escuchado varias veces hablar por teléfono, también las peleas con la que había sido su madre hasta hacia poco ante sus ojos. La reacción de Eric fue quedarse pálido, emocionado y con los ojos brillantes. Tragó saliva como pudo y aguantó estoicamente, sin interrumpirla, hasta que ella terminó añadiendo rápido que a veces lo había hecho sin querer, que no se enfadara con ella porque era una niña. Nos hizo sonreír.

—Yo quiero mucho a mi nueva mami. —Remató diciendo la pequeña.

—Cariño —negó él—. Siento mucho que hayas tenido que enterarte de esta forma. Quiero que sepas que donde esté tu felicidad y te sientas bien, también estará la mía porque no voy a separarme de ti, bajo ningún concepto. Por desgracia a veces los adultos hacen y se dicen cosas muy feas. No merecías oír ni enterarte a tu edad de ello. La que creías tu mamá actuó mal, de una forma poco valiente. Marta sufrió las consecuencias, tu verdadera mamá
»Pensaba contártelo todo a su debido momento, cuando me sintiera seguro de que ya nada podía hacerte daño. He querido asegurarme de que Anne ya no nos molestará más. Si todavía no lo había hecho es porque necesitaba que pasase un poco más de tiempo, dándote la sorpresa del cambio de tu apellido como debió ser desde el inicio, al nacer. Después de hablar contigo iba a decírselo a Marta, para que tú tomaras la decisión que más feliz te hiciera.

—Yo quiero a Marta, es mi mami y muy buena conmigo.

—Lo es, cariño. Todo lo es —asintió él.

—¿La puedo llamar mami?

—Puedes llamarla como quieras, hija, como a ti te haga feliz —le respondió, mientras yo no podía dejar de llorar.

La pequeña lo abrazó fuerte y luego vino hacia mí, dándome el más cálido de los abrazos también.

—Mami, no llores, que ella ya no nos va a separar más.

—Por supuesto, hija. Ni ella ni nadie —murmuré casi sin voz.

Con su vitalidad de siempre y habiéndose quedado satisfecha y relajada por decirnos la verdad, entró corriendo dentro de casa. Salió con el bañador puesto y fue directa a la piscina, empezando a jugar con unos muñecos flotantes que Eric le dijo que había traído en una de las bolsas.

—Por unos segundos me he quedado en *shock* —empezó a hablar Eric—. No esperaba que la niña se hubiese enterado de tantas cosas y que desde que te conoció, supiera quién eras.

—Igual que yo, me he quedado helada al escucharla hablar. Ninguno de los dos podíamos esperarlo, Eric. Ha sido… —solté un suspiro— Me da mucha tristeza saber lo que le habrá dolido la situación, y el tener que guardar el secreto sintiéndose insegura, hasta que ha encontrado el valor y el momento para decirlo, para desahogarse.

—Es increíble. —La miró emocionado y asentí, aunque no me veía—. Ya tengo en mi poder la renuncia de Anne ante el juez. Todo sigue bien, su curso. Lo siguiente es que van a gestionar el cambio de apellido. Quizás llevará un tiempo, pero ya no hay marcha atrás, Marta. Mis abogados están esperando a que les entreguen la orden definitiva del juez y entonces empezarán a moverlo todo para que tú puedas registrarla también.

—Gracias, Eric —susurré sin poder dejar de llorar.

—Gracias a ti por todo lo que has hecho por Alessandra, demostrando que estabas dispuesta a todo con tal de esta a su lado.

—No pedí que viniera al mundo, pero tampoco pedí desprenderme de ella. —Me retiré las lágrimas.

—Lo sé. —Me observó con cariño—. Por cierto, antes de venir hacia aquí he ido a hablar con Carlos Manuel y Maddie —confesó, dejándome otra vez descolocada—. Les he pedido explicaciones y la verdad, seamos justos, son unos pillos que querían una confesión tuya de alguna manera. ¿Que no deberían haberse tomado ese atrevimiento y de la forma que lo hicieron? Sí, pero ¿quién no la lía alguna que otra vez? No son malas personas y no sabían todo lo que había detrás de nosotros. Están los dos muy afectados porque dicen que les has bloqueado.

—Y no los pienso desbloquear. —Frunció los labios, intentando no reír.

—Bueno… —Carraspeó—. A veces hay que dejar el orgullo a un lado y pensar en las cosas bonitas, como cuando ellos te acogieron como una amiga más al llegar a la isla, cuando no tenías a nadie.

—Eric, eres demasiado sensible. —Reí negando porque estaba escuchando a una persona que era la perfección personificada, en todos los sentidos.

—¿Tú crees? Yo le digo ser justo. —Me hizo un guiño—. Los he invitado a comer, vendrán en un rato.

—Dime que estás bromeando —dije con un jadeo, asombrada con los ojos abiertos al máximo.

—Para nada. —Rio—. Las cosas se solucionan hablando. —Me hizo otro guiño.

—Pues yo no les voy a hablar. —Me crucé de brazos.

—Claro que lo harás —negó sonriendo—. Marta, tienes un gran corazón y detrás de ese rencor que aparentas, sabes que los echas de menos y también entiendes que no eran conscientes de las repercusiones de sus actos.

—Solo los echo de menos un poquito, pero al estar con la niña lo llevo muy bien. —Apreté los dientes.

Como respuesta levantó una ceja, dejándome claro que no se lo creía. Nos quedamos en silencio, sin apartar la vista del otro. No me podía creer lo que había hecho Eric, de nuevo había dejado ver el ser tan especial que era y lo que amaba el bienestar general. Otro en su lugar los hubiera puesto ya de patitas en la calle, sin ni siquiera escucharlos o intentar averiguar el trasfondo del asunto.

r

/

ɔ

—Para nada. —Rio—. Las cosas se solucionan hablando. —Me hizo otro guiño.

—Pues yo no les voy a hablar. —Me crucé de brazos.

—Claro que lo harás —negó sonriendo—. Marta, tienes un gran corazón y detrás de ese rencor que aparentas, sabes que los echas de menos y también entiendes que no eran conscientes de las repercusiones de sus actos.

—Solo los echo de menos un poquito, pero al estar con la niña lo llevo muy bien. —Apreté los dientes.

Como respuesta levantó una ceja, dejándome claro que no se lo creía. Nos quedamos en silencio, sin apartar la vista del otro. No me podía creer lo que había hecho Eric, de nuevo había dejado ver el ser tan especial que era y lo que amaba el bienestar general. Otro en su lugar los hubiera puesto ya de patitas en la calle, sin ni siquiera escucharlos o intentar averiguar el trasfondo del asunto.

Capítulo 16



Llamaron a la puerta cuando acabábamos de dejar todo preparado en la barbacoa y unos entrantes sobre la mesa. Eric fue a abrir, y Maddie y Carlos Manuel aparecieron enseguida. Cuando regresó junto a mí para recibirlos, me miró de reojo mientras yo disimulaba entretenida con Alessandra.

—Buenas tardes —dijeron ambos al unísono.

Eric los saludó y la pequeña se separó de mí para ir a abrazarlos.

—Buenas tardes —murmuré sin mirarlos.

Me acerqué a la mesa y me encendí un cigarrillo. Enseguida tuve una cerveza fresquita en una mano, Eric se encargó de ir a por la bebida y en repartirla para todos. El ambiente se enrareció y se tensó, yo no estuve mucho por la labor de ponerlo fácil.

No quería mal ambiente y menos por Alessandra, pero no pude evitar mostrarme reacia yendo a lo mío. Aunque la pequeña no se dio cuenta de nada porque volvió a ponerse a jugar dejando a los adultos a un lado.

—¿No nos vas a perdonar? —Rompió el silencio Carlos Manuel, atreviéndose a echarme brazo sobre el hombro.

—No debería, pero bueno, supongo que todo será cuestión de tiempo —respondí carraspeando, divertida interiormente.

Y es que en el fondo Eric tenía razón, ¡cómo no! Cuando había dicho que, ¿a quién no se le había ido una broma de las manos alguna vez? Inoportuna e inapropiada, pero era lo que había sido para ellos, sin buscar hacerme el daño que me habían hecho porque eran ignorantes de ciertas cosas, las más importantes.

—¿Y si te prometo que no seremos más tontos? —continuó, moviéndome un poco.

—Eso es como pedir un milagro, y en mi tierra para eso te mandan a Lourdes. Pero vosotros no lo entenderíais.

—¿No te da penita la cara de Maddie? —insistió más relajado, sabiendo que lo estaba consiguiendo.

Maddie tenía la mirada tristona, manteniéndose al margen de la conversación, pero muy atenta a ella.

—La misma que os di yo. —Les hice una burla y me separé abriendo los brazos para abrazarlos. Con sonrisas agradecidas vinieron hasta mí y me rodearon los dos—. La próxima vez pensad que cada uno es libre y tiene el derecho a contar las cosas cuando quiere. No se puede obligar a alguien a expresar algo, ni atosigar para obtener un propósito caprichoso. Aunque en este caso no había nada que contar. —Volteé los ojos.

—Venga, brindemos por la amistad —intervino Eric levantando su cerveza, mirándome de una forma…

No lo supe descifrar, pero la sensación fue muy placentera. Cogimos las cervezas y las levantamos en alto, hasta Alessandra que no sabía de qué iba la cosa, al vernos se acercó rápido y cogió su vaso de refresco para brindar con nosotros. Fue muy graciosa, diciendo que ahora sí que estábamos todos guapos porque antes teníamos morros y eso no queda bien en la cara. Reímos, pero nos dejó callados de golpe con su visión tan especial porque se enteraba de todo, sin darnos cuenta.

—Es normal que los amigos se enfaden, yo lo hago a veces, pero siempre se hacen las paces porque duele en el corazoncito y te pones muy triste.

Esas fueron sus últimas palabras antes de alejarse otra vez de nosotros, risueña y animada, volviendo a jugar apartada. Me dieron ganas de comerle la boquita que tenía, tan infantil, pero a la vez tan madura para su edad.

—Lo he pasado muy mal, te lo juro —habló Maddie, abrazándome otra vez—. Siento mucho todo, de verdad, de corazón.

—Tranquila, pero la próxima vez te lo piensas.

—Prometido. —Me dio un beso en la mejilla y me sonrió.

—Maddie, ayer maquillé muy guapa a mi mami nueva —dijo en alto, señalándome. Ellos no le dieron el significado real a la palabra «mami», lo interpretaron como un juego de niños—. ¿Quieres que te maquille a ti también?

—¿Me harías ese honor? —Se puso las manos en el pecho fingiendo la emoción de ser víctima de quedar como un payaso.

—Síii… Voy a por mi equipo de maquillaje. —Salió corriendo al interior de la casa.

—A mí también me puedes maquillar —dijo Carlos Manuel alzando la voz porque ya no la veíamos.

—Vale, vale —gritó y reímos porque no perdía oportunidad con ninguno.

—Por cierto —llamó nuestra atención Carlos Manuel, dirigiéndose a Eric—, toda la isla ha visto la noticia de tu separación. Lo siento.

—Fue lo único en lo que acertasteis de la broma —comenté yo, causando la risa en todos.

—Te lo agradezco, pero no hay nada que sentir. Todo está mucho mejor ahora —respondió Eric, haciéndole un guiño.

—Aquí está la peluquera más molona —dije sonriendo cuando la peque apareció con su maletín colgado al hombro, como si fuera toda una profesional de la estética. Se rio ante mis palabras.

—A mí primero —le pidió Carlos Manuel, adelantándose a Maddie que ya se acercaba a ella.

—¿De qué color quieres que te pinte las sombras de los ojos? —dijo concentrada mirando las pinturas.

—Pues blanca o en tonos claritos, porque con mi color de piel como me la pongas muy oscura no se va a ver tu trabajo —le pidió divertido, acomodándose en el suelo para quedarse a su altura.

—Vale. Te la pongo en color tierra o blanco. —Las señaló, todos sonreímos.

Preparó todo en una mesita que tenía al lado, dispuesta a empezar su obra de arte. Carlos Manuel se prestó a todo para verla contenta y animada.

Me quedé embobada mirando a Eric, mientras él observaba a nuestra hija rebosando amor. Era todo un padrazo con el corazón más bonito del mundo, se merecía un monumento y solo había recibido problemas, uno detrás de otro. Lo lamenté enormemente porque no se lo merecía.

Y lo más triste es que tenía el corazón roto por la mujer que le había tocado. Notaba su barrera, la que había levantado, aunque a veces se relajara y la bajara un poco. Era lo normal y lo más lógico después de lo vivido, perc me dolía mucho. Esa misma barrera suya me inundaba de tristeza porque era un obstáculo para que se fijara en mí de la forma que necesitaba. No podía negar, ni a mí misma, que a estas alturas estaba completamente enamorada de él.

En el fondo me di cuenta de que lo estaba cuando me confesó que me había ayudado para llegar hasta aquí. Fue como si algo dentro de mí se liberara y reconociera su presencia, realmente. Es innegable que desde el primer momento en el que lo vi llamó mi atención de una forma especial y, esa atención se convirtió en mucho más con el paso del tiempo, sobrepasando todos los límites.

Evidentemente no esperaba que alguien como él se enamorara de alguien como yo, ni siquiera que me mirara con otros ojos diferentes a los de la amistad o por ser la madre de su hija. Lo único que yo tenía era a mi niña, el

trabajo y la estabilidad que él me había dado, todo gracias a Eric.

—Hija, lo estás cambiando de color —comentó él, provocando una carcajada en todos.

Pues sí, me dije, lo estaba cambiando de color para bien. Alessandra le estaba poniendo polvos blancos por toda la cara a Carlos Manuel, esmerándose en ello.

—Al final me deja como una Geisha, ya lo veréis —dijo animado y dispuesto, sin poder parar de reír.

—Ya te digo. —Se me saltaron las lágrimas de la risa.

—Papá, pide un deseo que a Carlos Manuel se le ha caído una pestaña. —La levantó en alto, en sus deditos.

—A mí que la vida me dé un cigarrito de la risa igual al que se fumaron ellas el otro día —murmuró en voz baja para que no se enterase la pequeña, tanto que solo lo escuché yo, al igual que me encontré con su mirada de reojo.

—Ya puedes soplar, cariño. Lo ha pedido —dije en alto y lo hizo al instante, cerrando los ojos para continuar con su trabajo de maquilladora.

—Jefe, yo así maquillado salgo a la esquina y vuelvo con unos cuantos, ¿eh?

—El jefe sabe que no te hace falta salir a la esquina para conseguirlo, lo llevas de serie. No hace falta que disimules que sé todo lo que pasa en mi isla, otra cosa es que me haga el tonto —contestó Eric riendo y dejándonos a cuadros.

—Listo, Carlos Manuel, ya pareces una princesa. —Aplaudió Alessandra cuando tuvo las manos libres.

—A ver, a ver. —Se miró en el móvil—. Si ya lo he dicho, una Geisha, parezco una Geisha. —Soltó una carcajada—. Me encanta preciosa.

—Papá, sé pintar la cara como una Geisha —dijo emocionada, como si supiera lo que significaba. Era de lo más graciosa.

—Ya te digo, hija. Te veo en el futuro como toda una profesional del maquillaje. —Le hizo un guiño Eric.

—No papi, yo de mayor quiero ser una Kardashian —lo rectificó rápido.

—¡Como si ya no lo fueras! —intervino Carlos Manuel riendo. Nos unimos a él en las risas— Pequeña, todavía no eres consciente de la suerte que tienes con un padre como el que te ha tocado.

—Y una mami nueva —recalcó ilusionada, sin querer dejarme a un lado.

Eric sonrió asintiendo, yo me tragué la emoción que me provocaron sus palabras y que siempre pensara en mí.

—Marta es la Patrona de la Isla. Así la llama todo el mundo desde que ascendió de puesto y vive en la villa —comentó Maddie.

—Qué manía tenéis con poner apodos. —Volteé los ojos haciéndolos reír.

Eric risueño se acercó a Carlos Manuel y le pidió un cigarrillo. Con él en los labios, después de encendérselo, fue a por otra ronda de cervezas bien frías, para ponerlas sobre el borde de la piscina para que nos metiéramos un rato antes de comer. Refrescarnos nos vino muy bien y reímos lo que no está escrito cuando a Carlos Manuel le empezaron a aparecer churretes en la cara, al corrérsele el maquillaje.

Eric aprovechó para ponerse a mi lado dentro del agua, quedándonos en el borde de la piscina mientras mis amigos jugaban con la pequeña. La lanzaban de un lado al otro, provocando que ella no pudiera dejar de reír y pidiera más cuando se paraban. Nosotros la observamos divertidos por lo que se lo estaba pasando.

—No deja de sorprenderme la capacidad que tiene Alessandra para todo —me dijo en tono bajo.

—Sí —confirmé de la misma forma, entendiendo perfectamente a lo que se refería.

—No quiero que pierda la magia de la niñez, ni que vuelva a vivir ningún episodio feo. Nunca más.

—Seguro que será así, Eric. Lo estás haciendo muy bien.

—Y tú, tienes un tacto increíble con ella. —Giró la cabeza hacia mí y tragué saliva casi imperceptiblemente, porque volví a ver su mirada diferente.

—Gracias —susurré—. Intento controlarme y no ser muy efusiva porque muchas veces me dan ganas de abrazarla con todas mis fuerzas y gritarle cuánto la amo.

—Pues hazlo, nada te lo impide. Para ella será bonito y muy bien recibido, lo necesita.

—Es que hasta hoy no sabía que ella era consciente de quién era yo —solté un suspiro—, de lo contrario en más de una ocasión le hubiera dicho cuanto la quiero y lo que significa para mí.

—Lo harás a partir de ahora y podrás soltar todo lo que llevas dentro. —Me ofreció el cigarrillo que todavía se estaba fumando y le di un par de caladas, antes de dejárselo apoyado en el cenicero, donde había estado.

—Ella es feliz con muy poco, se nota que esta isla es un lugar que le hace mucho bien.

—¿Y a quién no? —Acarició mi mejilla pellizcándola con cariño.

—También es verdad. —Sonreí como una tonta por su gesto—. Este lugar está fuera del bullicio que hay más allá de esta isla, es como un paraíso permanente.

—Es la isla que todo lo cura, créeme. —Se acercó despacio y contuve la respiración al notarlo tan cerca.

Me besó en la mejilla, alargándolo o al menos eso me pareció a mí, consiguiendo que la piel se me erizara. Al tener la mirada hacia delante vi cómo Maddie nos observaba, mostrándose un poco tímida todavía por la brecha que se había abierto entre nosotras. No dijo nada para no cortarnos el momento, ni interrumpirlo, se mantuvo callada. Le hice un guiño para que se relajara y tranquilizara, dándole a entender que estaba todo bien, lo que me agradeció sonriendo y asintiendo.

A pesar de que parte del maquillaje de la cara de Carlos Manuel se quedó en el agua de la piscina, casi tuvo que quitarse con un estropajo los kilos de polvos y pinturas que le había puesto Alessandra en la cara. Nos reímos un montón mientras la pequeña lo miraba con los ojos a punto de salírsele, asustada, pensando en que no podría quitarse el maquillaje del todo.

Un rato después comimos en un ambiente muy relajado y animado. Los chicos se fueron en cuanto terminamos ya que tenían que trabajar. Antes de despedirse, Maddie me dijo que vendría a tomar un café conmigo al día siguiente, o al otro, pidiéndome que, por favor, la desbloqueara. Se lo confirmé enseguida y me alegré por el café que nos íbamos a tomar tranquilas, dándonos un fuerte abrazo.

Alessandra se quedó dormida en un sofá del porche y decidimos ir a la playa para darnos un baño. Estaba a escasos metros y podíamos controlar y vigilar a la pequeña sin problema, cuando se despertara.

El mar hizo su magia, en todos los sentidos. En un instante en el que estábamos dentro de él, mirándonos de cerca al estar al lado del otro, en los ojos de Eric volví a ver ese algo diferente que ya había notado en algunas ocasiones ese día, un brillo diferente y especial.

—Eres muy guapa, Marta —soltó inesperadamente con una sonrisa de medio lado, al ver mis mejillas encendidas como reacción. Me ardieron—. Nuestra hija tiene a quién parecerse.

—Por favor, Eric, que tiene todos tus genes, gracias a Dios. —Reí nerviosa.

—Deberías quererte mucho más y no infravalorarte. Mírate bien al espejo. —Me acarició la cara, provocando que me temblaran las piernas porque todos sus gestos me hacían desvanecer.

—Debería, pero no puedo. Me siento la última cosa de todo —susurré.

—¿Cosa? —Carraspeó arqueando la ceja.

—Cosa por llamarme de algún modo. —Volví a reír.

—Voy a reconocerte algo…

—¿El qué?

—Cuando me fui enfadado de la casa y no me quedé con vosotras, me di cuenta de que no solo echaba de menos a Alessandra, también a ti. Mucho.

—Oh… ¡Qué bonito! ¿Me estás cogiendo cariño?

—El cariño te lo cogí desde hace más tiempo del que te imaginas. —Se rio con ganas—. En serio, me di cuenta de que nunca tuve la suerte de dar con alguien como tú y por eso dejé de creer en el amor.

—Me estás regalando los oídos —murmuré sintiéndome histérica y avergonzada, pero llena de felicidad al escuchar las cosas tan bonitas que decía sobre mí. Y si me paraba a analizar el significado…

—¿Me das un abrazo bien fuerte?

—Claro —respondí sin dudar, aunque mis ojos se abrieran sorprendidos. Lo hice, pegándome a él.

—Gracias por ser la madre de mi hija —susurró sobre mi cabeza, apretándome a él.

—Me vas a hacer llorar —murmuré con un nudo en la garganta, devolviéndole la fuerza que él hacía en mí.

Sentir su cercanía, el roce y calor de su piel, su olor, su respiración y el latido de su corazón… Fue demasiado para mí.

—Lloramos juntos, que, aunque no lo creas, soy muy sensible —dijo divertido antes de darme un beso en la cabeza.

—Lo creo, lo creo, lo he podido comprobar. —Sonreí.

Y fue en ese momento en el que, al separarnos, sin darnos cuenta o sí, siendo intencionado por ambas partes, nuestros labios se entrelazaron y yo sentí que la vida debía de estar gastándome una broma preciosa, por lo bonito que era lo que me estaba sucediendo junto a él.

—¡Os estoy viendo! —Escuchamos gritar a Alessandra, rompiendo el momento.

Yo intenté apartarme, pero Eric no tenía la misma intención que yo y me rodeó los hombros con un brazo,

sonriendo mientras veíamos cómo la pequeña venía corriendo hacia nosotros. Llegó a la orilla y se puso a aplaudi y a saltar en la arena, provocándonos una carcajada.

—Nos ha pillado —murmuré llevándome la mano a la boca. Eric se rio.

—Papá, mamá, ¿sois novios y vamos a vivir felices los tres juntos? —volvió a gritar, aunque la distancia era poca

Eric me soltó, pero ante mi sorpresa me agarró de una mano. De esa forma salimos del agua, llegando a la arena junto a ella.

—A ti sí que te voy a dar felicidad —dijo separándose de mí y cogiéndola en brazos, empezando a correr hacia el agua mientras Alessandra se agarraba fuerte de su cuello y reía.

sonriendo mientras veíamos cómo la pequeña venía corriendo hacia nosotros. Llegó a la orilla y se puso a aplaudir y a saltar en la arena, provocándonos una carcajada.

—Nos ha pillado —murmuré llevándome la mano a la boca. Eric se rio.

—Papá, mamá, ¿sois novios y vamos a vivir felices los tres juntos? —volvió a gritar, aunque la distancia era poca.

Eric me soltó, pero ante mi sorpresa me agarró de una mano. De esa forma salimos del agua, llegando a la arena junto a ella.

—A ti sí que te voy a dar felicidad —dijo separándose de mí y cogiéndola en brazos, empezando a correr hacia el agua mientras Alessandra se agarraba fuerte de su cuello y reía.

Capítulo 17



Después de haber estado jugando con la pequeña un rato en el agua, nos fuimos a preparar la merienda y a tomarnos unos cafés.

—Papis, os he visto antes besaros en los labios y no me habéis hecho caso. Soy una niña y me tomáis de loca y tú —señaló al Eric, el que estaba intentando no reír—, me has lanzado al agua muchas veces para que no pregunte y se me olvide —dijo cogiendo un trozo de crepe con Nutella—. ¿Sois o no sois novios?

—Eso lo hablas con tu madre. —Carraspeó señalándome con un gesto de la cabeza—. Yo no le llevaría la contraria a una mujer ni muerto. Si digo que sí, es capaz de tirarme el plato a la cabeza y si digo que no, es capaz de dejar de hablarme. No, no, yo no estoy para esos líos, ya estoy muy mayor. Lo que diga ella —respondió en tono de humor consiguiendo que Alessandra soltara una carcajada a la que se unió Eric.

—¿Conmigo? A ver, pongamos orden ¿Tú has visto las películas de amor? —asintió— ¿Donde el hombre le pide compromiso a la mujer y le da un anillo? —pregunté.

—¡Sí y un beso! —exclamó emocionada.

—Pues yo he conseguido el beso, pero el anillo no lo veo por ningún lado —negué mientras ponía gesto de no saber nada y enseñaba mis manos para los dos.

—¿Papá le has comprado el anillo? —Se llevó las manos a la cara preocupada, como si eso fuera lo realmente importante.

—Hija no puedo estar en todo. ¿Se lo hago con unas cuerdas?

—Nooo… Eso es muy ridículo. —Volteó esta los ojos, haciéndonos reír—. Si quieres, podemos ir a comprar uno sin que ella se entere y se lo das de sorpresa.

—Yo no me he enterado de nada —dije negando.

—Digo ir en secreto, mamá, cuando tú no te des cuenta.

—Ahhh… —añadí.

—Chica lista —dijo el padre y volvimos a reír, esa vez los tres.

—Papi, otra mami como ella no encontramos, te lo digo para que lo pienses rápido antes de que venga otro de la isla y nos la quite. —Se movió inquieta en la silla.

—Ya me has puesto nervioso. —Eric juntó las manos y se las frotó.

Yo estaba muerta de risa con nuestra pequeña, tenía unas ocurrencias de lo más asombrosas.

Pasamos una tarde muy divertida, incluso regresamos al mar un buen rato. Taquicárdica terminé porque cuando Alessandra no se daba cuenta, Eric aprovechaba la mínima ocasión para agarrarme de las nalgas poniéndome roja como un tomate. Por no hablar de lo nerviosa que estuve, sin atinar en lo que decía, provocando que los dos rieran. Uno sabiendo el motivo, la otra sin ser consciente, pero haciéndole gracia lo que salía de mi boca.

Volvimos a la casa y mientras terminaba de ayudar a Alessandra de secarse de la ducha, escuché el timbre. Solo podía ser la cena, comida mexicana. Eric la había pedido a un restaurante de un hotel que era muy reconocido por la elaboración tan perfecta que les daban a los platos. Fue verla y entendí lo que me explicó, saltaba a la vista y alimentaba solo con mirarla.

—Qué rico todo —dijo la pequeña cuando la mesa ya estaba completamente preparada.

—Pues a comer, cariño —le contesté mirándola a baba caída que así era como me tenía todo el día.

—No entiendo cómo puede estar tan fina con todo lo que come.

—Es su constitución —contesté sonriendo.

—Porque yo lo valgo —añadió ella echando su pelo al aire.

—Ay Dios, se hace demasiado mayor —murmuré causándoles una carcajada.

—Por días —confirmó Eric—. Da miedo ver como se hace una mujercita. —Provocó en ella la sensación que tanto les gustaba a las niñas de que se las viera mayores.

—No te dé miedo papi, es un proceso de la vida —soltó con naturalidad.

—Alabado sea el señor. —Me persigné mientras nos reíamos.

El cansancio de no parar la venció. Se volvió asiática de golpe y sus ojos fueron desapareciendo por completo, hasta quedarse dormida sobre sus brazos apoyados en la mesa. Eric la cogió en brazos y la llevó al interior, ya que estábamos en el porche, después de entrar para abrir el sofá y convertirlo en cama. La dejó tumbada y regresó junto a mí.

—¿Por qué no la has llevado a mi cama? —Me extrañó.

—Porque no pienso dormir en el sofá-cama, aunque sea cómodo. —Me hizo un guiño y consiguió llenarme el estómago de mariposas, agitándolas por los nervios que me recorrieron.

—Eso se avisa a través de una instancia o un comunicado —murmuré aguantando la risa.

—Sí, claro, y anticipo mis intenciones. —Levantó una ceja mientras se ponía en pie.

Entró otra vez y cuando volvió, lo hizo con una botella de vino.

—Coge las copas, ven —me pidió de pie y lo seguí cuando se dirigió hacia el sillón amplio del porche.

—No hubiera estado mal —susurré sentada a su lado. Estábamos tan cerca… Y el que pasara un brazo por el respaldo, apoyándolo detrás de mi espalda, incluyendo las caricias que me hizo en ella mientras bebía, no facilitaron que dejara apartados los nervios—. Eric, es asombroso que la niña con la corta edad que tiene se dé cuenta de tantas cosas y la facilidad que tiene para expresarlas.

—Tiene una capacidad muy grande, escribe y lee como una persona de nueve años y controla varios idiomas. En la escuela me dijeron que el próximo curso la harán avanzar dos años.

—¿En serio? ¡Qué fuerte!

—Cuando tenía dos años se la entendía muy claro y con tres solo quería escribir números. Fue a los cuatro cuando le dio por las letras y a los cinco por las frases. Sabe sumar perfectamente —dijo orgulloso, tanto como lo estaba yo.

Todo ello sin dejar de acariciar mi espalda moviéndose poco a poco, muy sutilmente hacia mí, hasta que nuestros cuerpos se tocaron.

—Verás que mi hija al final me saca de pobre —bromeé riendo en tono bajo.

—¿Crees que voy a permitir que te falte algo?

—Quiero ganármelo todo por mí misma. —Ladeé la cabeza.

—Eso está muy bien y es admirable, Marta, pero eres muy cabezona con ese tema. —Me revolvió el pelo y me abrazó con el brazo que tenía detrás de mí, besando mi sien—. Me tienes anonadado.

—¿Qué dices? —Me sorprendí.

—Sí, porque para no querer a nadie en mi vida, en el sentido sentimental, tú me estás volviendo loco y encima eres la madre de mi hija. Me veo besando por donde pisas. Al final va a ser verdad eso de que eres la patrona de la isla. —Frunció los labios, divertido.

—Calla, calla, que a mí eso no me hace gracia —negué varias veces.

—Ya lo veo y lo sé. —Terminó riendo sin alzar mucho el tono.

Me quitó la copa de la mano y la dejó junto a la suya en el suelo. Seguí todos sus movimientos, hasta que no lo vi venir y me cogió a peso, subiéndome encima de él. Me quedé sentada a horcajadas, temblorosa por su cercanía y lo que representaba estar en esa posición.

—No lo puedo evitar —susurró agarrándome de la nuca, acercándome a él.

—No lo hagas —fue lo único que pude decir antes de que nuestras bocas se unieran.

Nuestros labios se tantearon, rozándose y acariciándose, mientras él no dejaba de sonreír, contraponiendo la intensidad con la que me miraba. Provocó un huracán de nervios en mi interior, pero a pesar de ello me aferré a su cuerpo. Me imponía mucho, pero a la vez se había convertido en mi mayor debilidad, sin contar a mi hija, porque ella iba por delante de todo y de todos.

—¿Sabes que vamos a tener que trasladarnos los tres? —susurró haciéndome cosquillas en los labios, sin separarse del todo.

—¿Trasladarnos? ¿Adónde? Llevo aquí pocos días y con dos mudanzas a mis espaldas —murmuré acariciándole el pelo.

—Pues vas a tener que hacer mañana mismo la tercera.

—¿Mañana? ¿Qué dices? —Me entró una risa que me costó controlar—. Explícame eso porque me has puesto muy nerviosa.

—Mi casa la voy a dejar como alquiler vacacional, para huéspedes que vengan en familia y sean de un alto poder adquisitivo. La casa es demasiado grande y lujosa, se hizo al gusto de Anne. Yo no me siento bien ni cómodo en ella. Por esos motivos, hace bastante tiempo que empecé a hacerme una villa como esta en una playa privada, con piscina y zonas ajardinadas.

»La casa tiene dos habitaciones grandes con baños incluidos, más otra un poco más pequeña, pero de tamaño considerable que es para Alessandra. La de ella también tiene baño propio, como un vestidor igual a la que está destinada a ser la de matrimonio. Hace un mes terminaron de trabajar en ella y está para entrar a vivir, con todo el interior nuevo y completo, amueblada. Me gustaría que nos fuéramos los tres a vivir allí, mañana, para comenzar una nueva vida.

—¿Y eso cuando lo has pensado y decidido? —Tragué saliva.

—¿Te lo explico otra vez? —Rio y volvió a besarme—. Quiero que estés al lado de tu hija, pero sin tener que sacrificar mi tiempo con ella. A esto hay que añadir que yo también te necesito en mi vida. Creo que podríamos hacer un buen equipo. —Me acarició las mejillas, al igual que los labios con los suyos.

—¿Un buen equipo? —susurré emocionada.

—Eso he dicho.

—Quiero seguir trabajando, necesito tener una fuente de ingresos.

—Y dale con lo mismo, aún no he terminado de hablar. —Carraspeó divertido, apartándose.

—Ah, vale… Dime.

—Quiero regalarte esta villa. —Me tapó los labios con un dedo, quitándome la intención de protestar y negarme —. No lo tomes a mal, es por el tiempo que has perdido en tu vida a causa de todo lo que te pasó y que, en cierto modo, yo me he visto implicado. Cuando sea tuya puedes dejarla en manos de la administración y sacar muy buenos beneficios mensuales por ella, de los que se te descontarán las tasas, los servicios de limpieza y el mantenimiento. Haciéndolo, ganarás mucho más dinero que con lo de las valoraciones, Marta.

—Y digo yo… —hablé con voz ronca, emocionada— Que no es querer abusar, pero si me regalas la villa y la pongo en alquiler turístico como dices, ¿no tengo opción también a trabajar en lo de las valoraciones? —Rio.

—¿Quieres hacerte rica?

—Quiero hacerme la patrona de la isla. —Reí controlando la intensidad para no despertar a Alessandra, contagiándolo.

—Si al final te va a gustar —negó divertido—. Puedes trabajar, claro, pero mañana nos mudamos los tres a la nueva villa. Reconozco que tengo prisa por comenzar una nueva vida para alejarme de la casa en la que estoy. Necesito dejar atrás los recuerdos negativos y dolorosos, y llevar a la pequeña al lugar que le pertenece sin tener que separarnos por horas. Junto a sus padres, nosotros dos, ahí tiene que estar y vivir.

—Voy a llorar. —Volví a tragar saliva con trabajo, haciendo un puchero al contener las lágrimas.

—Te mereces que te cuiden bien y bonito, Marta. No soy el hombre perfecto que crees, tengo mis defectos como todo ser humano. Pero te puedo asegurar que le pongo mucho amor a todo, con el respeto por delante.

—Lo sé, Eric. —Lo abracé con fuerza dejando en libertad las lágrimas, con la necesidad de sentirlo muy cerca.

—Marta… —susurró frotándome la espalda.

—¿Sí? —Me separé retirándome la humedad de la cara. Sonrió con cariño.

—No quiero ni puedo esperar más. —Me acercó a él agarrándome de la nuca—. Demasiado lo he hecho.

—Yo tampoco —susurré sobre sus labios.

El beso que nos dimos me dejó sin aliento. Nada de roces, nada de caricias, nada de tantearse mientras seguíamos hablando… Nuestros labios se unieron, fusionándose, mientras nuestras lenguas se buscaban sin descanso en una batalla por querer cada vez más, sin poderlo frenar.

Me agarré con fuerza a su cuello, de la misma forma que le rodeé la cadera con las piernas, cuando se levantó llevándome con él sin separar sus labios de los míos. Caminó hacia la casa, apagó la luz del porche y cuando continuó adentrándose en la oscuridad y pasamos por al lado de Alessandra, que continuaba durmiendo profundamente, nos separamos con las respiraciones alteradas. Los dos la miramos sonriendo, pero Eric no se paró, continuó el camino que nos llevó hasta mi habitación.

En ella, junto a la cama, me bajó y toqué el suelo, aunque en ese instante estaba muy lejos de él por todo lo que estaba sintiendo. Volvimos a besarnos mientras nos desabrochábamos los pantalones cortos que nos habíamos puesto después de la ducha, cada uno al otro. Nos separamos para sacarnos las partes de arriba por la cabeza y volvimos a buscarnos, desesperados y con necesidad.

Eric se apartó para quedarse desnudo por completo, movimientos que imité, sintiendo el calor recorrerme al verme expuesta ante él. No habíamos encendido la luz, pero ni falta que hacía para vernos perfectamente por la claridad que entraba a través de la ventana.

Me tragué un jadeo cuando se lanzó hacia mí. Caímos en la cama mientras nuestras manos acariciaban al otro, descubriéndonos piel con piel.

—Eric… —pronuncié su nombre con un pequeño jadeo cuando empezó a besarme el cuello y a bajar, haciendo un recorrido descendente sin dejarse ningún lugar por humedecer con su lengua y besar con sus labios.

Cerré los ojos cuando se apoderó de mis pechos, llevándoselos a la boca, alternando entre ellos mientras

succionaba y jugueteaba con mis pezones, con sus manos agarrándolos con firmeza. Y más me volví loca cuando continuó su camino hacia abajo, llegando a mi pubis.

Tragué saliva cuando perdí su mirada, al desaparecer entre mis piernas, las que abrió al máximo con las manos para tener toda la facilidad y cercanía que la posición le daba.

Gemí echando la cabeza hacia atrás ante el primer contacto de su lengua con mi clítoris, removiéndome inquieta sobre las sábanas. Me agarré a ellas cuando lo lamió despacio y fue acelerando los movimientos, haciéndome desfallecer de placer y de gusto. Después de un tiempo, una sensación electrizante me recorrió al sentir el inminente orgasmo.

Me corrí sin que apartara su boca y con sus dedos entrando y saliendo de mi interior, acariciando en el proceso el punto interior que junto al que no dejó de lamer, me hicieron perder el sentido alargando el éxtasis que me hizo sentir. Cuando se incorporó pude distinguir el brillo de sus ojos, el deseo y el fuego reflejados en ellos.

Contuve la respiración cuando posicionó su cuerpo entre mis piernas y frotó su erección en mi sexo, húmedo por mis fluidos y su saliva. Apreté los párpados por lo sensible que estaba porque sentirlo de esa forma me superaba por momentos. Hasta que me quedé sin aliento cuando se puso de rodillas quedándose sentado sobre sus piernas y elevó mi cadera por las piernas, colocándose en la zona tan necesitada que esperaba por él.

Entró despacio en mí, adentrándose muy lentamente, haciéndonos conscientes a los dos de cada centímetro que fue introduciendo y llenándome. Cuando se quedó encajado por completo se paró, tomándose unos segundos, hasta que retrocedió de la misma forma, haciéndome desesperar. Ese ritmo no tardó en variar en cuanto me removí la última vez que lo hizo, provocando que entrara de golpe en mí.

Eso fue lo que sucedió a partir de ese instante, le hice perder el control porque una vez iniciado, ya no hubo marcha atrás, ni lenta ni pausadamente. Las sacudidas de mi cuerpo con el suyo me hicieron perder la cabeza, mientras me manejaba a su antojo. El ritmo del choque de nuestros cuerpos se volvió frenético, haciendo esfuerzos por hacer el mínimo ruido posible para no despertar a Alessandra.

Perdí la noción del tiempo, incluso cuando volví a correrme sin que él frenara en ningún momento, tensándome en la cama con ganas de gritar y exteriorizar el placer que me tragué. Sin fuerzas, pero sin poder dejar de observar cómo su cuerpo se movía para saciar su propio placer, me quedé embelesada viéndolo en acción.

Se dejó ir con un pequeño gruñido, sin aflojar el ritmo de su miembro en mi interior, hasta que poco a poco fue bajando la intensidad, balanceándose, alargando el momento al máximo. Cuando se separó, se tumbó en la cama junto a mí y me abrazó. Que lo hiciera, que me acercara a él y que me rodeara con los brazos, más los besos repartidos que fue dándome, me llenaron el corazón aún más.

Antes de poder abrazarlo como necesitaba se incorporó poniéndose en la posición correcta porque estábamos tumbados a lo ancho de la cama. Al hacerlo me llevó con él y esa vez sí, con las cabezas en la almohada, lo rodeé con un brazo, sintiendo una paz interior difícil de describir cuando él también lo hizo, apretándome.

—¿Bien? —susurró sobre mi pelo.

—Mejor que eso —murmuré soñolienta.

—Descansa, preciosa. Esto no ha hecho más que empezar.

Me dormí sintiendo su respiración pausada y con una sonrisa en los labios, emocionada y satisfecha a muchos niveles emocionales.

—¿Bien? —susurró sobre mi pelo.

—Mejor que eso —murmuré soñolienta.

—Descansa, preciosa. Esto no ha hecho más que empezar.

Me dormí sintiendo su respiración pausada y con una sonrisa en los labios, emocionada y satisfecha a muchos niveles emocionales.

Capítulo 18



Nos despertamos votando en la cama y sonreímos al instante al ver a Alessandra subida en ella, saltando para que abriéramos los ojos. Era la segunda vez que los abríamos y en ninguna de las dos lo había hecho por mí misma.

Hacía unas horas que Eric me había despertado de la mejor manera imaginable en cuestión de placer, entre mis piernas. Cuando fui consciente de ello me tapé la cara con la almohada, sintiendo cómo acariciaba todo mi sexo con su boca y lengua. Una locura de despertar, y así terminó, corriéndome desesperada, como anticipo de lo que vino después porque no tardó en llenarme como la noche anterior.

Cuando terminamos saciados en la cama, nos levantamos para adecentarnos y regresar a ella, yo con el pijama y é con un pantalón de deporte. De esa forma nos había encontrado Alessandra. Eric la agarró para que dejara de saltar y la tumbó con nosotros, poniéndola en medio de los dos mientras ella no podía dejar de reír.

Su felicidad era contagiosa y terminamos riendo los tres. Eric y yo nos miramos y afianzamos la idea de irnos ese mismo día a la que sería nuestra nueva casa, para los tres, como él me propuso la noche anterior. Teníamos la necesidad de continuar haciéndola feliz y de serlo nosotros, nos lo merecíamos todos.

Eric se la comió a besos antes de levantarse, diciéndonos que siguiéramos descansando que él iba a llamar para que nos trajeran el desayuno. Churros del restaurante del hotel, los que tanto le gustaban a nuestra hija.

Alessandra y yo nos quedamos abrazadas un poco en la cama, disfrutando de nuestro momento, hasta que nos levantamos para ir junto a Eric. Estaba preparando cafés y la leche para la pequeña, nos sonrió cuando nos pusimos a su lado. Yo me gané un beso en los labios con la risilla de fondo de la pequeña, ella varios en las mejillas y unas cosquillas, con las que huyó del lado de su padre, riendo.

Nos fuimos hacia el porche con los cafés y la leche y, al poco de sentarnos a la mesa, sonó el timbre. Eric fue a recibir el desayuno y enseguida volvió a unirse a nosotras. Mientras empezábamos a desayunar aprovechó para contarle a Alessandra los nuevos planes. Le dijo que nos íbamos a una villa sorpresa a vivir los tres. La niña pegó un grito de la emoción y se levantó empezando a correr por el porche, dejando ver la felicidad que le ocasionó mientras nosotros reíamos emocionados y felices por ella.

—Sois novios y nos vamos a vivir juntos —dijo dando palmadas—. Y sin anillo. —Se tapó la boca, junto a una risilla traviesa.

—Lo de ser novios no te lo ha dicho tu padre. —Carraspeé.

—Papa, dilo, dilo —le pidió nerviosa.

—Tendré que comprar el anillo —respondió pensativo él.

—¿La dejamos encerrada aquí y vamos? —Agrandó los ojos por la emoción.

—Hija, no pienses tanto en mí, ¿eh? —dije riendo porque tenía cada cosa que solo se le podía ocurrir a ella.

Cuando se tranquilizó terminamos de desayunar calmados, hablando de los nuevos planes que teníamos por delante. Al terminar me ayudaron a recoger todo lo que tenía en la villa, por suerte no era mucho y entre los dos coches pudimos cargarlo. Tomamos rumbo a la nueva casa, en la que las cajas con las pertenencias de Eric y Alessandra nos esperaban en el interior. Se habían dado mucha prisa para hacerlo, desde bien entrada la madrugada, porque lo de los dos ocupaba mucho más que lo mío, ni punto de comparación.

La villa y la casa eran una pasada. Un paraíso que me costaba describir. No había visto en mi vida un lugar más bonito. Alessandra empezó a ir de un lado al otro, descubriendo todos los rincones, eufórica. Hasta que llegamos a su habitación y la vimos saltando en medio de ella, derrochando alegría porque le encantaba, así nos lo hizo saber Sonreímos satisfechos por todo el conjunto.

Con ayuda de Eric coloqué toda mi ropa en una parte del vestidor de la habitación de matrimonio, la que sería para nosotros. No nos llevó mucho tiempo hacerlo. Entre la de los dos no llenamos ni la mitad de él, porque lo siguiente que hicimos fue organizar la de Eric.

Igual pasó con el de Alessandra. Lo grandes que eran hacían minúsculo todo lo que teníamos. Aunque el de la pequeña sí que quedó un poco más completo porque era la que tenía más zapatos, complementos y ropa, como la princesa que era, a la que no le faltaba de nada.

Lo que más me gustaba de Eric es que pese a su alto poder adquisitivo no usaba grandes marcas, ni para él ni para la niña. Compraban ropa buena, de calidad, pero de cualquier firma normal accesible para casi todo el mundo. De ahí una de las frases que me dijo, la de que, el que no puede permitirse pagar firmas es el que lo hace para aparentar y el que tiene dinero, no lo tira a la basura porque aparezca un nombre de firma especial en la ropa.

Alessandra era una niña a la que no le faltaba de nada, lógicamente, pero no la tenía educada basándose en el lujo ni en los excesos. Todo lo contrario, la había criado como una niña de lo más humilde y nada ostentosa.

Después de dejarlo todo colocado nos fuimos en un carrito al supermercado más grande de la isla. Hicimos una compra porque no había de nada en la casa y si algo caracterizó ese tiempo juntos, es que fue de lo más divertido.

Llenamos un carro a más no poder y, aun así, tuvimos que llevar cosas en las manos hacia la caja por la cantidad que compramos.

—Nos vamos a poner redondos con tanta comida —comenté.

—Mamá, pero todo está buenísimo. Ya lo verás.

—Sí, eso no lo pongo en duda, pero el culo nos va a crecer que da gusto y miedo, sobre todo, miedo. —Reímos.

—Yo no pienso comer ni la mitad de las porquerías que habéis comprado —aseguró Eric divertido, mientras colocaba las cosas en la cinta.

Provocó que la cajera sonriera de oreja a oreja al escucharlo. Sabía perfectamente quien era él, obviamente. Alessandra me miraba riendo, como diciendo que mejor para nosotras. Como si no la conociera y es que a golosa no la ganaba nadie, ni yo.

Volvimos a la nueva villa y nos pusimos a preparar la comida mientras la pequeña corría a su habitación, después de ayudarnos a colocarlo todo, eligiendo sobre la marcha el lugar de cada cosa que fuimos guardando. Eric empezó a hacer una sopa de marisco y yo me dediqué a preparar unas empanadillas de atún fáciles porque habíamos comprado la masa.

La vida me estaba sonriendo más de lo que hubiera imaginado o pedido, a mí que un tiempo atrás solo quería luchar por mi vida, lo que implicaba única y exclusivamente en recuperar a mi hija para ser feliz. Y en ese instante me veía sumergida en un amor que estaba transformándome por completo. Y es que, era mirar a Eric y el alma me daba un vuelco.

Terminamos agotados por todo el trajín. Después de comer, Alessandra y yo nos echamos una siesta, aprovechando que Eric decidió ir a su anterior casa para comprobar que todo estaba en orden y que no había quedado nada en ella. Bueno, realmente allí seguiría todo, menos los objetos personales de ambos. Como decía y repetía Eric, no quería nada más de ella, ni un solo mueble, por pequeño que fuera, como ningún electrodoméstico. Simplemente quería pasar página y enterrar los recuerdos oscuros para comenzar de cero.

Mi niña durmió abrazada a mí, sin soltarme en ningún momento, como si me fuese a escapar o a evaporar en cualquier descuido. Debía estar que no se lo creía, con tantos cambios repentinos de golpe. Que lo hiciera me hizo sentir llena por completo, porque si algo necesitaba en mi vida, era recuperar el amor que no había tenido la posibilidad de recibir de ella, durante muchos años.

Me quedé dormida también y cuando nos despertamos, Eric acababa de llegar. Venía con unas tarrinas de helado, individuales para cada uno.

—Papi, ¿has traído el anillo?

—¡Qué presión! —Rio él.

—Eric, o vas a por el anillo tú, o voy yo, pero a la niña no la podemos dejar con el antojo —dije a modo de protesta que obviamente fue bromeando.

—¡Ha dicho que sí! ¡Ha dicho que sí! —Aplaudió de lo más feliz.

—Me estáis poniendo en un aprieto porque yo no estoy preparado para llevarle la contraria a dos señoritas. —Carraspeó él, conteniendo la diversión.

—Papi, a por el anillo ya.

—Otro día, otro día —respondió rápido.

Al final terminamos riendo los tres, acomodados en el sofá mientras disfrutábamos del helado. Pasamos una parte de la tarde en la playa privada y cuando nos cansamos, fuimos a ducharnos para ponernos frescos y cómodos. Hicimos una sesión de cine comiendo palomitas y chucherías.

Fue tanto lo que picamos durante la tarde que cuando llegó la hora de la cena ninguno tuvimos hambre. Normal por el ritmo de ingerir que llevábamos, incluido Eric porque por mucho que dijera en la caja antes de pagar, no perdió el tiempo para unirse a nuestro nivel.

El día terminó como correspondía, con Alessandra en su cama nueva, llena de emoción, y nosotros en la nuestra, abrazos y haciendo el amor para cerrar el primer día de nuestras vidas, en conjunto.

Me hizo sudar, me hizo gemir y jadear, me volvió loca de deseo y de excitación, los mismos que se reflejaron en todo momento en él mientras me daba placer y lo buscaba para él mismo. Después de regalarme dos orgasmos se dejó llevar él. Tuvimos una buena ración que nos dejó más agotados de lo que estábamos al meternos en la cama, pero bien mereció la pena porque sentirlo, de la forma que fuera, era una bendición.

Pero a quién quiero engañar, especifico, sentirlo en mi interior, deslizándose y entrando, llenándome y llevándom al límite mientras él me igualaba en todas las sensaciones y reacciones, no tenía ni punto de comparación porque era el amor en su máximo esplendor.

Para rematar un momento más que perfecto, nos dormimos abrazados sin que quedara ninguna separación entre los dos.

e

Capítulo 19



Salí de la ducha y me encontré un precioso vestido encima de la cama. No lo esperaba y me llevé las manos a la boca, ¿se celebraba una fiesta esa noche y Eric no me lo había contado? Pues lo mismo sí, aunque mi vida se había convertido en una montaña rusa y en una fiesta constante.

Miré a mi alrededor y no lo vi por ningún lado. Me miré entonces en el espejo y vi a la pequeña al otro lado de la puerta.

—¿Tú no serás una espía? ¿Sabes algo de esto? —le pregunté y entonces me regaló una de esas sonrisas que tanto me enamoraban. Cómo me gustaba que me sonriera así.

—Yo no sé nada —me contestó encogiéndose de hombros y me fui para ella con la intención de comérmela a besos.

Salió corriendo hacia su dormitorio y entré detrás. Ella daba gritos, muy contenta, y entonces me di la vuelta y su padre estaba allí, de pie, mirándonos y con una de sus atractivas sonrisas en el rostro.

No me dijo nada, solo me hizo un gesto con los ojos para que no tardase demasiado. Yo entendí, por lo arreglado del vestido, en un llamativo rojo pasión, que se trataba de una ocasión especial y hasta intuí que deseaba presumir de mí, por lo que me fui directa a maquillarme, peinarme y colocármelo.

Lo hice contenta, con la sonrisa en los labios. Y también intrigada. Me alisé el pelo. Me brillaba mucho, pero no tanto como mis ojos, que lo hicieron más.

Cuando terminé, salí a buscarle. Él ya me esperaba con un elegante esmoquin y yo pensé que ese hombre tenía la culpa de que las rodillas me temblasen como un flan, suerte que el vestido era largo y no se me notaba. Su escote era amplio y dejaba mis hombros al aire. Elegante y sexy a la vez, me encantaba, aunque enseguida me di cuenta de que a él todavía más.

Alessandra abrió tanto la boca al verme que le vi hasta la campanilla. También ella estrenaba un vestido como de princesita, en blanco con lacitos en rojo, a juego con el color del mío.

—Estás… No puedo, no puedo decirte cómo estás. No con palabras —me confesó él y yo pensé en que no era necesario, en que sus ojos me lo decían todo.

—Tú tampoco estás nada mal —le contesté yo negando con la cabeza cuando en realidad quería decir que no había ni un solo hombre en la isla más atractivo que él, ¿o quizás no lo había en todo el mundo?

Alessandra daba graciosos saltitos nerviosos y nos animó a que nos diésemos prisa, cosa que hicimos.

Cuando llegamos, comprobé que cenaríamos en el más elegante de todos los restaurantes de la isla. Eso sí, no esperaba que lo hiciéramos en aquella increíble mesa que nos habían preparado, ya en la misma playa, en el rincón más coqueto y romántico que yo hubiese visto jamás.

Luces, flores, todo tipo de adornos y un grupo que tocaba para nosotros en total exclusividad, para hacer de esa cena una ocasión única. Todo ello me provocó tal sorpresa que hice un cómico gesto como de que me iba a desmayar.

La niña, que era como un lorito de repetición, imitó el gesto, causando mi risa, mientras su padre me retiraba la silla para que me sentase a su lado.

Siempre se mostraba atento, pero esa noche Eric estaba que se salía, aparte de que mis ojos lo veían guapo a rabiar, aunque no más que él a mí, porque era imposible que dejase de mirarme. Y lo hacía con tanto amor…

De inmediato nos sirvieron una exclusiva botella de vino. Como yo había trabajado en el restaurante sabía que se trataba de una de esas carísimas, una con la que yo, hasta hacía poco, no hubiera podido ni soñar con mojarme los labios.

—Por nosotros. —Chocó su copa con la mía y Alessandra también lo hizo. A ella le pusieron una pequeñita con un refresco con sus burbujitas y todo.

Hablando de burbujas, esas mismas me parecía ver en los ojos de su padre, que contenía la emoción… Una emoción que provocaba que a mí se me erizase el vello. Mientras, de la boca del cantante del grupo salían las más románticas de las letras, las cuales me provocaban un nudo en la garganta, porque la pequeña las tarareaba también mientras que su padre dejaba caer algunas de ellas en mi oído.

Cenamos a base de marisco, una mariscada como yo no había visto otra en mi vida, con los más exquisitos productos del mar, aparte de unos entrantes selectos de los que se deshacen en la boca.

Alessandra tenía mucho apetito y lo devoraba todo. Eric no parecía tener tanto y hasta diría yo que se alimentaba más de mirarme que de otra cosa. En cuanto a mí… En cuanto a mí me estaba costando probar bocado porque los nervios ocupaban buena parte de mi estómago y no dejaban sitio para más.

A la hora del postre, uno a base de sorbete de limón, muy refrescante y delicioso también, vi cómo en la base de mi elegante copa había apoyado algo que relucía incluso más que las estrellas que nos servían de iluminado manto esa noche.

Nerviosa, me lo quedé mirando y no me dejó lugar para la duda: se trataba de un anillo.

Mis manos comenzaron a temblar al mismo tiempo que mi barbilla. Podía haberme equivocado, pero mi corazón me decía que no. Y menos cuando Alessandra se mostraba tan nerviosa y su padre le hizo un gestito para que no desvelara la sorpresa, porque se venía una ¡y de las fuertes!

—¿Qué significa esto, Eric? —le pregunté mientras cogía con mis dedos una preciosa sortija de diamantes cuyo brillo me deslumbraba, aunque no tanto como el que salía directo de sus ojos.

—Esto —me respondió mientras él mismo me lo colocaba en el dedo—significa que deseo con todo mi corazón que te cases conmigo, Marta. Sé que puedes pensar que me estoy precipitando, pero no. En el poco tiempo que hace que te conozco, me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida, la mujer que ha venido a darle sentido por completo.

—¡Eso, eso! —añadió la pequeña dando palmas y ambos la miramos.

Yo estaba en *shock*. No hay ninguna otra manera de definir mejor ese estado en el que me encontraba. Le miraba a él, luego la miraba a ella… Y terminaba mirando el anillo. Me faltaba el aliento y sentía que todo me daba vueltas como, si en vez de un par de copas de ese carísimo vino, me hubiese bebido dos botellas.

Su padre sonrió satisfecho hacia Alessandra y yo más… Me la comía enterita, ¿y a él? A él es que no sabría muy bien cómo definir lo que le haría, pero mi corazón me saltaba en el pecho y eso me daba una ligera idea.

—¿Qué me dices? —me preguntó entonces Eric y, tan nerviosa como estaba no sabía ni qué me estaba preguntando.

—¿De qué? —le pregunté y entonces la pequeña estalló en carcajadas.

—¡De si te vas a casar con él! —chilló la pequeña y entonces tomé conciencia de la realidad.

Para mí que, hasta ese momento solo estaba soñando. Era un sueño, sí, pero hecho realidad.

—¿Casarme con tu padre? —le pregunté muy nerviosa.

—Que soy yo, su padre soy yo —me recordó él y entonces me eché a reír. No miento, reí, pero a continuación sentí que los ojos se me inundaban de lágrimas.

—¡Me caso contigo! ¡Claro que me caso contigo! —le chillé mientras el cuerpo se me iba para atrás en la silla y a punto estuve de caerme de ella. Hubiera sido lo último ya, lo que habría faltado para ponerle la guinda al pastel, como si no estuviese lo bastante nerviosa.

Eric me sujetó al vuelo y me abrazó mientras la niña se ponía en pie dando saltos de alegría, acercándose a nosotros.

—¡Y yo iré vestida de Frida Kahlo! —gritó haciendo que nos contagiásemos de las carcajadas que había dado momentos antes.

—Tú vístete de lo que quieras, pero nos llevarás los anillos, mi niña. —La abracé también para que fuese un abrazo a tres.

—Espero no perderlos, porque papá siempre dice que no sé ni dónde tengo la cabeza. Pero tú tranquila, que si los pierdo él tiene muchooooo —recalcó— dinero y puede comprar otros.

Todo lo que decía era igual. Yo reía y lloraba al mismo tiempo a la par que él me besaba y borraba con sus dedos las lágrimas de mi rostro.

—No te preocupes, son lágrimas de felicidad. Las más felices que he derramado en mi vida —le confesé.

—¡Yupiiii! Mamá está feliz, está feliz —dijo sin perder la emoción Alessandra, mirándole, como dándole a entender que lo había logrado.

—No puedes imaginar cuánto de feliz, mi niña… No lo puedes imaginar —volví a confesar mientras acariciaba su pelo, lo mismo que su padre me acariciaba a mí.

Ni en mis mejores sueños podría haber llegado a ver una imagen tan impactante, ni tampoco sentido una alegría similar a la que estaba viviendo. Mi vida, de pronto, había dado un giro de 180 grados como me indicaba aquel anillo de compromiso que, reluciente, yo lucía en mi mano.

Alessandra se puso a bailar al ritmo de los más románticos acordes que sonaban en ese instante. Su padre me invitó a unirnos a ella y, más juntos que nunca, bailamos varias piezas ante su alegre mirada.

—Son mi padre y mi madre, ¡y se van a casar! —les contaba a los músicos mientras sus diminutas manitas tocaban palmas.

Cuánto le costó dormirse aquella noche en la que no paraba de charlar sobre lo bonita que sería la boda.

—Tú irás como una princesa Disney. —Fue una de las últimas cosas que me dijo antes de que sus ojitos por fin se cerrasen. Su padre y yo la mirábamos sosteniéndole las manitas, las que besamos antes de irnos a nuestro

dormitorio.

Una vez allí, mi vestido cayó al suelo. Estaba cantado que él moría por hacerme el amor… El mismo amor que ya me había demostrado sentir por mí en aquella inesperada pedida que me cogió por sorpresa, convirtiéndome en la más feliz de las mujeres.

Mientras me iba desvistiendo, me cubría de caricias. Si de algo no tenía yo duda era de que aquella sería una noche larga, una noche en la que me cubriría de besos antes de entrar en mí.

No me equivoqué en nada, aunque sí que me sorprendió que mi ya futuro marido, porque lo era, ¡qué fuerte! Bueno, pues eso, que mi ya futuro marido me amó con una emoción contenida que no podía ocultar en ningún momento. Tampoco trató de hacerlo.

Casi nos sorprende un nuevo día sin dejar de hacer el amor, con mayúsculas, sobre la cama. Y digo que casi nos sorprende porque estuvo a puntito de colarse la claridad por nuestra ventana antes de que cerrásemos los ojos.

El sexo con Eric siempre era de escándalo, pero he de decir que el romanticismo que derrochó sobre mi cuerpo me estremeció.

Creo que una sabe muy bien reconocer al hombre de su vida. Y yo lo estaba reconociendo en cada uno de sus gestos.

Antes de dormir definitivamente, solté un suspiro mientras contemplaba mi anillo en la penumbra del dormitorio.

—¿En qué piensas? —me preguntó mientras me abrazaba tan fuerte que apenas podía respirar. Cómo me gustaban esos abrazos interminables.

—En que está pasando, está pasando —murmuré emocionándome de nuevo—. Y también en que me da miedo dormirme.

—¿Miedo? ¿Por qué miedo? —me preguntó incrédulo.

—Porque temo despertarme y haberlo soñado, por eso.

—Tú no lo has soñado. Soy yo quien está viviendo un sueño del que no consentirá despertarme jamás. No sabía dónde estabas, solo sé que en el fondo de mi corazón siempre supe que algún día te encontraría, que daría con la mujer que me sacaría la sonrisa que no se me borra, con solo mirarla —comentó mientras de sus labios salió el último de los besos antes de que yo cerrase los ojos.

Soñé con todo lo más maravilloso esa noche, pero lo más bonito fue que, al despertar, recordé que había sucedido de verdad al ver mi anillo en el dedo. Él abrió un ojo y me pilló observándolo. Su risa fue lo primero que escuché.

—Haré realidad todos tus sueños hoy y siempre, preciosa —me prometió en ese instante.

—Ya lo estás haciendo, ya lo estás haciendo —repetí porque no podía creer que tuviese tanta suerte.

Las cosas habían salido mucho mejor de lo que en toda mi joven vida hubiera podido planear.

—Haré realidad todos tus sueños hoy y siempre, preciosa —me prometió en ese instante.

—Ya lo estás haciendo, ya lo estás haciendo —repetí porque no podía creer que tuviese tanta suerte.

Las cosas habían salido mucho mejor de lo que en toda mi joven vida hubiera podido planear.

Capítulo 20



A partir de la noche tan mágica que vivimos y de su despertar al día siguiente, mi principal objetivo en la vida fue el de preparar nuestra boda.

Eric lo dejó todo en mis manos. No hace falta decir que para mí fue una alegría inmensa poder dedicar todo mi tiempo a unos preparativos que me tenían loca.

La isla al completo estaba a mi servicio y no lo digo de un modo prepotente, ni mucho menos, sino todo lo contrario. Cuánto me emocionaba saber la ilusión que nuestro enlace les hacía a todos y las muchas ganas que tenían de ayudarme.

Una no sabe cuánto hay detrás de una celebración así hasta que no se pone a ello, pero como ya he dicho, antes incluso de abrir la boca, todos me prestaban la máxima de las atenciones y estaban deseando ayudarme.

Seguro que Eric les había comentado que escuchasen hasta el más mínimo de los detalles que saliera de mi boca porque él estaba tan contento con la boda que no podía disimularlo, ni tampoco quería. Y ese fue el mejor regalo para mí. Un regalo anticipado.

Me pasaba el día recorriendo los negocios de la isla y hasta había una *boutique* de lo más elegante en la que me confeccionarían a medida mi vestido de novia. Yo no necesitaba buscar uno concreto porque tenía el que deseaba en la cabeza. Solo era cuestión de que nos sentáramos y de saber transmitir la idea que tan clara tenía.

Sarah, la chica que la llevaba, era elegantísima y ella se sentó conmigo para que le explicase cómo lo quería exactamente antes de tomarme medidas y encargarlo. Alessandra estaba a mi lado y, una vez más, tuve que reírme con sus ocurrencias, lo mismo que Sarah.

—Mi madre quiere un vestido de princesa para casarse, eso es lo que quiere. Y yo quiero otro, pero más pequeñito.

Las carcajadas de las dos se escucharon hasta en la calle, aunque en el fondo algo de razón tenía mi niña porque yo quería verme como una princesa ese día, pero como una rabiosamente sexy para sacarle a su padre la más embobada de las sonrisas cuando me viese aparecer con él.

Sarah me entendió a la perfección y entre las dos hicimos un diseño en papel que recogió al completo la idea que yo llevaba en la cabeza.

—¡¡El vestido más bonito del mundo!! —exclamó la pequeña cuando lo vio dibujado.

—Tú sí que eres bonita. Y ahora vamos a por el tuyo…

Alessandra participó dando ideas sobre su pequeñito vestido, ese con el que nos llevaría los anillos a su padre y a mí. Yo ya me la imaginaba y hasta me faltaba el aire, pensando en la emoción de ese momento porque todo lo que la vida me había robado hacía años, me lo estaba devolviendo de la más alegre y emotiva de las formas.

No solo se trataba del vestido, sino también de una y mil cosas: el banquete, la música, la tarta… Deseaba una boda romántica, pero original. Yo era una chica moderna y todo iría en ese sentido. La música sonaría en directo y sería muy variada, pero en una misma línea romántica que lo envolvería todo.

Aún faltaba y yo ya tenía los nervios a flor de piel. En la isla contábamos con un maestro pastelero que era como los de los anuncios de televisión que trabajan el chocolate de un modo que te deja hipnotizado. De hecho, era francés y Eric lo fichó después de que ganase un programa de televisión, uno de repostería, que lo convirtió en un famoso chef. Se llamaba Albert y también me entendió a la primera.

Estábamos en su cocina ultimando los últimos detalles de la tarta cuando de pronto me volví y a mi hija la cara le había cambiado de color. Estaba bastante más oscurita, por decirlo de alguna manera, y no por efecto de los rayos solares.

—¡Ha metido la carita en el chocolate! —exclamó él al ver la estampa porque sí, Alessandra parecía de chocolate puro, yo la miraba sin podérmelo creer.

—Cariño, ¿qué has hecho?

—Es que yo solo quería probar un poquito, mami —se excusó, mientras Albert me acercaba un paño con el que comenzar a limpiarle la cara, porque había faena.

—Ven aquí, pequeña, que la vas liando parda por todas partes —le dije mientras no podía parar de reír.

—Ay, qué pena, con lo bueno que está —contestó haciendo un puchero mientras se retiraba una parte con un dedo y se lo chupaba. Qué cosita más graciosa.

—Nadie me la ha liado tanto en la cocina hasta hoy —afirmó Albert riendo.

Demasiado pronto habló, sin anticipar que Alessandra sacudiría la cabeza y el chocolate saldría disparado,

llegando a bastantes armarios.

Muertos de la risa, y después de que nos pringase enteros porque también nos pilló en la dirección del chocolate, cuando nos limpiamos, terminamos de diseñar la tarta de bodas con varios pisos que daría que hablar. De muy distintos chocolates, sabría increíble y me alegró mucho dejar ese tema también zanjado.

El tema de las flores resultaba fundamental igualmente para mí. Yo las quería muy alegres y coloridas. No podía ser de otra manera en aquella luminosa isla que de por sí contaba con colores que atrapaban. Lucy era la dueña de la floristería y ella me dio una y mil ideas.

Fue en un nuevo día en el que nos levantamos con ganas de ir a dejar esa cuestión también lista y solo esperaba que no me la formase la pequeña igual que con Albert y el chocolate, que la niña convirtió su cocina en la más dulce del mundo.

En la floristería, Alessandra se volvió loca y todas las flores le parecían pocas.

—Mamá, tenemos que poner un puñado de estas y otro de estas. —Las señalaba todas a la vez, al tuntún. Si por ella hubiese sido habríamos elegido la floristería entera.

—Ven aquí, que te voy a poner todavía más bonita de lo que estás —le comentó Lucy, con una sonrisa.

—¡¡Me has hecho un collar!! —chilló ella cuando le colocó uno como de hawaiana alrededor del cuello. No podía estar más mona.

—Sí, mira lo guapa que estás. —La cogió para que se mirase en el espejo.

—Mamá, yo quiero llevar uno como este sobre el vestido de princesa…

—Hija, menuda mezcla. —Reí porque eso no pegaba, pero a ver cómo se lo metíamos en su cabecita.

—Bueno, pues entonces me lo llevaré puesto hoy, ¿eso puedo? —me pidió permiso porque era muy educada.

—Eso puedes, claro…

—Pues vale, porque me dan ganas de bailar con él —nos dijo emocionada.

Cuando estuvo en el suelo otra vez, empezó a menear las caderitas como si fuera una hawaiana total. Lucy y yo nos partimos de la risa. No es porque sea mi niña, pero vaya arte en esas caderas y en ese cuerpecito entero. Es que me la comía a bocaditos pequeñitos.

Estaba a tope con los preparativos y eso incluía una cuestión que me hacía mucha ilusión y que tenía que ver con

el tema de los padrinos. Tanto Eric como yo estábamos de acuerdo en pedírselo a Carlos Manuel y a Maddie.

Unos días atrás los invitamos a comer en nuestra villa, todavía las cosas estaban un poco enrarecidas por lo que había pasado, a pesar de la barbacoa que organizó Eric. Lo hablamos entre nosotros, y aunque él tenía un pacto de silencio firmado con Anne, sabía que ellos no nos fallarían. Tenía la necesidad de explicarles el porqué de mi actitud después de la broma que me gastaron.

Cuando les hubimos explicado toda la historia que nos unía a Eric y a mí, se quedaron de lo más impactados y emocionados, entendiendo mi reacción al saber que la niña dejaba la isla para instalarse en Miami. En aquel momento, no había ninguna relación con Eric y eso a mí no me afectaba, pero sí mi niña.

Fue un momento inolvidable, en el que no faltaron las lágrimas, pero tampoco las risas. Prometiendo que sus labios estarían sellados para siempre.

Así, que después de todo lo que me había sucedido con ellos, consideraba que era la mejor manera de demostrarles que los quería en mi vida y que deseaba que todo volviese a ser como antes. Por esa razón, los habíamos invitado a cenar esa noche a nuestra villa con la excusa de comentarles cómo iban todos los preparativos.

Aparecieron por el jardín con una sonrisa y ambos les hicieron carantoñas a la niña, que se hacía querer por todos. Y más todavía por ellos.

—¡Ya están aquí! —chilló Alessandra y yo salí al encuentro, lo mismo que Eric, invitándoles a sentarse en la bonita mesa que habíamos puesto en el jardín.

No es que estuvieran tensos, ni mucho menos, porque no era el caso, pero sí que nos faltaba todavía un puntito para recuperar la sintonía que tuvimos antes de nuestro disgusto.

—¡Por vuestra boda! —Brindaron de todos modos con nosotros, muy felices.

—Pues de ese tema os quería yo hablar justamente, de nuestra boda.

—Sí, justo de ella. —Carraspeó Eric.

—¿Va todo bien? No nos digáis que hay algún problema, que todos estamos muy contentos con que se celebre —comenzó a hablar Maddie.

—Sí, todos están como locos. —Le dio la razón Carlos Manuel.

—Y nosotros los primeros —les tranquilicé—, pero para que todo sea perfecto solo nos falta un detalle.

—¿Qué detalle? —Se interesaron.

—Que los dos aceptéis ser nuestros padrinos —les anuncié mientras Alessandra, incluso antes de que contestasen lo celebró aplaudiendo.

—¿Vuestros padrinos? —preguntaron mirándonos con los ojos más grandes que les había visto nunca a ambos.

—Eso es, nuestros padrinos. Es lo que queremos. —Eric no dudó en decírselo también para que vieran que era un deseo de ambos.

—¿Nosotros vuestros padrinos? ¡¡Es increíble!! —Se llevaron los dos las manos a la cabeza, mirándose el uno al otro.

—Por mí sí, desde luego, menudo honor. —Se arrancó Maddie y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Me lo dices en serio? ¿Y tú, Carlos Manuel? ¿También quieres? —le interrogué y él asintió con una amplia sonrisa.

—Claro, ¿cómo no voy a querer si es una boda? Yo, «sí, quiero» —bromeó, y yo es que pegaba saltos de alegría.

—¿Lo has escuchado, Eric? ¿Los has escuchado?

—Sí, cariño, ¿estás contenta? —me preguntó él.

—Papá, orejas para escuchar tienes, pero ¿no tienes ojos? Claro que lo está, mírala, si parece a punto de ponerse a bailar.

La niña lo dijo y me di cuenta de que tenía toda la razón, porque a mí se me iban los pies. Me levanté y Carlos Manuel comenzó a bailar conmigo mientras que mi futuro marido sacó a bailar de manera improvisada también a Maddie. Qué divertido todo y la pequeña que buscaba la música en el móvil de su padre, pues la nueva generación maneja la tecnología que da miedo.

Nos puso una bachata alegre y ella comenzó a bailar también, sola y con una gracia que no se podía aguantar. Ese fue el primer e inesperado baile de celebración de la noche porque habría más. Y así fue porque no nos faltó de nada, ni animación, ni alegría.

Durante la cena, les desvelamos algunos de los preparativos, porque con respecto a otros nuestros labios no se despegarían, ya que deseábamos sorprender a todos nuestros amigos con muchas ideas, algunas de las cuales no las sabía ni la niña, por dos motivos: para sorprenderla igualmente y porque no nos fiábamos de que la emoción pudiera con ella y lo dijera.

Maddie quiso saber más sobre mi vestido de novia y le hice la propuesta de que viniese conmigo a las pruebas, pues en realidad me hacía mucha ilusión, aparte de que estaba segura de que Sarah daría también con la clave del mejor vestido de madrina para ella. Uno juvenil y elegante a la vez, que correría por nuestra cuenta igual que el traje de Carlos Manuel.

—Ya están cuchicheando del vestido, vamos nosotros a servirnos una copa porque no consentirán que nos enteremos de nada —comentó Eric.

—Claro, papá, ese es el secreto mejor guardado de una boda, ¿tú no lo has visto en las películas? —le preguntó Alessandra provocando nuestras risas.

—Tú sí que eres una peliculera. Ven aquí, anda. —Cogí a mi niña al vuelo para darle un buen montón de besos y para que le contara también a Maddie cómo era su propio vestido, con el que parecería una princesita.

Esa noche se cerró un círculo, aparte de que la emoción de que nos dijeran que sí fue grande. Ya no nos faltaba nada… Todo estaba en marcha y era cuestión de esperar a que llegara el gran día para disfrutar de lo que, con tanto cariño, ilusión y amor habíamos preparado.

Eric descontaba los días y me lo decía a cada momento.

—El día en el que te conviertas en mi esposa será el más feliz de mi vida, porque tendré conmigo a las dos mujeres que más amo en este mundo: a ti y a la pequeña.

—Si ya me tienes, si ya me tienes —le recordaba yo.

—Pero entonces te tendré con todas las de ley, patrona de la isla —bromeaba en esos casos y causaba mi risa.

Maddie quiso saber más sobre mi vestido de novia y le hice la propuesta de que viniese conmigo a las pruebas, pues en realidad me hacía mucha ilusión, aparte de que estaba segura de que Sarah daría también con la clave del mejor vestido de madrina para ella. Uno juvenil y elegante a la vez, que correría por nuestra cuenta igual que el traje de Carlos Manuel.

—Ya están cuchicheando del vestido, vamos nosotros a servirnos una copa porque no consentirán que nos enteremos de nada —comentó Eric.

—Claro, papá, ese es el secreto mejor guardado de una boda, ¿tú no lo has visto en las películas? —le preguntó Alessandra provocando nuestras risas.

—Tú sí que eres una peliculera. Ven aquí, anda. —Cogí a mi niña al vuelo para darle un buen montón de besos y para que le contara también a Maddie cómo era su propio vestido, con el que parecería una princesita.

Esa noche se cerró un círculo, aparte de que la emoción de que nos dijeran que sí fue grande. Ya no nos faltaba nada… Todo estaba en marcha y era cuestión de esperar a que llegara el gran día para disfrutar de lo que, con tanto cariño, ilusión y amor habíamos preparado.

Eric descontaba los días y me lo decía a cada momento.

—El día en el que te conviertas en mi esposa será el más feliz de mi vida, porque tendré conmigo a las dos mujeres que más amo en este mundo: a ti y a la pequeña.

—Si ya me tienes, si ya me tienes —le recordaba yo.

—Pero entonces te tendré con todas las de ley, patrona de la isla —bromeaba en esos casos y causaba mi risa.

Capítulo 21



Y como todo llega, ¡¡por fin llegó el día de nuestra boda!!

La noche anterior Alessandra estaba como para ponerle una pastillita debajo de la lengua de los nervios que sentía la pequeña. Yo, que había logrado mantener los míos a raya hasta ese momento, me puse también como un flan y me costó la misma vida dormirme, razón por la que, una vez que amaneció, me costó un poco ubicarme.

De pronto, abrí un ojo y la vi viniendo hacia nosotros como si fuera un pequeño terremoto, tirándose en plancha hacia ambos y cayendo sobre su padre, el cual habló con voz de pito.

—Un incidente más como este y se queda de hija única de por vida, qué dolor —soltó y a mí no se me soltaron, sino que se me saltaron las lágrimas de la risa.

—¿Qué dice papá que te hace reír tanto, mami? —me preguntó y entonces la miré risueña.

—Nada, pequeña, nada —le respondí mientras me levantaba y Eric hacía muecas cómicas.

En ese momento me despedí de él…

—Qué crueldad, lisiado y solo en el día de mi boda —dijo mientras que yo me borraba las lágrimas del rostro y me ponía manos a la obra, pues tenía que prepararme para seducirle más todavía, ya vestida de novia.

Maddie estuvo a mi lado desde la hora del desayuno, que lo hicimos de chicas, también con Alessandra. Lo dejé en la buena compañía de Carlos Manuel y le prohibí que apareciera por la zona en la que estaríamos, en ningún momento. Quien sí lo hizo fue mi suegra, una persona muy simpática y original que se llamaba Camila y con la que yo estaba *in love* desde el primer día que puso un pie en la isla para conocerme y ayudarme con los preparativos de los últimos días.

Ella, quien hasta hacía poco estuvo de viaje por la caída de su hermana, volvió a la isla a tiempo y tuvimos que reírnos cuando irrumpió en el jardín vestida ya de ceremonia desde primera hora de la mañana, con una pamela enorme.

—Abuela, ¿eso que llevas en la cabeza es una sombrilla de las de la playa? —le preguntó mi niña y yo, que mordisqueaba la tostada, en ese momento me atraganté y creí que no podría ni casarme.

Menos mal que Camila todo se lo tomaba a broma y a modo de respuesta comenzó a desfilar delante de nosotras.

—Alessandra, yo soy como una diva, ¿se nota o no se nota? —le preguntó a su nieta.

—Si yo supiera lo que es una diva. —Se encogió ella de hombros.

—Pues como una estrella, cariño —le expliqué.

—¿De las del cielo? Abuelita, que yo no quiero que te vayas tan arriba, me río mucho contigo —le dijo imitando sus andares y ya es que ninguna pudimos dejar de reír durante un tiempo.

Menos mal que el ambiente no podía ser más festivo, porque los nervios me llegaron tarde, pero bien concentrados. Tras el desayuno, comenzó todo el arreglo y las cuatro nos reunimos con la peluquera y la maquilladora, dos personas de mi total confianza que trataron de relajarme en todo momento porque a mí me temblaban hasta las pestañas.

Cuando ya solo me faltaba por colocarme el vestido, apareció Sarah con él. Nadie mejor que quien lo había confeccionado para ayudarme a colocármelo.

—Es una verdadera joya, casi tanto como tú —comentó mi suegra mirándome orgullosa y emocionada.

Tras la mala experiencia anterior de su hijo, ella estaba deseando verlo casado conmigo y más, después de comprobar lo feliz que era. A falta de haber tenido una buena madre que me apoyase en el día más romántico de mi vida, la tuve a ella.

Cuando por fin me miré en el espejo y me vi vestida de novia, me emocioné tanto que tuve que controlar las lágrimas.

—Eres una princesa de cuento de verdad, mamá, te lo prometo. —Mi niña me miró del modo más amoroso del mundo y más ganas de llorar de alegría sentí. Me las contuve, eso sí.

Lo que el espejo me devolvía era la imagen más maravillosa que hubiese podido soñar como mujer; la imagen de una novia enamorada e ilusionada hasta el infinito.

La boda se celebraría en la playa y daría que hablar durante años. Ya comenté que teníamos preparadas varias sorpresas para que todos los asistentes se sintieran como en un cuento de hadas, que para eso nosotros nos sentíamos los protagonistas de una historia de amor breve, pero intensa, que bien podría haber servido de guion para una.

Carlos Manuel vino a por mí y entonces Maddie se fue en busca de Eric.

—Eres la novia más sexy del mundo. Si no fuera gay, me darían tentaciones de escaparme contigo —me comentó mi padrino cuando me ofreció su brazo para caminar a su lado.

Mi vestido con cuerpo de sirena, de finísimo encaje y estrecho, resaltaba mucho mi figura y su color blanco hacía lo mismo con mi bronceado. Su escote corazón era ya la guinda del pastel para remarcar mis formas y supe desde el mismo momento en que me lo probé la primera vez, que ese y solo ese era el vestido de novia que siempre deseé lucir un día tan importante como el de mi boda.

Al llegar a la playa donde se celebraría, eran cientos de personas las que me esperaban y entonces yo también me sentí una diva, como decía mi orgullosa suegra de ella misma. Por cierto, que al pasar por su lado le hizo a su hijo un gesto de aprobación como diciéndole que esa vez sí que había acertado. Yo me sentí muy feliz y entonces fijé los ojos en los de Eric, que negó con la cabeza con la mirada más fascinada que un hombre puede dirigirle a una mujer.

Nuestra niña iba delante y al ver esa mirada, se volvió y me sonrió. Menos mal que le pudimos quitar la idea de ir vestida de Frida Kahlo, aunque en realidad ella hubiese estado preciosa hasta vestida de buzo, porque no podía yo haberla rematado mejor, las cosas como son.

Cuando llegué a su altura, no pudo evitarlo y Eric me abrazó sin articular palabra. Hay momentos en la vida que e silencio suena mucho más y fue uno de esos. Ahora bien, ese silencio se vio interrumpido por el aplauso de todos los presentes, el cual aprovechó nuestra niña para marcarse un bailecito. Si es que más arte no se podía tener.

El momento de intercambio de los anillos fue inolvidable, con él aguantándome fuerte el dedo como para que no se me escurriese y conmigo dedicándole una sonrisa que terminó en lágrimas cuando besó mi mano una vez me lo hubo colocado.

De nuevo todos comenzaron a aplaudir y nuestra niña a bailar otra vez. Ella sí que iba para estrella, qué contenta estaba.

Una vez nos dimos la vuelta, la lluvia de pétalos dejó regada la playa al completo y tanto sus familiares como todos nuestros amigos se acercaron a felicitarnos.

Maddie y Carlos Manuel disfrutaron también de su papel protagonista como padrinos, algo que se merecían porque aquella historia de amor que Eric y yo estábamos sellando no habría sido la misma sin ellos.

Comenzó la fiesta y con ella la juerga total. La playa se convirtió en un bufé de lo más lujoso, en el que cada uno se iba sirviendo todo lo que deseara. Las bandejas, apiladas con glamur, incitaban a tomar los más exquisitos entrantes, así como las delicias a base de marisco y pescado más selectas, todo ello regado con los mejores vinos.

En cuanto a la parte dulce, ¿qué decir? Que eran infinitas las opciones a probar, en un carrusel que también preparó Albert, quien les decía a todos que probaran lo que desearan, pero que no se olvidaran de dejar un hueco para la más selecta tarta de distintos chocolates que hubieran probado jamás.

Cuando llegó la hora, la partimos Eric y yo con una espada, como manda la tradición. Mientras, nuestra niña daba saltitos sin parar. La casualidad quiso que ella, que se había quitado los zapatitos para correr con otros niños a lo largo y ancho de toda la playa, pisó en ese momento una caracola que le pinchó, yendo a dar de cara con el piso inferior de la tarta, que venía a tener más o menos la altura de un rascacielos.

Su padre tuvo que emplearse a fondo para que no se fuera entera contra la arena y también Carlos Manuel estuvo al quite, así que no hubo que lamentar nada más que Alessandra saliera con la nariz llena de chocolate en las fotos que se tomaron en el momento más cómico de toda la celebración.

Una vez pasado el susto, comenzó el baile, el cual abrimos Eric y yo con la intención de que todos nos siguieran. Y tanto que lo harían, como que no sabíamos que Carlos Manuel había citado a todos los asistentes el día anterior para enseñarles una coreografía.

Lo que nos pudimos reír Eric y yo al ver a aquella marea humana todos siguiendo las órdenes del más alocado de los padrinos, el cual formó una verdadera revolución entre los invitados, pues ni uno solo dejó de seguirle.

Alessandra, que también había participado de la sorpresa, se colocó al lado de Carlos Manuel y nos recordó una vez más aquel día que ella también llevaba el baile en el cuerpo, arrancando los aplausos de todos.

Eric y yo no dudamos en unirnos a la coreografía y enseguida le cogimos el ritmo, muertos de la risa.

Así dieron comienzo unas horas de baile mezcladas con copas y con las muchas diversiones que teníamos para todos, pues no hubo un solo invitado que no se quedara boquiabierto con el pequeño parque de atracciones que mandamos colocar al lado de la playa. En él no faltaron desde coches de choque, en cuyas carreras participamos nosotros mismos, hasta una alta e impresionante noria desde la que se divisaba toda la isla.

La gente cuchicheaba que jamás había asistido a una boda así y no nos extrañaba, pues nos habíamos dejado la piel en que fuese un enlace único.

Hasta bien entrada la madrugada permanecimos todos allí. Su abuela se llevó a Alessandra, quien cayó rendida de las últimas, porque a nuestra niña parecían haberle dado cuerda en un día que fue emocionante de principio a fin. Pero con los nervios que había pasado y lo poco que durmió durante la noche por ellos, demasiado duró activa.

Eric y yo terminamos contemplando la isla desde lo alto de la noria, con mucho alcohol recorriendo nuestro cuerpo y ya convertidos en marido y mujer.

Esa experiencia nos hacía tan felices que no queríamos bajarnos, como si estuviéramos en una nubecita. Y es que

la luna iluminaba el mar, reflejándose en él, y con las vistas tan impresionantes que nos daba la altura, el momento fue increíble e inolvidable. Lo alargamos porque fue muy especial, no queríamos que el día terminase. De todas formas, allí arriba no podíamos hacer el amor, sobre todo porque si deseábamos intimidad, nadie nos podría bajar luego. Y como paracaídas no teníamos, terminamos por poner los pies en el suelo gracias a la persona que la controlaba, aunque yo por poco tiempo.

Eric me tomó en brazos y salió corriendo conmigo mientras nuestras risas fueron el último sonido musical que sonó en la isla aquella noche. Luego llegó otro, aunque ese fue más sugerente que musical… Un sonido que se prolongó hasta primera hora de la mañana, porque nosotros la noche de boda la celebramos de principio a fin.

—Por fin eres mi mujer —me dijo antes de dormir mientras me acurrucaba en su pecho, ya ambos exhaustos después de toda la noche haciendo el amor.

—Todavía no puedo creerlo —le contesté abriendo mucho los ojos para comprobar que era verdad, que todo lo que habíamos deseado se había hecho realidad.

—Pues ya va siendo hora de que te lo creas, mi amor —susurró besándome mientras me incitaba a que cogiera el sueño, a que descansara después de tantas horas de emoción acumuladas y de una temporada en la que me dejé la piel para que la boda saliera genial.

Él me lo agradeció junto con un «Te quiero, Marta» que se dibujó en el cielo unas horas antes, cuando todos pensaban ya en marcharse, y los fuegos artificiales pusieron el punto final a una boda inolvidable.

la luna iluminaba el mar, reflejándose en él, y con las vistas tan impresionantes que nos daba la altura, el momento fue increíble e inolvidable. Lo alargamos porque fue muy especial, no queríamos que el día terminase. De todas formas, allí arriba no podíamos hacer el amor, sobre todo porque si deseábamos intimidad, nadie nos podría bajar luego. Y como paracaídas no teníamos, terminamos por poner los pies en el suelo gracias a la persona que la controlaba, aunque yo por poco tiempo.

Eric me tomó en brazos y salió corriendo conmigo mientras nuestras risas fueron el último sonido musical que sonó en la isla aquella noche. Luego llegó otro, aunque ese fue más sugerente que musical… Un sonido que se prolongó hasta primera hora de la mañana, porque nosotros la noche de boda la celebramos de principio a fin.

—Por fin eres mi mujer —me dijo antes de dormir mientras me acurrucaba en su pecho, ya ambos exhaustos después de toda la noche haciendo el amor.

—Todavía no puedo creerlo —le contesté abriendo mucho los ojos para comprobar que era verdad, que todo lo que habíamos deseado se había hecho realidad.

—Pues ya va siendo hora de que te lo creas, mi amor —susurró besándome mientras me incitaba a que cogiera el sueño, a que descansara después de tantas horas de emoción acumuladas y de una temporada en la que me dejé la piel para que la boda saliera genial.

Él me lo agradeció junto con un «Te quiero, Marta» que se dibujó en el cielo unas horas antes, cuando todos pensaban ya en marcharse, y los fuegos artificiales pusieron el punto final a una boda inolvidable.

Capítulo 22



Si alguien te quiere de verdad, no solo vas a escuchárselo decir, sino que te lo demostrará con hechos.

Prometo que no conocía el destino de nuestra luna de miel en el momento en el que nos montamos en el avión para volar a España. Eric pensó en mí y en lo importante que sería que regresara al lugar donde tenía mis orígenes para celebrar nuestra boda.

Por supuesto que yo jamás querría volver a saber de mis padres, eso en mi vida, pero volver a mis raíces era algo que me tomé como todo un regalo por parte de mi marido, que para eso ya lo era y miraba tanto por mí.

Alessandra se volvió loca cuando supo que viajábamos a un lugar de playa. Y no porque estuviera falta de ella, sino porque mi niña se había criado en la isla y no sabía vivir sin el mar al lado. Cádiz sería nuestro destino y menudas ganas que tenía yo de que conocieran esa bonita provincia donde el buen tiempo y la gracia se dan la mano, lo cual atrae a los turistas por miles.

Nada más llegar, comprobé que el campamento base lo tendríamos montado en la zona de la llamada Playa de los Alemanes, cercana al pueblo de Zahara de los Atunes.

—Menuda mansión —le dije al entrar en ella y ver que contaba con unas vistas inigualables a la playa, ya que estaba situada en lo alto de la colina con un mar infinito de fondo que servía de horizonte.

—¡¡Y menuda piscina!! —chilló la pequeña emocionada, viéndola en la terraza.

—Tú te has propuesto que no salgamos de aquí, me parece a mí —comenté en broma porque no daban ganas de alejarse demasiado de todo aquello.

—No, sabes que he venido a verlo todo y que no voy a renunciar a comerme en Cádiz el pescadito frito del que me has hablado, o las gambas de Sanlúcar o a dar una vueltecita por Rota. Ya lo tengo todo en la cabeza —comentó porque sabía cuánto me gustaban esas cosas, las que deseaba compartir con ellos.

—¡¡Síii…!! Yo también quiero. —Aplaudió Alessandra.

Con su gracia de siempre se metió en la conversación, queriendo aportar su granito de arena, como si supiera a la perfección de qué estábamos hablando.

—Lo verás, pequeña, y, sobre todo, lo disfrutarás junto a nosotros. —La cogí en brazos y empecé a correr con ella, entre risas por toda la terraza.

Miramos de cerca la piscina, deseando estrenarla, aunque no con ella de cabeza, que fue lo que casi pasó, por lo que tuve que tomarla entre mis brazos con fuerza y hacer un movimiento raro con el cuerpo para frenarnos, con las risas de fondo de Eric.

No teníamos fecha de vuelta. Eric podía hacer con su tiempo todo lo que le viniera en gana como consecuencia de ser alguien tan rico, y eso tiene sus ventajas, todas innegables.

Cada día estaba más segura de que le hubiera querido fuera quien fuese. Yo no me quedaba con lo que me daba, por mucho que fuera, sino con quién era aquel hombre que me miraba como si yo fuese un auténtico tesoro, uno de esos a los que cuesta tener acceso por lo valiosos que son.

Cada día nos dedicábamos a hacer algo distinto. En Zahara vivíamos experiencias de todo tipo, tanto de playa, como de salida a chiringuitos y demás, sobre todo tras las puestas de sol que disfrutábamos desde la misma playa o desde la terraza de nuestra casa.

Vivimos sin horarios y disfrutando del sol, de los chapuzones, del buen comer y de los cócteles hasta la madrugada. Alessandra hizo amiguitos con los que correr en la playa, hasta caer rendida cuando ya bien entrada la noche las fuerzas le fallaban. Entonces, su padre la cogía en brazos, mientras ella apoyaba su cabecita en su hombro, dando el día por finalizado.

A base de cócteles de piña colada y mojitos, más de una noche también me hubiera tenido que coger en brazos a mí, pues casi subo «haciendo eses», muerta de la risa y con muchas ganas de marcha, que para eso el alcohol desinhibe.

Aparte de otras delicias de la zona, me sorprendió que a Eric le gustasen tanto las papitas *aliñás* tan típicas de la tierra, aunque lo cierto es que no por ser un plato sencillo está menos rico. El atún encebollado es otro de los clásicos que cayó más de un día y a los arroces tampoco quisimos renunciar en ningún momento. A Alessandra le encantó el arroz negro con puntillitas y alioli, una verdadera delicia de la zona con la que más de un día acabó con los dientes negros sonriendo para unas fotos con las que su padre y yo nos reíamos cada vez que las veíamos.

Morenos ya llegamos, pero a fuerza de tanta playa íbamos a salir de allí como tizones. En mi caso, me fascinaba pasarme largas horas tumbada al sol. En cuanto a Eric, él era más de deportes acuáticos, por lo que se llevaba a la pequeña mar adentro con sus gafas y su tubo.

—Mamá, ¡he visto unos peces de colores muy bonitos! —me dijo una de las veces.

Era por la mañana y llegó tan emocionada que se tiró sobre mí con todo su cuerpo, el cual me resultó helado, porque las aguas de aquella playa están algo más frías que las del resto de la zona, y porque yo tenía la piel muy caliente mientras me tostaba al sol.

—Cariño, ¡¡qué frío!!

—Pero ¿cómo va a hacer frío si estamos en Cádiz y es verano? —dijo riendo, repitiendo lo que había escuchado de otros turistas.

Pasados los primeros días, comenzamos a movernos por la zona. Tocaba ver otras cosas, como Cádiz capital, en cuyo paseo marítimo tomamos helado y disfrutamos de otra playa, en ese caso metida en la ciudad, pero no por ello menos bella.

No es porque yo lo diga, es porque todos los rincones de la costa de Cádiz tienen un encanto especial. En la capital, no nos resistimos de comer pescadito frito en la famosa Plaza de las Flores y hasta tuvimos la suerte de ver en vivo y en directo la actuación de una chirigota de carnaval. Yo les tuve que explicar a los dos de qué iba y la pequeña no se nos hizo chirigotera de milagro, porque le gustaba una fiesta con locura.

Por la noche, cenamos en una preciosa terracita de la llamada Alameda Apodaca, viendo pasar el catamarán con turistas que bailaban y cantaban mientras que Alessandra los saludaba desde tierra firme imitando sus bailes, pues iban de fiesta total. Las croquetas que nos pusieron y también el atún, en ese caso mechado, fueron para enmarcar Qué delicias para el paladar.

Cuando terminamos, decidimos dar un paseo en la dirección del Parador con la niña por delante, siempre sin perderla de vista, que para algo era lo más bonito e importante que su padre y yo teníamos en la vida.

Nuestro recorrido por Cádiz nos encantó, con lugares imperdibles como la Catedral o la Playa de la Caleta, tan típica. Nos quedaban, eso sí, muchos lugares por recorrer y mucha fiesta por vivir, siempre adecuada a una luna d miel con una niña.

Que conste que Camila, mi ya suegra, se ofreció a quedarse con ella, pero ni su padre ni yo nos lo planteamos. No había pasado tantos años de vida sin mi hija para dejarla al margen de un viaje así, ni de cualquier otro momento porque quería compartirlos todos con ella. Alessandra venía por delante y disfrutaba de todo lo que tuviese que disfrutar.

No sé deciros con qué rincón mágico de Cádiz nos quedamos, porque todos lo son. Si la capital nos gustó, también nos fascinó Sanlúcar, un pueblo que ya he mencionado y que tiene encanto de sobra. De allí nos enamoramos de las puestas de sol, las que nos dejaron boquiabiertos. También disfrutamos de las carreras de caballos en la playa que tanta emoción causaron en la niña, a la que le apasionaban los animales y que jaleó a su caballo favorito hasta que la voz no le salió de la garganta.

Entre langostinos, tortillitas de camarones, pescado y manzanilla para beber, vivimos momentos inolvidables. Lo que más nos gustaba era que, por muy bien que se lo pasase con nosotros, nuestra hija siempre hacía amigos allí donde llegábamos.

—Es que se encuentra un poquito sola, ¿no crees? —me preguntó su padre haciéndose el distraído y con una sonrisa de medio lado. Supe muy bien el significado escondido de su comentario.

—Lo mismo un poquito, pero si tienes algo que pedirme, igual será mejor que me vuelvas a llenar la copa —le sugerí porque el vino entraba solo y yo no podía tener más ganas de escucharle decir ciertas cosas que no tardó en pronunciar.

—Pues que yo creo que deberíamos darle un hermanito, ¿no? ¿Qué me dices? Mírala, se lo merece todo.

Solté una carcajada porque él estaba pletórico con la idea. Claro que Alessandra se lo merecía, pero él también. Ya formábamos una familia preciosa, pero no por eso íbamos a descartar esa bonita posibilidad.

—Quiero vivirlo contigo, Marta. Como te mereces, cuidándote como debe ser desde el inicio, disfrutando los dos unidos de la ilusión de ser padres. —Me miró con intensidad y tragué saliva por lo que representaron sus palabras haciendo alusión al pasado que viví.

No le respondí, no pude por el nudo que se formó en mi garganta. Lo que sí hice fue asentir conteniendo la emoción mientras me acercaba a él y me besaba con amor. Me hacía muchísima ilusión, tanto como que me lo hubiera pedido llenándome de felicidad. Y más después del final que le había dado, el que me había llegado a lo más hondo del corazón.

Pasado un tiempo conseguí templar los nervios y sonreír feliz gracias a él, contagiando a Eric. La pequeña, que corría con sus amiguitos nuevos, iba y venía…

—¿Por qué mamá está tan contenta, papi? —le preguntó—. Se ha quedado como yo cuando me compras el helado más grande de todos, ¿vamos a por uno? —preguntó porque era muy lista y no desaprovechaba ninguna ocasión.

—Está muy contenta porque igual pronto tienes un hermanito, cariño —le anunció él.

—¿Pero ya lo tiene en la barriguita? —nos preguntó nerviosa, fijando la mirada en esa zona.

—No, no, todavía no… —Reímos—. Pero todo se andará, cariño.

—¿Los bebés se meten en la barriguita andando? —le preguntó inocente.

—Yo lo no diría de esa forma. —Carraspeó mirándome de reojo.

—¿Y entonces cómo se meten?

—Alessandra, ¿tú no querías un helado? Pues venga, vamos a por él.

Buen cambio rápido de estrategia, me dije mientras reía viendo cómo se levantaban y Eric me guiñaba un ojo. Lo había puesto en un aprieto y me lo pasaba genial cuando sucedía. Cómo me divertía con todas las cosas de nuestra hija y qué orgullosa me sentía de ella. Y él como padre no tenía precio. Ni con lupa hubiese podido encontrar uno mejor.

Nos merecíamos que sucediera. Dado que a Alessandra no pudimos «fabricarla» juntos, como decíamos en tono de broma, nos entusiasmó pensar en crear otra vida que partiera de cero, como me había dejado claro, y que Alessandra se convirtiera en la hermana mayor, porque estaba deseando serlo.

No teníamos prisa, pero tampoco demasiados motivos para esperar como habíamos hablado antes de que se acercara a nosotros la pequeña. El tiempo pasaba rápido y no queríamos que se llevasen muchos años.

Por esa razón, esa misma noche nos dejamos llevar muy conscientes de nuestro propósito, para que el azar aumentase nuestra familia cuando le viniese en gana. Mientras, nosotros también nos dejamos llevar por la luna de miel que nos regaló momentos inolvidables, como el día que, estando en Rota tras dar una vuelta por el precioso pueblo, nos topamos con un grupo de niñas en una plaza que bailaban sevillanas.

A Alessandra le gustaba moverse al ritmo de cualquier música y comenzó a mover las manitas y los pies desde abajo del tablao, que estaba rodeado de gente. El cantaor de flamenco la señaló desde arriba y le hizo una seña para que se uniera a ellas.

Ella es que ni se lo pensó, ni nos preguntó siquiera por la emoción, y entonces fue su padre quien la cogió en brazos para subirla. El resto de las niñas la invitaron a bailar y la gente, al ver que había sido improvisado, comenzó a grabarlo.

Nunca me hubiera imaginado a Alessandra bailando sevillanas así, porque en nada se hizo con los pasos y seguía el ritmo como nadie. Si hasta tocaba las palmas que era una verdadera maravilla.

—Nada de esto habría sido posible sin ti. Has llegado a nuestra vida para hacerla mucho más bonita, casi tanto como tú —me dijo orgulloso Eric, quien no tardó en jalearla desde abajo, como se suele decir en la zona, y ella más se vino arriba.

Lo observé con todo el amor que me hacía sentir y me uní a él animando a nuestra hija. Vaya risas que nos echamos. La pequeña al bajar lo hizo empeñada en que teníamos que comprarle unos zapatos de tacón, un mantoncillo y unas castañuelas. A su padre le faltó el tiempo para darle el capricho y enseguida se puso a tocarlas y a taconear. Se defendía muy bien, tanto que tuvimos hilo musical durante el resto de la luna de miel, la que nos llevó a recorrer muchos rincones de la provincia.

Los Caños de Meca fue otra de las zonas que no quisimos perdernos y una de las preferidas por nuestra niña cuando, terminada la luna de miel, pusimos rumbo a casa. No solo disfrutamos allí de la playa, sino también del senderismo por el Pinar de la Breña, otro de los rincones mágicos gaditanos, con kilómetros de acantilados en los que descubrimos vistas impresionantes.

En el mismo pueblo en el que estábamos alojados disfrutamos igualmente de tardes de *shopping* en los mercadillos de artesanía, donde tanto Alessandra como yo, elegimos vestiditos veraniegos, así como pulseras y collares con los que adornarlos.

Sentados en las dunas, escuchábamos música al atardecer mientras ella hacía «la croqueta» tirándose hacia abajo y acabando «rebozada» de arena entre risas, lo mismo que hizo en la playa de Bolonia, donde las dunas son incluso más altas y competía con otros niños.

Disfrutamos mucho de cada uno de los momentos de sol y playa, de carcajadas, de ocurrencias por parte de la pequeña y de los planes por la nuestra. Pero es que, estar juntos era todo lo que necesitábamos.

No hubo un lugar que visitásemos que no nos robase el corazón. Incluso demoramos bastante la vuelta a casa porque Alessandra ya parecía haberse vuelto una gaditana y cada día nos preguntaba qué más lugares iríamos a visitar.

De los de costa, creo que no nos quedó ninguno por recorrer y tampoco renunciamos a subir una tarde en catamarán para ver la puesta de sol frente al Castillo de Sancti Petri, al que en otro momento también llegamos en kayak. Tanto en el Novo Sancti Petri como en la Playa de La Barrosa los atardeceres son magníficos y, tras ellos, también encontramos numerosos rincones en los que disfrutar de una cena, un helado o una copa.

Conil fue otro de los pueblos que nos cautivó, el cual encontramos a tope de gente, lo mismo que El Palmar, con sus conciertos por la tarde en los chiringuitos tan famosos que cuentan hasta con piscina.

Para terminar, una cenita en Vejer también fue una opción maravillosa. Esa la hicimos el último día en un famoso restaurante de comida de Oriente Medio que formaba parte de un hotel. Nos sentimos tan a gusto que esa noche hasta nos alojamos en él, volviendo a hacer lo que practicábamos siempre que Alessandra se dormía y que nos resultaba tan adictivo.

En resumen, una luna de miel de ensueño por una tierra que cada vez eligen más *celebrities* e *influencers*, como tuve la oportunidad de comprobar mientras la recorría. Y es que ya una idea rondaba mi mente por aquel entonces relacionada con algo que no tardaría demasiado tiempo en poner en marcha.

Epílogo



10 años después…

Nuestro hijo Camilo hacía pádel surf al lado de su hermana. Él había nacido y se había criado en la isla, pero siempre le decíamos que también tenía una parte de gaditano porque las fechas no fallaban, mi embarazó se coció a fuego lento en nuestra ardiente luna de miel.

Desde entonces ya habían pasado diez años. Su nombre se lo pusimos en honor a su abuela, que fue una segunda madre para mí, y también porque Alessandra, que siempre andaba con la música a cuestas, parecía enamorada del cantante Camilo cuando su hermano nació, por lo que nos lo pidió y, de esa forma, matamos dos pájaros de un tiro.

Alessandra y él siempre pasaban el día juntos. Ella ya era una adolescente que se conocía la isla como la palma de su mano y a su hermano le encantaba pisarle los talones allí donde iba. Lejos de molestarle, le llevaba con gusto a todos los sitios. Se había convertido en una preciosa muchachita, pero su corazón seguía siendo el de la niña noble y buena con la que un día me reencontré en la isla.

Me sentía súper orgullosa de la familia que habíamos creado entre los dos. El día que supimos que otro bebé venía en camino, a tan poco tiempo de habernos casado, supuso la culminación de un sueño.

No voy a negar que mis primeros años en la isla los viví muy volcada en la crianza de mis hijos. No creo que sea de extrañar cuando a la primera la perdí durante tanto tiempo, por lo que quise disfrutarlo al máximo, como cuando me reencontré con Alessandra.

Cuando Camilo nació, me sucedió que no quise perderme ni uno solo de los segundos de su más tierna infancia, y eso me ayudó a recuperar, en lo más interno de mí, la parte que un día creí que me habían arrancado de cuajo cuando me vi obligada a vivir sin mi hija.

Todo eso ya lo veía como de otro mundo o como si me hubiese pasado en otra vida. Todo el dolor quedaba muy lejos, pues desde que recuperé a Alessandra mi vida se convirtió en una muy distinta, no solo gracias a su amor, sino también al de su padre.

Con la llegada de Camilo cerré un círculo, y conforme los años fueron pasando y mis hijos me necesitaron menos

comencé a darle más vueltas a esa idea que me rodaba la mente desde que estuve en Cádiz.

La isla era un centro turístico de gran nivel al que llegaban clientes con mucho poder adquisitivo desde todas las partes del mundo, eso era innegable. Desde ese punto de vista, se trataba de una especie de mina de oro que mi marido supo ver y explotar. No obstante, yo era muy inquieta y quería darle una vuelta de tuerca al negocio que podía crecer y crecer, dándonos mayores beneficios, pero, sobre todo, haciendo que alcanzase fama mundial.

Eric lo vio claro desde la primera vez que se lo expliqué, años atrás.

—Así que tu idea es convertir la isla en un lugar atractivo a tope para *influencers* y gente famosa en general. Ni tan mal —me dijo apoyándome, porque si algo puedo decir de él es que siempre, siempre, me ha apoyado en todo

—Es que me hace mucha ilusión porque hay ciertas partes que podríamos explotar más, convirtiendo la isla en la preferida de todas ellos, sin que se vea afectado el resto del turismo. Yo sé que podría hacerlo, lo tengo claro.

—Pues si tú lo tienes claro, yo mucho más. Estoy seguro de que no hay nada que se le pueda resistir a mi mujercita.

No existe nada más estimulante que un hombre que crea en el poder de su mujer. Y él no solo creía en el mío, sino que me incitaba al máximo para que llevara a cabo todos mis sueños.

No voy a decir que se tratase de un proyecto barato, por descontado que no, pero el dinero no era ningún problema. Eric seguía facturando a lo grande y cualquier suma que hubiera podido emplear para que llevase a cabo mi sueño le pareció poca.

En resumen, que a partir de un momento dado me apoyé mucho en Maddie como en Carlos Manuel, a quienes quise involucrar por completo en mi proyecto.

Los que fueron nuestros padrinos de boda seguían trabajando con nosotros, pero ambos tenían mucha visión para los negocios y quise darles esa oportunidad.

Los tres nos pusimos en marcha e hicimos una gran labor para crear espacios destinados a que los *influencers* y gente famosa en general, se pudiera dar a conocer más a través de la isla, con grandes espacios de naturaleza salvaje que servían como escenarios naturales en los que tomar fotos y hacer vídeos que cautivaran al público, poniéndoles todos los medios por delante.

Desde el principio, nuestro proyecto contó con un gran éxito, aunque fue con el paso de los dos primeros años cuando se convirtió en un punto de encuentro mundial para toda la gente famosa que no quería perderse la visita que era obligada para todo el que viviera de su imagen.

Eric no pudo sentirse más orgulloso porque la isla pasó a ser un referente mundial del famoseo y no había

programa que no hablase de ella. Desde ese punto de vista, yo no paraba, porque íbamos de reportaje en reportaje y siempre andábamos cambiando decorados y demás.

Los negocios de la isla también se vieron favorecidos y todos ellos comenzaron a subir como la espuma, aumentando sus facturaciones, un motivo por el que la gente me adoraba.

No era solo que llegasen los famosos hasta ella, sino que también el público en general quería imitarlos. El espacio era limitado porque era una isla y se quedó pequeña, a pesar de que disponía de bastante extensión de terreno. Aunque tampoco hacía falta aspirar a más, no era nuestra pretensión. Teníamos más de lo que habíamos deseado en un principio.

.

En ese entorno, Alessandra también se nos hizo *influencer*. El día que nos comentó su deseo, su padre se asustó un poco, aunque yo lo veía venir de lejos y ni pestañeé. Desde pequeñita era una niña que disfrutaba destacando de forma natural, sin pretenderlo, así como bailando, cantando, tocando instrumentos… Ella era muy artista. No sabíamos a quién había salido en ese sentido, aunque su abuela Camila decía que seguro que, a ella, pero nuestra hija había nacido con el arte en las venas, fuera en la dirección que fuera.

Su hermano Camilo era un niño más tímido que se refugiaba detrás de la fortaleza de Alessandra. Las personas de allí siempre hablaban de que la gracia espontánea de ella, desde bien pequeña, les llamó la atención. Adoraban a la hija de la patrona, como les gustaba seguir diciendo y afianzaron el apodo que me pusieron como una gracia. Ese título me perseguía, pero ya no me molestaba porque sabía que todos lo decían con mucho cariño hacia mí. Me hacía gracia y muchas veces reía con ganas al escucharlo.

Eric siempre me comentaba que él había pasado a un segundo plano desde mi llegada. Eso no era verdad, claro que no, bien lo sabía él, aunque sí que me hice notar desde el principio y me había ganado la admiración de todos con el paso del tiempo, como el amor de la gente me quería y era más cercana a mí.

Ya que hablaban, que lo hicieran por algo, y qué contenta me sentía con lo que había logrado. Siempre tuve dos buenas manos para trabajar y por mucho dinero que hubiese en la cuenta corriente de mi marido yo era la más feliz del mundo aportando. Y comencé a hacerlo a lo grande…

Mi vida se había convertido en una muy dinámica y divertida. Teníamos una amplia jornada de trabajo tanto Maddie como Carlos Manuel y yo, atendiendo todas las peticiones que nos llegaban. Además, los *influencers* y demás nos nombraban continuamente y nos habíamos convertido en conocidos a nivel mundial. Me encantaba el mundillo y me movía como pez en el agua en él.

No me extrañaba que a Alessandra también le gustase tantísimo, aunque en su caso le dejamos muy claro que tendría que estudiar si quería seguir esa trayectoria. Le remarcamos que los estudios eran sagrados. Ella estuvo de acuerdo y con la facilidad que tenía para ellos, no tardó en decidir por qué carrera se decantaría cuando llegara el momento. Tuvo claro cuál sería su futuro, el que complementaría con lo que gustaba. Por lo demás, se encontraba en el paraíso de los *influencers* y ya apuntaba a lo más alto.

Mi familia, mi trabajo, mi isla… Todo lo que me rodeaba me hacía inmensamente feliz, y no digamos ya mi marido, quien creyó en mí desde el primer día y quien siempre me impulsó para llegar a lo más alto, tanto a nivel personal como profesional.

La mía, creo, es la historia de superación de una chica a la que le arrebataron lo que más quería en el mundo y quien en ningún momento dejó de luchar, ni se rindió para recuperarlo. En esa lucha, no solo encontré a mi hija perdida, sino a un gran amor y al mejor de los maridos, junto a otro hijo que vino a completar una unión que, ya de por sí, me tenía loca.

Con el paso del tiempo, no puedo decir más que la vida recompensa por los malos momentos. Yo, que sentí que me faltaba todo, hoy me siento plena como madre de dos hijos maravillosos y como esposa de un hombre que no solo es rico por lo que tenga en el banco, sino por unos valores que le llevaron a verme cuando ni yo misma me veía.

Amo a Eric y hoy sé que nada habría sido lo mismo sin él, que juntos somos mucho más que la suma de ambos por separado y que todos nosotros estábamos destinados a vivir cosas tan maravillosas como las que hoy día todavía me asombran.

El amor cura, sana, es maravilloso con todo el significado de las palabras. Así es de cierto porque con amor, confianza, apoyo y respeto, se es capaz de conseguir cualquier reto que la vida te ponga delante.

Mi familia, mi trabajo, mi isla… Todo lo que me rodeaba me hacía inmensamente feliz, y no digamos ya mi marido, quien creyó en mí desde el primer día y quien siempre me impulsó para llegar a lo más alto, tanto a nivel personal como profesional.

La mía, creo, es la historia de superación de una chica a la que le arrebataron lo que más quería en el mundo y quien en ningún momento dejó de luchar, ni se rindió para recuperarlo. En esa lucha, no solo encontré a mi hija perdida, sino a un gran amor y al mejor de los maridos, junto a otro hijo que vino a completar una unión que, ya de por sí, me tenía loca.

Con el paso del tiempo, no puedo decir más que la vida recompensa por los malos momentos. Yo, que sentí que me faltaba todo, hoy me siento plena como madre de dos hijos maravillosos y como esposa de un hombre que no solo es rico por lo que tenga en el banco, sino por unos valores que le llevaron a verme cuando ni yo misma me veía.

Amo a Eric y hoy sé que nada habría sido lo mismo sin él, que juntos somos mucho más que la suma de ambos por separado y que todos nosotros estábamos destinados a vivir cosas tan maravillosas como las que hoy día todavía me asombran.

El amor cura, sana, es maravilloso con todo el significado de las palabras. Así es de cierto porque con amor, confianza, apoyo y respeto, se es capaz de conseguir cualquier reto que la vida te ponga delante.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu